

Novelas con corazón

ALEX Y EL ÁNGEL

Dixie Browning

Alex y el Ángel
Dixie Browning
1º Alto, Moreno y Atractivo

Alex y el Ángel (17.04.1996)

Título Original: Alex and the Angel (1995) **Serie:** **01 Alto, Moreno y Atractivo**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 610

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Alex Hightower y Angeline Wydowski Perkins

Argumento:

El rico y disponible Alex Hightower tenía tres mujeres en su cabeza. Su malhablada hija quinceañera: una chica con mucho carácter, como mínimo.

Su "amiga íntima": una mujer de la alta sociedad que sólo pensaba en casarse con un millonario. Y Angeline Wydowski Perkins: una mujer inadecuada, con una infinita carga de amor hacia Alex en su corazón.

Dixie Browning – Alex y el Ángel – 01 Alto, Moreno y Atractivo *Era difícil aclarar sus preferencias, pero lo cierto era que Angeline nunca podría convertirse en la próxima señora Hightower...*

Capítulo 1

Se sentía viejo. Viejo. No sabía dónde habían ido a parar los sueños, el empuje, la ambición idealista, y la alegre excitación de saberse un hombre atractivo y en la flor de la vida. El problema estribaba en que su juventud había terminado antes de que se diera cuenta. Y a partir de ahí todo había marchado cuesta abajo.

Cuando salió de la oficina, Alex Hightower estaba cansado y tenía calor. Pensó en la mujer a la que iba a ver en un par de horas, e intentó despertar en su interior un moderado nivel de excitación. Sólo tenía treinta y ocho años, por mal que se sintiera, y tenía que quedar alguna hormona servible en su carcasa de un metro ochenta y seis de altura y ochenta kilos de peso.

Intentó pensar en el deseo. En piernas largas, como de seda, en dulces labios y suaves y grandes senos. En sábanas revueltas, en cuerpos entrelazados, en las explosiones de pasión que hacían que un hombre se sintiera débil, tembloroso, y hambriento ante la posibilidad de repetir.

—Piensa en sexo, maldita sea —murmuró, mientras conducía—. ¡Olvídate del maldito mercado de muebles!

Aparcó frente a la puerta delantera del edificio de ladrillo blanco que compartía con Sandy, su hija de catorce años. Tenía intención de ducharse con agua fría, tomar una buena copa, y encontrar una excusa para no tener que asistir a su cita nocturna.

Estaba a punto de cubrir la primera de las necesidades de su lista cuando oyó que su hija estaba hablando por teléfono.

—Ha dicho que no puedo, pero siempre cambia de idea. Sí, claro, aunque mi padre se dirija a toda velocidad hacia el periodo crustáceo, eso no quiere decir que...

¿Cómo? De acuerdo. Sí, por supuesto, no te preocupes, puedo hacer que cambie de opinión con sólo chasquear los dedos.

Alex sintió una punzada en el estómago, constituida por una parte de irritación, otra de indigestión y tres de amor. Después pasó ante la puerta entreabierta del dormitorio de su hija sin saludar.

Quince minutos bajo la ducha no le sirvieron para reducir su tensión, y tampoco fue de utilidad la copa que se tomó antes de vestirse para volver a salir. Se anudó la corbata gris frente al espejo de la biblioteca y se preguntó en qué lugar, entre las oscuras leyes de la naturaleza, se decía que una hija de catorce años y un padre de treinta y ocho no podían hablar el mismo idioma. Aunque ella pensara que tenía veinticinco y aunque él se sintiera como si tuviera cien años.

No le extrañaba que no tuviera fuerzas para animar su inexistente vida social. Hacer de padre soltero ocupaba todas sus energías.

Aquella mañana, cuando su hija le pidió en tono de orden que le dejara ir a un concierto, contestó con un monosílabo:

—No.

—Pero papá, todo el mundo va a ir —repuso Sandy—. Seré el hazmerreír del colegio si soy la única a la que no deja ir su padre. ¡Además, lo he prometido!

—He dicho que no. Es una respuesta definitiva, Alexandra, y no pienso cambiar de opinión. Ni dar más explicaciones.

—Dios mío, ¡cómo te odio! —exclamó, levantándose de la mesa con los ojos llenos de lágrimas.

Aquél empezaba a ser un estado natural en ella.

Después vino el asunto del pendiente. Alex habría sido el primero en admitir que no sabía mucho de mujeres, aunque no había hecho otra cosa que estar con mujeres desde que cumplió los quince años. Sin embargo, en su opinión no era normal que una niña de catorce años se pusiera un pendiente de medio kilo de peso en una oreja.

Ni siquiera le quedaba bien.

—Pero papá, todo el mundo lo hace. ¡Me siento desnuda si voy sin bisutería!

—Una chica de catorce años...

—Catorce y medio, que es casi quince. Y casi dieciséis, edad suficiente para aprender a conducir y casarme si quiero. ¡Conozco a tres chicas de mi edad que están embarazadas!

En aquel momento, Alex se sintió envejecer diez años.

—Aunque seas demasiado viejo como para recordar las cosas divertidas de la vida, no hay razón para que tenga que vivir como si fuera una niña de cinco años encerrada en un convento.

—No estoy seguro de que aceptaran a niñas de cinco años en un convento, Sandy.

Ahora ve a lavarte la cara —dijo, intentando que se quitara el horrible maquillaje con el que había estado experimentando—. Y rápido, porque llego tarde a una cita.

La observó e hizo un esfuerzo para no comentar nada más sobre sus pendientes. Uno era tan horrendo que no necesitaba un examen más cercano, y el otro era una extraña mezcla bárbara de objetos que le llegaban hasta el hombro.

Tal vez estuviera siendo demasiado duro con ella. En una sola semana lo había acusado tres veces de diversas cosas, pero al menos había dejado de llamarle WASP, siglas que correspondían a la definición de blanco, anglosajón y protestante. Lo malo era que había empezado a llamarle DWEM, un nuevo insulto que había aprendido en el colegio y que significaba «Hombre blanco, europeo y muerto». Una

definición muy explícita. Especialmente en lo referente a su hipotética defunción.

Mientras se observaba en el espejo, su mirada se detuvo en la fotografía enmarcada en plata del undécimo cumpleaños de Sandy. Los dos compartían el pelo rubio claro y los ojos grises, igualmente claros. Pero toda semejanza acababa ahí. Sandy había heredado la cara ovalada de Dina y sus rasgos suaves, en lugar de su rostro anguloso, su mandíbula agresiva y su gran nariz. Gracias a Dios. Nunca había tenido problemas para encontrar mujeres, pero sabía que no se debía a su atractivo físico. El dinero era un potente afrodisíaco.

Iba a llegar tarde otra vez. La señora Halsey había llegado tarde, y después tuvo la habitual discusión con Sandy acerca de la necesidad de tener a una persona que cuidara de ella por las noches cuando no estuviera en casa. Su hija se encerró en su habitación y puso la música tan alta que la araña de cristal del salón temblaba.

Antes de marcharse, llamó a la puerta del dormitorio de Sandy.

—¿Sandy? Estaré aquí antes de media noche. Si necesitas algo, estaré en el club, con Carol.

Supuso que antes de media noche habría tenido tiempo para tomar algo, cenar, bailar un rato y regresar.

Pero su hija no contestó. La música seguía estando a todo volumen a pesar de que en cientos de ocasiones había comentado que no podía ser bueno para sus oídos.

—¿Sandy? Te veré mañana por la mañana, cariño. Por cierto, no se dice periodo crustáceo, sino cretáceo.

Suspiró y bajó por la elegante escalera curvada. Después miró hacia el estudio, donde se encontraba la señora Halsey, observando un programa de modelos masculinos en la televisión. Ni siquiera lo miró, de modo que se encogió de hombres y se marchó.

Pensó que podía pedir a Carol que hablara con su hija. Tal vez pudiera conseguir que entrara en razón. En todo caso, valía la pena intentarlo.

Pero acaso el riesgo fuera excesivo.

Carol English era todo lo que un hombre podía desear de una mujer. Atractiva, inteligente, de buena familia y refinada. Había estudiado en una academia sólo para mujeres y obtenido su licenciatura en una universidad sólo para mujeres. De hecho era toda una mujer, lo que significaba que podría entenderse con su hija. Las cosas ya no podían estar peor, de forma que no había razón para no intentarlo. Su hija estaba empezando a desobedecer, hasta el punto de que había amenazado con dirigirse a un grupo de cretinos que animaba a los hijos a separarse de sus padres legalmente.

Por otra parte, sospechaba que Carol intentaba convertirse en la esposa de Alex Hightower III, y no estaba seguro de querer que tal cosa sucediera. Había permitido que su hija y ella fueran juntas de compras un par de veces, pero si dejaba que las cosas llegaran más lejos tal vez se encontrara en un punto sin retorno. Aceptaba que necesitaba ayuda, y que su vida era tan aburrida que hasta los problemas eran un alivio en la medida en que rompían su rutina. Pero no estaba dispuesto a mezclar en todo aquello a su hija. No dejaría que sufriera daño alguno por nada del mundo.

Pero por otra parte tal vez no fuera tan mala idea casarse con Carol. Se llevaban razonablemente bien, y no sería como arriesgarse con una extraña. Echaba de menos hacer el amor de forma más o menos regular. Treinta largos en la piscina no servían para gran cosa. Y también echaba de menos sentir la compañía de la persona con la que estuviera casado, aunque Dina no había sido precisamente una buena compañía.

Pero ahora era mucho mayor y estaba más asentado. Casi dispuesto a aceptar que el día a día de un hombre de su edad no era una experiencia llena de alegrías.

Tal vez fuera bueno para Sandy tener a una mujer en casa, además de la señora Gilly, el ama de llaves, más una institución que una ayuda real. Conocía a Carol desde la guardería. Habían crecido juntos, habían pertenecido a los mismos clubs, y se habían rebelado casi al mismo tiempo contra la misma sociedad a la que ahora pertenecían.

Mientras se enfrentaba al tráfico de University Drive con gran habilidad pensó que aún no estaba preparado para casarse de nuevo. En cuanto al sexo y la compañía, podía conseguirlos de todos modos cuando quisiera. Y en lo relativo a Sandy carecía de importancia teniendo en cuenta que más pronto o más temprano tenía que crecer.

Además, Carol le recordaba demasiado a Dina, su ex-esposa nunca echada de menos, que se había casado con un aristócrata de tercera categoría de uno de aquellos pequeños principados de Europa conocidos por sus pistas de esquí, por sus casinos y por los trajes algo extravagantes de los guardias de palacio.

Un autobús arrancó a toda velocidad a su derecha, sin esperar a que el semáforo se pusiera verde. Alex permaneció parado en su Jaguar, pensando en la época en la que estaba en la universidad. En aquellos días era un joven rebelde, que quería romper con todas las cadenas.

Pensó en Gus Wydowski. Alex, Gus y Kurt Stryker formaban todo un equipo en aquellos días. Algunos los llamaban «el alto, el fuerte y el guapo», y otros «el alto, el moreno y el guapo».

Alex era el último miembro de una rica familia dedicada a la industria textil y de muebles, un niño mimado hasta el punto de que había conseguido que lo expulsaran de un colegio que pertenecía a su abuelo. Las primeras semanas pasadas en el colegio público fueron un verdadero infierno para él, hasta que conoció a Gus Wydowski, un chico duro, hijo de un mecánico, que había salido en su ayuda y le había enseñado unos cuantos trucos para pelear. Incluyendo el peligro que entrañaba meter los pulgares bajo los puños cuando se quería golpear a alguien en la mandíbula.

Entre Kurt y él le enseñaron todo acerca de pelear y de jugar al fútbol. En el instituto se convirtieron en un equipo invencible. Gus consiguió una beca para la universidad, y los tres se marcharon a estudiar al mismo lugar. A Alex no le importó mucho romper la tradición familiar, estudiando en una facultad del estado.

Sin embargo, desde aquella época habían pasado muchos años. No le habría importado poder contar con el sentido común de Gus, ni con el enorme sentido de la responsabilidad de Kurt, pero dudaba que hubieran podido prestar ayuda a un hombre al que su hija adolescente traía de cabeza.

Detuvo el vehículo en el aparcamiento del complejo de apartamentos donde vivía Carol y permaneció en el coche unos segundos antes de salir, recordando la otra parte de aquella amistad. La parte dura. La parte que se refería a la hermana de Gus.

Sandy no era nada comparada a Angeline Wydowski, una chica pecosa y pelirroja a la que sus amigos llamaban «Ángel», aunque para todos los demás era un verdadero diablo. Y justificadamente.

—Hola, querido.

La puerta de la casa se abrió silenciosamente y apareció Carol, vestida con un elegante traje de seda. Se inclinó sobre él y lo besó en la mejilla.

Alex respiró el olor familiar de su laca y de su colonia, Chanel. Un olor clásico, nada amenazador. Como ella.

—Siento llegar tarde —se excusó—. La niñera ha tardado mucho en llegar porque se ha metido en un atasco de tráfico.

—Oh, Lex, ¿cuándo vas a actuar con inteligencia? Deberías enviar a tu hija a un internado. Le vendría muy bien, te lo aseguro —dijo, dándole la llave para que cerrara la puerta—. A fin de cuentas yo misma soy un producto de un internado, y creo que he salido razonablemente bien, ¿no te parece?

Carol esperó a que le dijera algún cumplido, cosa que Alex hizo con gran habilidad.

Intentó recordar que se trataba de una mujer atractiva, inteligente,

de buena familia y refinada.

Pero también era aburrida. Desafortunadamente, Carol era tan excitante como un croissant rancio.

Tres días más tarde Alex salió a toda prisa de su despacho. No tenía intención de recorrer seis manzanas a pie, y si no hubiera estado pensando en un lugar donde poder encerrar a su hija durante cuarenta años, no habría chocado con aquella mujer.

-Siento haber...

-¡Mira por donde vas, Hightower!

—¿Te conozco?

La mujer con la que había tropezado estaba arrodillada. De hecho, había salido de improviso de detrás del enorme magnolio que había en la calle. Lo primero que había visto de ella fueron sus pies, embutidos en unas botas militares. Y lo segundo, su precioso y redondeado trasero.

—¿Diablo? —preguntó, incrédulo—. ¿Diablo Wydowski? Precisamente estaba pensando en ti el otro día. Me preguntaba dónde estaría Gus.

Angeline se levantó y se limpió el polvo del mono que llevaba puesto. No le extrañó encontrarse con él en aquellas circunstancias. Veinte años atrás había roto su corazón, y ahora que lo veía llevaba un mono viejo, tenía mucho calor y estaba empapada de sudor.

—Tiene mal las raíces —gruñó ella, ruborizándose.

—¿Cómo?

—No me refiero a Gus, sino al magnolio.

Alex le pareció tan atractivo como siempre, a pesar de no poseer unos rasgos muy clásicos, exceptuados aquellos ojos grises, claros, que parecían poder atravesar el cuerpo de una mujer y leer el deseo que había en su corazón.

—Ángel, yo...

Un coche aparcó en aquel momento en una zona no permitida, detrás de una furgoneta que llevaba un símbolo donde se podía leer *Perkins Landscaping and Nursery*. La puerta del pasajero se abrió y de ella salió una jovencita con demasiada sombra de ojos y una minifalda cortísima. En cuanto bajó, el coche volvió a arrancar y desapareció.

Alex se enfadó consigo mismo al sentir que se había puesto a la defensiva otra vez.

Precisamente iba de camino para recoger a su hija, demostrar cierta autoridad, y averiguar cómo conseguían tratar con adolescentes tan problemáticas los tutores del instituto.

—Sandy, iba a buscarte ahora mismo. Si hubieras tenido un poco de...

—Paciencia, ya lo sé. Pero me cansé de esperarte, de modo que cuando la señora Toad me dijo que podía llevarme hasta tu oficina decidí evitarte el viaje-«Toad»

significaba sapo.

—Se llama Todd, no Toad —corrigió él—. Sabes que no me habría importado...

Bueno, qué más da. Ángel, te presento a mi hija, Alexandra. Sandy, te presento a la señorita Wydowski. ¿Me has oído hablar de Gus Wydowski, verdad?

—No.

—Ahora me apellido Perkins —informó Ángel, como si quisiera dejarlo claro.

—Oh. ¿Es tuya la furgoneta?

—En efecto.

De modo que la pequeña Wydowski se había casado. Se preguntó no sin cierto humor qué clase de hombre se habría atrevido a dar aquel paso. Miró sus manos pequeñas. Estaban llenas de tierra y tenían callos. No llevaba anillos. Aunque supuso que los jardineros no llevarían joyas mientras trabajaban.

—No has cambiado nada —murmuró él, sintiendo que debía decir algo.

En realidad, era cierto. Su pelo era algo más oscuro que el naranja brillante que recordaba, pero su amplia sonrisa no había cambiado en absoluto. Era casi imposible no sonreír al verla, y sonreír era lo último que le apetecía.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sonreído. El humor era otra de las cosas que parecía haber perdido con los años.

-Encantada de conocerte -dijo la joven.

Sandy miró con curiosidad a la mujer que llevaba el mono verde y a su padre. Sacaba casi una cabeza de altura a aquella pelirroja, y su padre la sobrepasaba más ampliamente. Notó que se había ruborizado.

—Sí, yo también estoy encantada —espetó Ángel, sonriendo y tendiéndole la mano.

Pero antes de estrechársela, se la limpió en el mono.

—Llevas unos pendientes muy bonitos. ¿Te los has comprado en esa tienda nueva que hay en Chapel Hill? —preguntó Wydowski.

—¿Conoces la tienda de la calle Franklin? Sí, está muy bien, ¿verdad?

Alex las miró asombrado mientras discutían acerca de dónde se podían encontrar las mejores baratijas, incapaz de comprender nada sobre las mujeres.

Al fin y al cabo, no había cambiado nada.

Ángel regresó a casa por la noche, deseando tomar un largo baño caliente, comerse una buena pizza con cebolla y queso y leer alguno de los nuevos libros que había recibido aquella mañana. Aún estaban envueltos, a pesar de que las novelas del corazón eran su género preferido.

A los treinta y cuatro años, Ángel ya había recibido un buen montón de miradas extrañadas por parte de los jóvenes dependientes de kioscos y librerías, que se asombraban al ver el tipo de libros que compraba. Una simple mirada a su cuerpo, a su pelo rebelde y a su rostro normal, y debían imaginarse que sólo había vivido aventuras románticas en las portadas de las novelas rosa.

Sin embargo, había estado enamorada dos veces, y casada durante casi un año.

Aunque en realidad llevaba toda la vida enamorada de un príncipe azul que le había presentado su hermano a los trece años.

Decir que las chicas de trece años no se enamoraban era una suprema tontería.

De modo que nunca se lo confesó. Ni a él ni a nadie más. Y lo peor de todo no era que había tenido que soportar que se casara con una cretina estirada de acento aristocrático, sino que durante todos aquellos años no hubiera conseguido olvidarlo.

Sabía que se había divorciado, aunque no conocía la razón. Sabía que tenía una hija y que la cuidaba él mismo. Todo lo que rodeaba a Alex Hightower III era de alta sociedad.

También sabía que poco a poco se había alejado de sus viejos amigos. Gus no había sabido nada de él durante años. No había preguntado nada a su hermano, por orgullo, pero tenía formas de averiguarlo.

Era repugnante. No soportaba el modo en que aquel hombre afectaba su metabolismo. Pero en todo caso, su atracción por él no se debía en modo alguno a sus ilustres antepasados. Los Wydowski también procedían de Adán y Eva.

Su dinero tampoco le importaba. No lo había necesitado nunca, ni en el colegio ni mucho menos ahora que tenía una empresa de jardinería. Pero fuera como fuese, había algo en él que la atraía terriblemente, algo para lo que no había encontrado una cura. En todos aquellos años había pasado por distintas relaciones. Había estado durante una corta temporada con un miembro del club de campo que le había arrebatado la virginidad para después abandonarla, y había estado casada durante un año con Cal Perkins. Pero nunca había conseguido olvidarlo.

Sabía muy bien, y siempre lo había sabido, que pertenecían a dos mundos muy distintos. Él era champán, y ella una simple cerveza. Pero tenía una especie de obsesión con él, una obsesión que nunca había superado.

Pensó que debía haberse marchado a California, o a Australia. Viviendo en la misma ciudad, se vio obligada a observarlo desde lejos a medida que fueron pasando los años, incluso durante el tiempo que estuvo casada con Cal, un hombre demasiado atractivo, literalmente. Sin embargo, había conseguido olvidarse de la atracción que sentía.

Lo había visto varias veces, pero él no había notado su presencia, confundida en el paisaje al que pertenecía en cierto modo desde que Cal la abandonara para marcharse con una camarera, poco antes de matarse en un accidente de tráfico.

Por aquella razón, de repente se vio convertida en la propietaria de una empresa de jardinería del norte de la ciudad.

De algún modo había conseguido que el negocio sobreviviera a pesar del desconocimiento absoluto que tenía al principio. Los amigos la habían ayudado mucho. Gus la había ayudado. Su hermano arregló el edificio, puso un sistema de alarma que siempre olvidaba conectar, modernizó su pequeño despacho y se marchó con un equipo a la costa, donde consiguió el contrato para construir tres casas.

Ángel había crecido en el seno de una familia pobre y sin apoyos sociales de ninguna clase, de modo que supo de inmediato lo que tenía que hacer. La zona norte de la ciudad, donde se encontraba la empresa, era una zona en proceso de desarrollo.

Apenas un mes después de que muriera su padre, Cal había empezado a hablar acerca de la posibilidad de vender el negocio y marcharse a California, pero afortunadamente no lo hizo. Y cuando murió Cal, Ángel necesitaba aferrarse a algo.

Había transcurrido todo un mes sin que consiguieran un nuevo contrato. Los impuestos que tenía que pagar eran bastante altos, aunque el negocio mereciera la pena cuando funcionaba, así que empezó a considerar la posibilidad de trabajar en otras zonas, por ejemplo en Hope Valley, en la zona de Forest Hills.

No se había dado cuenta de que se trataba del barrio donde estaban el despacho y la casa de Alex. No era culpa suya que de vez en cuando lo viera en aquel coche tan caro, que valía más de lo que ella ganaba en todo un año.

No era culpa suya. En el banco le habían aconsejado que buscara contratos en una buena zona para los negocios. En su barriada no había mucho dinero. Al menos, no el suficiente como para poder mantener la empresa y pagar los impuestos a tiempo.

Sin embargo, lo había visto muchas veces montando a caballo por el campo. Ángel no sabía montar demasiado bien. Pero sabía que Alex no tenía precisamente aspecto de vaquero. Entre otras cosas, porque no podía imaginarse a un vaquero vestido con armadura y llevando una lanza, a diferencia de Alex.

A sus ojos, siempre había sido un príncipe azul.

Aunque llevara pantalones cortos de tenis. Cuando lo conoció, lo observaba muchas veces mientras jugaba, sólo para admirar sus piernas y su cuerpo. Si alguien la hubiera visto, se habría muerto de vergüenza.

Soñaba con él permanentemente, y seguía haciéndolo.

—Cálmate -murmuro.

Cuando salió del baño fue a buscar la pizza, que ya estaba fría. Uno de aquellos días tendría que empezar a reconocer que los cuentos de hadas no eran reales y que las Cenicientas con botas militares no conseguían nunca al príncipe azul.

Se preguntó dónde estaría en aquel momento. Probablemente en su maravilloso despacho, con su maravillosa secretaria. O tal vez jugando al tenis en el club de campo. O comiendo algo con su hija. Sin embargo, era demasiado pronto para lo último. Además, las personas como los Hightower no comían como los demás, viendo el telediario.

Recordó la primera vez que estuvo cenando en su casa. Entonces ella tenía quince años, más o menos la misma edad que su hija. Su padre había muerto unos meses antes y tanto ella como Gus, su madre y su tía Zee, se habían marchado a vivir a la vieja casa de su madre, con la abuela Reilly.

Su abuela preparó uno de sus guisos, con maíz, ternera, patatas y zanahorias. Ángel casi se murió al verlo. Habría deseado poder ofrecerle algo más digno, como un rosbif, ya que no podían permitirse el lujo de comprar caviar. Quiso que cenaran en el salón que nadie había usado durante cien años, pero su abuela se empeñó en que la cocina era un lugar tan bueno como cualquier otro, y tanto su madre como la tía Zee se mostraron de acuerdo.

De modo que cenaron en la mesa de la cocina, con un ruidoso ventilador funcionando encima del frigorífico, y tomaron platos poco apropiados para un joven rico como Alex. Pero cuando vio que repetía varias veces se dio cuenta de que no lo hacía por educación, y se enamoró aún más de él.

Sabía que Alex nunca había sospechado el amor que le profesaba. En aquella época se portaba muy bien con ella, pero como si fuera un hermano, como si fuera Gus. La mayor parte del tiempo ni siquiera le hacía caso. De manera ocasional le tomaba el pelo, y siempre salía en

su defensa cuando lo necesitaba. Algo que solía suceder muy a menudo. Llevaba sangre irlandesa y polaca en las venas, una combinación explosiva incluso tratándose de la tercera generación.

Alex Hightower. Cuando pensaba que había hablado con él después de tantos años, cara a cara, no podía creerlo.

Capítulo 2

El asunto del concierto de rock le pareció bien. Había conseguido que renunciara a dos semanas en un rancho para montar a caballo a cambio de aquel fin de semana, sin supervisión paterna, aunque se destrozara los tímpanos. Pero no estaba preparado para enfrentarse a otro asunto más problemático.

Una cuestión de chicos. O más bien, de un chico en particular.

No sabía cómo explicar a una adolescente, ya casi una mujer, que el hecho de que quisiera marcharse con el chico más solicitado del instituto y el hecho de que su padre le hubiera regalado un deportivo no constituían razón suficiente para que le diera permiso, ni para que confiara en el muchacho.

Gus siempre decía que con un buen coche y un poco de aventura se podía conquistar a cualquier chica. Pero Alex no estaba dispuesto a que hicieran lo mismo con su propia hija. No si podía hacer algo para evitarlo.

Supuso que podría encontrar una forma de llegar a un pacto con ella. Pero no sabía qué podía ofrecer a una chica de catorce años a cambio de que dejara de ver a un cretino de dieciséis. Desde luego, un paquete de chicles no bastaría.

—Adivina a quién vi el otro día en el parque, papá —dijo Sandy, entrando en la habitación.

Llevaba una minifalda de cuero y un jersey de angora que marcaban todas las incipientes curvas de su figura.

—¿A Elvis?

—¡Papá! He visto a la jardinera. A tu vieja amiga, ya sabes.

—¿A la jardinera? Te refieres a la mujer que trabaja en la central energética.

—¡Papá! Me refiero a la señora Perkins, a la mujer que me presentaste la semana pasada. Llevaba puesto ese mono con su nombre y todo lo demás en la espalda.

Tiene su propia empresa. Creo que es una mujer muy interesante, ¿no te parece?

—Lo es —dijo Alex.

Mientras pensaba en ella le pareció gracioso que después de tantos años las minifaldas volvieran a ponerse de moda, al igual que la manera de hablar que tenía su hija.

—Bueno, el caso es que le hablé de los árboles de nuestra piscina, y dijo que podría venir a echarles un vistazo cuando pasara por el vecindario. Pero también comentó que no vendría a no ser que la llamaras primero.

Alex descruzó los brazos y se echó hacia delante en el sillón.

—¿Qué le dijiste sobre los árboles?

—Dijiste que había que podarlos, ¿no es verdad? De modo que pensé que…

Alex lo comprendió de inmediato. Su hija había pensado que podía entretenerlo con aquella pelirroja, aprovechando el momento para desaparecer mientras tanto con el niño mimado del deportivo.

—No es posible.

—Pero papá, ¡tienes que hacerlo!

Una de las ventajas de tener cejas oscuras, a pesar de su pelo rubio, era que inferían más fuerza a la mirada. No necesitó decir nada más. Había convertido en un arte aquel gesto.

—Papá, ¡me dejarás en mal lugar si no la llamas! Le di mi palabra.

—Lo comprendo, Sandy, pero la casa es asunto mío. Si pensara que hay que podar los árboles llamaría a Gilly para que se pusiera en contacto con la gente adecuada.

El problema estribaba en que realmente necesitaban una poda. En aquella época del año el chico que contrataba para que limpiara la piscina quitaba más hojas del agua que las que quitaba Phil Gilly de los jardines en todo un año. Pero no veía qué necesidad había de llamar a Angel Wydowski, o Perkins, o como se llamara.

Cuando Sandy salió disparada de la habitación, él se pasó una mano por el pelo y siguió leyendo el *Wall Street Journal*. Pero las cotizaciones no le interesaron demasiado, de modo que empezó a mirar la luz del sol que iluminaba la vieja alfombra china. Ángel Wydowski. Un enorme problema. Cuando eran más jóvenes, siempre esperaba a que pasara montando su caballo. Y de algún modo siempre se las arreglaba para montar entre él y la persona que lo acompañara.

El diablo Wydowski. El pequeño Ángel. Una vez encontró un jersey que se había dejado después de jugar al tenis y tomó un taxi sólo para llevárselo a casa.

A su madre no le gustó demasiado. Ni a la de ella, sobre todo cuando intentó convencerla para que pagara el importe de la carrera.

Durante cuarenta y cinco minutos, Alex estuvo sentado en su sillón favorito de su habitación favorita de la casa en la que había nacido, pensando en su juventud. En cierto modo, aquéllos habían sido los días más felices de su vida. Entonces estaba vivo, realmente vivo. Cada día estaba lleno de posibilidades nuevas y de aventuras.

Y cada mujer era un nuevo reto.

Pero Ángel no. En aquella época le gustaba mucho, pero Kurt tenía razón en lo relativo a aquel asunto. Era la hermana de Gus, y además apenas una niña. Pero siempre le había gustado, aunque en cierta forma aquella atracción fuera inconsciente. Sin embargo, había

conseguido sacársela de la cabeza diciéndose que sólo era una niña, y por añadidura la hermana de su mejor amigo. Estaba fuera de su alcance.

Se inclinó hacia delante, se sirvió un vaso de whisky y caminó hacia la ventana. Se quedó mirando los árboles del jardín.

Era septiembre. Otro año estaba a punto de terminar.

Se preguntó dónde habían ido a parar aquellos años, aquella alegría. Había existido una época en la que cada día amanecía con una sorpresa nueva, como envuelto en papel brillante y una gran cinta dorada.

Pero en algún recodo del camino debía haberse deshecho de las cajas y de las envolturas, porque ya no las encontraba en ningún sitio. Aquella época se había marchado. Ni siquiera podía recordar a dónde.

Excepto en lo relativo a Sandy. Su preciosa, irritante y energética hija Alexandra. Era su regalo, lo más precioso que había en su vida.

Y estaba decidido a no compartirla con un niño rico y mimado.

Ángel estaba en la bañera cuando sonó el teléfono. Acababa de tomarse una copa de Oporto e iba a empezar con el capítulo séptimo de la novela que estaba leyendo, cuando las cosas empezaban a calentarse de verdad. Estuvo tentada de dejar que el teléfono siguiera sonando. Pero era posible que se tratara de una llamada de trabajo, y no estaba muy obrada de ofertas. Había mucha gente a la que no fe gustaba dejar mensajes en el contestador, y colgaban antes que hacerlo.

De todas formas, la razón verdadera era que esperaba que llamase Alex. Sandy se lo había prometido, y Alex llamaría aunque no quisiera hacerla por aquello del código del honor de un caballero.

—¿Ángel? Espero no haberte llamado en mal momento.

—No, en absoluto —contestó, lanzando un montón de espuma al suelo del baño—.

¿Alex? ¿Te comentó Sandy lo que estuvimos hablando? Insistió en que fuera a ver los árboles que hay en tu propiedad, pero le dije que no lo haría a no ser que estuvieras de acuerdo.

—Es cierto, los árboles necesitan una buena poda. La piscina fue construida hace cuarenta años, y nunca he tenido tiempo para cerrarla...

—Ya sé. Los años van pasando y al final uno no se da cuenta de que dejó de hacer ciertas cosas en el pasado.

—Exacto.

Ángel se estremeció. Una ráfaga de aire frío entró por la puerta abierta. El tiempo era bastante bueno para ser septiembre, pero en cualquier caso no tanto como para estar desnuda y empapada.

—A mí me pasa lo mismo con las ventanas. Nunca las arreglo hasta que llega el invierno.

—Sí, bueno, en ese caso supongo que podíamos concertar una cita. —dijo él.

—¿Una cita para que?

—Para que mires esos árboles.

—¿Estás seguro? Sólo porque Sandy insistiera en ello no quiere decir que tengas que hacerlo. Estoy segura de que conocerás a gente apropiada, o puedes preguntar antes en otras empresas. De hecho, raras veces me dedico a esas cosas.

No sabía qué estaba haciendo. Estaba rechazando un trabajo.

—No, sé que lo harás bien. Entonces, ¿podrías venir tú, o tu marido? Si quieres enviar a otra persona me parecerá bien. En cualquier caso, y venga quien venga, mi ama de llaves le dirá lo que necesite saber. Su marido, Phil Gilly, también trabaja en la casa.

—Muy bien, de acuerdo. Pero en primer lugar, he de decirte que no tengo marido, y en segundo lugar, que los presupuestos los hago personalmente y que puedo ir en cuanto quieras. Precisamente estoy realizando un par de trabajos en Hope Valley, y el comité de ciudadanos me ha pedido que eche un vistazo a los magnolios que hay frente al edificio donde está tu despacho. ¿Sabías que algún cretino quiere que los arranquen porque tapan su preciosa fachada? ¡Esos árboles están allí desde mucho antes de que se construyera el edificio! Tendrán que pasar por encima de mi cadáver para cortarlos. Estoy segura de que habrá alguna sociedad histórica que quiera...

—¿Ángel?

—Oh, lo siento. Creo que empezaba a irme por las ramas.

—No has cambiado nada, ¿verdad?

La voz de Alex sonaba como si estuviera sonriendo.

—Bueno, ya sabes cómo soy. Por cierto, tu hija me ha caído muy bien. Es muy especial.

—Sí, es cierto —espetó con tranquilidad y orgullo.

Se citaron para el jueves por la tarde, en caso de que no estuviera lloviendo. Mucho después de que hubieran dejado de hablar, Ángel aún podía escuchar su voz profunda, de barítono. Si alguien le hubiera contado lo que una simple llamada telefónica podía hacer en la libido de una mujer, no se lo habría creído.

La semana fue pasando hasta que llegó el jueves, y afortunadamente el día amaneció despejado, sin una sola nube en el cielo. Ángel tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en el nuevo patio de los Lancaster y en los Árboles y arbustos que tenía que poner en el jardín.

Su equipo ya lo había arreglado todo, cargando los robles en la camioneta. Si todo salía bien habrían terminado el trabajo el domingo, día en que los Lancaster tenían intención de celebrar una fiesta en el patio para celebrarlo.

Estaba tan deseosa de ir a casa de Alex que se olvidó de todo lo demás, lo que significaba que tampoco había cambiado en aquel sentido a pesar de los años.

Sandy estaba esperándola con una jarra de limonada fresca.

—No es de sobre —dijo la joven con orgullo—. La señora Gilly la ha preparado para nosotros. Eh, si necesitas arreglarte un poco o peinarte, puedes utilizar el cuarto de baño.

—Gracias, pero no me serviría de nada. Mi madre dice que este pelo es un regalo que le hizo el abuelo Reilly cuando se casó con mi padre, en lugar de elegir al irlandés con el que quería que se comprometiera. Por mucho que lo peine o lo cepille, siempre está igual —explicó con solemnidad, sonriendo.

—Al menos tienes el pelo rizado. A mí me encantaría. Me gustaría hacerme la permanente, pero mi padre no me deja —dijo suspirando mientras servía dos vasos de limonada—. No me deja hacer nada. Pero siéntate. Tienes aspecto de haber estado trabajando. Eh, no está nada mal eso de tener tu propio negocio. ¿Qué tal te va?

Era imposible no contestar ante tal admiración, fresca y sincera. Además, era cierto.

Había estado trabajando muy duro. Había estado limpiando completamente de matojos y barro el jardín de los Lancaster, organizándolo todo y trazando un plan para que su equipo pudiera ponerse manos a la obra. Para cuando llegó Alex, cuarenta y cinco minutos antes de lo habitual, ya habían tratado un amplio abanico de temas; desde los problemas normales en un negocio de aquellas características hasta los impuestos que había que pagar, pasando por un montón de leyes y por las estúpidas costumbres sociales por las que una chica de casi quince años no podía hacer lo que quisiera. Lo que en el caso de Sandy parecía consistir en un chico llamado Arvir Moncrief que tenía un deportivo y que quería ser artista o piloto de aviación.

Alex caminó hacia la casa. Ya se había quitado el abrigo se había subido las mangas de la camisa y se había aflojado la corbata. Cuando las descubrió Angel estaba hablando precisamente de su hermano —Gus decía a menudo que cuando las hormonas se mezclan con el alcohol o con el dinero puede ocurrir de todo. No estoy diciendo que los hermanos mayores no puedan llegar a ser una verdadera molestia, pero he aprendido lo que se tiene que hacer para ser escuchada.

Aunque de un modo bastante duro y sin conseguirlo siempre.

—¿De verdad? —preguntó Alex.

Alex observó cómo se ruborizaba, y sintió que él mismo se excitaba, para su sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo aprendiste de un modo bastante duro? —

preguntó la joven, antes de volverse hacia su padre—. Hola, papá, estábamos tomando una limonada antes de empezar a trabajar. Ángel va a enseñarme cómo eliminar las plagas de los árboles sin que sufran. Supongo que ahora entiendo que os llamen cirujanos de los árboles. Tú mismo querías ser médico, ¿verdad, papá?

Alex se sorprendió. No sabía que su hija lo supiera. Aquello había sido mucho tiempo atrás, antes de ser padre, antes de conocer a Dina, antes de que su propio padre lo enfrentara a la responsabilidad de continuar con la empresa familiar.

Ángel sonrió, con tanta frescura como siempre.

—Siento que me hayas pillado cotilleando un poco. En fin, ¿te parece bien que empecemos, Sandy? Alex, creo que ya puedo decirte que no tienes muchas opciones.

O arrancas un par de esos Árboles japoneses que tienes o refuerzas tu piscina.

Otra de las muchas cosas que no habían cambiado en ella eran sus ojos, aunque en aquel instante hubiera adoptado una expresión profesional, tomando su libreta.

Siempre brillaban con destellos dorados cuando reía.

Casi se había olvidado del modo que tenía de frotarse la nariz cuando se concentraba en algo. Solía bromear al respecto en el pasado, cuando se acercaba con cualquier excusa, mirándolo con tal intensidad que no sabía muy bien qué hacer. De hecho, se preguntó cómo reaccionaría si volviera a mirarlo de aquel modo.

—Supongo que ya sabes que las raíces de los arces siempre buscan el agua. Pueden convertirse en un problema bastante desagradable si tienes una fosa séptica. Y no estoy segura de que una piscina sea un problema menor.

Sandy empezó a silbar la banda sonora de la película Tiburón, y Alex se sorprendió a sí mismo sonriendo. Últimamente sonreía muy poco, apenas un par de veces cada varios meses. Desde luego, aquella mujer, con sus botas militares y su mono, lo afectaba profundamente.

Caminaron hacia la piscina. Sandy y Ángel iban delante, y Alex un poco más atrás, terminando la limonada que se había servido en el vaso que había usado Ángel. No había bebido a propósito por el mismo sitio que la pelirroja, pero tampoco lo evitó.

Cosas de chicos, en cierto modo. Veía a una antigua amiga y automáticamente recobraba su juventud.

Siguió a las dos mujeres colina abajo, sin poder evitar admirar la figura de Ángel mientras caminaba. Tenía la figura que todos los expertos médicos consideraban ideal para llevar una vida sana. Unas buenas caderas, pechos pequeños y cintura estrecha.

Mientras la observaba por detrás pensó que no era su corazón el que empezaba a darle problemas contemplándola, sino otra parte de su anatomía que había estado adormecida durante demasiado tiempo. Tanto, que se había olvidado de su existencia.

Estaba excitado. Le excitaba una mujer que llevaba un mono y botas militares. Una mujer había ido allí para hablar sobre árboles y fosas sépticas. Y se sentía tan avergonzado como culpable. Ángel Wydowski había crecido, pero seguía estando fuera de su alcance. Había dicho que ya no estaba casada y en cualquier caso ya no era una niña, pero seguía siendo la hermana de Gus. Ahora que tenía que cuidar de su propia hija comprendía bien a su amigo, cuando años atrás protegía a su hermana contra cualquier persona que la mirara más de cinco segundos.

Aquella vez no se daban las circunstancias de las que hablaba Gus. No habían tomado alcohol, sino una limonada, y su propia hija estaba con ellos, suavizando el posible problema hormonal. Pero el problema estribaba en que las pocas hormonas que le quedaban vivas habían empezado a despertarse.

Notó que su expresión cambió, adoptando unos rasgos que habrían bastado para pegar un puñetazo a cualquier joven que mirara de aquel modo a su hija. Cuando llegó a su altura Ángel estaba explicando a Sandy lo que se debía hacer con las ramas, levantando de vez en cuando el brazo. Y cuando lo hacía, Alex se sorprendía a sí mismo inspeccionando su tórax para ver si sus senos se habían desarrollado más.

Se preguntó por qué no podría vestir con camisetas y vaqueros como todo el mundo.

Se estaba convirtiendo en un viejo verde. Avergonzado por la dirección que estaban tomando sus pensamientos intentó concentrarse en lo que estaba diciendo, pero antes de que pudiera hacer cualquier tipo de pregunta o comentario inteligente que demostrara que estaba escuchándola sonó el teléfono en el interior de la casa.

Aliviado, dio la vuelta y caminó hacia la mansión en el preciso momento en que la señora Gilly aparecía en la puerta. —Sandy, es para ti. Te llama tu joven amigo. Alex sintió que se le doblaban las piernas. Su expresión se endureció tanto que muchos hombres jóvenes

habrían tragado saliva al verlo.

—Si se trata de ese Moncrief, Alexandra, puedes decirle que...

Pero Sandy ya se había marchado, corriendo bajo el sol del otoño.

Ángel se acercó a él.

—No es asunto mío, pero si Sandy fuera hija mía...

—No lo es —dijo, arrepintiéndose de inmediato—. Lo siento. No es nada personal, Ángel, pero Sandy es mi problema.

Debió haber supuesto que Ángel no se rendiría fácilmente.

—Es cierto. Pero espero que sepas lo afortunado que eres por tener un problema así.

Es una chica brillante, pero hasta la más brillante de las chicas necesita algo más de lo que puede darle un padre.

—¿Estás ofreciendo tus servicios? —preguntó, arrepintiéndose de nuevo demasiado tarde.

Desde que se divorció, siempre se ponía a la defensiva en lo relativo a los asuntos de mujeres.

—En relación con Sandy puede ser, si me necesita. Pero no me estoy ofreciendo a ti.

Entonces escribió un nombre en un pedazo de papel que arrancó de su libreta y guardó el bolígrafo en uno de los bolsillos de su mono. Esbozó una sonrisa poco sincera y dijo:

—Aquí tienes el nombre y el número del mejor jardinero de la ciudad. No es barato, pero tus árboles estarán en buenas manos. Ya te veré algún día, ¿de acuerdo?

Alex guardó el papel en un bolsillo sin mirarlo siquiera.

—Ángel, espera. Mira, lo siento, ¿vale? No quería decir algo así. Es que...

—Le diré a Gus que te he visto. Llama habitualmente los fines de semana.

La observó mientras se alejaba y se preguntó si todavía tendría que sentarse sobre un cojín para llegar al volante, como cuando Gus y él la enseñaron a conducir en el viejo Falcon de Gus. Se había empeñado en aprender a conducir en su Mustang, pero Gus se lo impidió. Alex probablemente habría cedido. Siempre le había gustado, aunque en aquella época intentaba convencerse de que se debía tan solo a que él era hijo único y echaba de menos una hermana.

—Eh, ¿a dónde ha ido Alex? —preguntó Sandy, que apareció en aquel momento.

—Supongo que a su casa. Se está haciendo tarde.

—Lástima. Quería invitarla a que se quedara a cenar con nosotros. La señora Gilly dice que no habría ningún problema.

—La señora Gilly no es quien da las órdenes aquí, por si no te

habías dado cuenta.

—¿Es que te molestaría que se quedara a cenar? ¿Es porque llevaba un mono? papá,

¡eso es algo arcaico!

—Arcaico —corrigió él.

—A nadie le importan esas convenciones a estas alturas. ¡En mi opinión, tus viejas normas apestan!

—Es posible, pero mientras estés en...

—Lo sé, lo sé. Mientras viva bajo tu techo tendré que aceptarlo y rendir pleitesía a su alteza.

Alex sonrió, contra toda lógica. Tenía una noción bastante exacta de lo que estaba pensando, y que poco tenía que ver con cuestiones de sangre real.

—Lo siento, cariño, pero es el sistema. Nos domina a todos. Antes de que nos demos cuenta nos convertimos en estúpidos robots que se lavan las manos antes de comer, y que tienen que escuchar música de yuppies mientras cenan en lugar de algo vivo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó la chica, mordiéndose el labio inferior—. Pero no pienso dejar de ser su amiga, y no me importa lo que opines al respecto. Ah, es posible que trabaje en su empresa el verano próximo. Contrata a chicos del instituto de vez en cuando.

—Por mí no hay ningún problema —dijo con tranquilidad.

La semana anterior se había empeñado en trabajar en el supermercado. La anterior, en buscar un trabajo en unas caballerizas. Al menos había abandonado la idea de hacerse azafata.

—Por cierto, no me quedaré a cenar esta noche. Pero no llegaré tarde. Lo digo por si quieres charlar después de que hayas terminado tus deberes.

Aquello pareció herirla. Pero Alex no se dio por enterado.

—Si quisiera hablar con alguien llamaría a Ángel. Al menos ella me trata como si fuera una adulta, que es más de lo que puedo decir sobre ciertas personas.

Entonces, se marchó sin decir nada más.

Antes de que pidieran la cena, Alex supo que la velada iba a ser difícil. Carol hizo unos cuantos comentarios acerca de algunos amigos cuyas hijas habían ido a un internado, volviendo después como perfectas señoritas.

—Soy el primero en admitir que pierdo la paciencia de vez en cuando. Criar solo a una hija es algo bastante difícil, pero la echaría de menos si se marchara. Es todo lo que tengo —dijo, intentando sonreír, pero sin convicción—. Supongo que se debe a que fui hijo

único. Cuando se tiene un solo hijo existen obligaciones especiales. Los padres tienen que estar presentes todo el tiempo, aunque en ocasiones no sea conveniente.

—Tonterías. Sandy tiene muchos amigos. Ninguna chica de su edad quiere tener encima a su padre todo el tiempo, diciéndole lo que tiene que hacer.

—Puede que sea necesario.

—Y puede que necesite estar con personas de su edad. Además, tu no eres ningún viejo que necesite centrarse de tal modo sobre su familia. Eres joven, viril, y perfectamente capaz de enfrentarte a una responsabilidad adicional.

—¿Una responsabilidad adicional?

—Podrías tener una segunda familia.

—No si quiero seguir cuerdo

—A Sandy le vendría bien un internado. Podría dedicar las tardes a estudiar en lugar de estar con chicos todo el tiempo.

En aquel momento llegó el camarero. Alex pidió pollo para Carol e hígado para él. Su dieta necesitaba más hierro. Definitivamente necesitaba algo que no estaba obteniendo.

—Las cosas son distintas ahora, Carol. En la actualidad las chicas como Sandy están expuestas a muchos más peligros que cuando éramos jóvenes. Quiero que sepa, sobre todo después de lo de Dina, que... Quiero que sepa que soy su padre y que siempre podrá contar conmigo. En cuanto a lo de tener una segunda familia, no creo que sea apropiado.

—Pero los expertos dicen que...

—A los expertos les encanta decir todo tipo de cosas. Aman la estadística. Siempre habrá una docena de ellos defendiendo cualquier postura. El problema surge cuando llevas sus teorías a la práctica. Me temo que tendré que resolver el problema de mi hija yo solo.

Entonces se echó hacia atrás y se cruzó de brazos esperando que comprendiera que no estaba dispuesto a hablar más sobre el asunto.

—Y ahora, ¿te parece bien que pida una botella de vino?

Aquella misma noche Alex se dijo que debía una llamada a Ángel. Una llamada y una disculpa, aunque no estaba muy seguro de por dónde empezar, si por su ofrecimiento para ayudarle con Sandy o por el deseo físico que sentía por ella.

El problema era que sospechaba que sentía algo más que deseo físico por ella.

Conseguía hacerlo sonreír. Conseguía despertar en él el deseo de reír. Conseguía que se sintiera más joven.

Y precisamente por ello decidió no llamarla. No quería exponerse a

tal peligro una vez más. Ya tenía suficientes problemas a los que enfrentarse como para tener que despertar a un dragón dormido.

Capítulo 3

Ángel había estado examinando con atención el rostro de Alex, en busca de huellas que demostraran el paso del tiempo. Y ahora estaba haciendo lo mismo con su hermano Gus.

—Ajá, tienes seis canas más —dijo con satisfacción.

Se preguntó por qué razón mejorarían los hombres con la edad, a diferencia de la mayor parte de las mujeres.

No podía decirse que su hermano fuera atractivo, desde un punto de vista clásico; de ojos azules y pelo negro, Gus parecía uno de esos héroes duros que aparecían en las cubiertas de las novelas que ella leía. Pero había envejecido muy bien. Al igual que Alex.

Al final tuvo que aceptar que había algo bueno en poseer una estructura física aristocrática; ella no tenía estructura física alguna, en su opinión.

—¿Qué ha pasado, te has dado un golpe en la cabeza? —preguntó ella, señalando una cicatriz que tenía en la frente.

—Algo parecido. Me di un golpe. ¿Qué es lo que sucede con la luz de la casa? ¿Se estropea a menudo?

—Una o dos veces por semana. ¿Quieres una magdalena para tomar con el café?

—Hmmm. Tendría que haber echado un vistazo a la instalación eléctrica la última vez que estuve aquí. Recuérdame que lo haga, ¿quieres? En cuanto a lo de las madalenas, no me importaría nada.

Angel sirvió el café y sacó un buen trozo de queso y varias magdalenas frescas.

Había estado trabajando duramente todo el día. Gus había aparecido poco antes de que anocheciera, con aspecto cansado, pero cuando le ofreció prepararle algo de cenar dijo que no tenía hambre.

El día que Gus Wydowski no tuviera hambre estaría muerto. Resultaba evidente que algo le sucedía, y teniendo en cuenta que era su único pariente vivo al este del Misisipi no tenía más remedio que averiguar lo que sucedía.

De modo que decidió intentarlo de forma indirecta. No se le daba muy bien aquel tipo de cosas, pero era la única forma de sacarle algo a su hermano.

—Adivina a quién vi la semana pasada —mencionó como de pasada mientras ponía un poco de queso en una magdalena, que le dio después— A Hightower. Y conocí también a su hija. Es rubia, de ojos grises, alta... se parece a Dina, pero es mucho más interesante, aunque sólo tenga catorce años.

Gus había estado enamorado de Dina. Nunca hablaban de ello, y Ángel suponía que Alex jamás lo había adivinado. Pero ella lo había

sabido desde el principio. De no haber odiado a Dina por haberse casado con Alex, la habría odiado por lo que le había hecho a su hermano. Dina era una verdadera bruja, aunque fuera duquesa o condesa de un reino del que nadie había oído hablar.

El pobre Gus había asistido a la boda de Alex sin decir nada, y después abandonó la universidad cuando sólo le quedaban seis meses para terminar la carrera.

—¿Qué tal está Alex? —preguntó su hermano, sin esperar respuesta—. ¿Sabes una cosa? Tengo un trabajo que hacer en la playa, que probablemente me tendrá ocupado hasta noviembre. ¿Qué te parecería tomarte unas vacaciones y venir a pasar una semana conmigo?

—¿Ni siquiera sientes curiosidad?

Gus tomó otra magdalena, le puso queso y se levantó para acercarse al frigorífico y buscar algo comestible que pudiera añadir al dulce.

—¿Curiosidad?

—Me refiero a Alex. A lo que está haciendo y a todo eso. No os habéis visto en muchos años, y erais amigos del alma. Junto con Kurt, claro está.

—¿Y qué? He estado muy ocupado todo este tiempo. ¿No tienes mermelada?

Ángel sacó un tarro de mermelada de uno de los armarios, la abrió y se la dio.

—Se te van a caer los dientes si sigues comiendo tantas cosas dulces. En cuanto a Alex, si hubiera sido mi mejor amigo y no lo hubiera visto en tantos años...

—¡Muy bien, señorita! Olvídate ya de eso, ¿quieres?

—Dina ha pasado a la historia, Gus. Dudo que Sandy recuerde nada de ella. Sandy es su hija, ¿te lo había dicho? Tiene más o menos la edad que yo tenía cuando...

—Sí, lo sé. La edad que tenías cuando me avergonzaste ofreciéndote a Alex.

Angel dejó el cuchillo que tenía en las manos sobre la mesa, dando un fuerte golpe.

—¡Yo no hice tal cosa! Nunca me he ofrecido a ningún hombre. ¡Al menos, no a Alex!

Gus sonrió, y su hermana tuvo que admitir que los años transcurridos no habían disminuido en nada su antiguo carisma. Alex y él eran tan diferentes como el día y la noche, pero tenían en común que ambos podían volver loca a cualquier mujer.

Gus se puso un poco de mermelada en la magdalena, con absoluta

precisión.

—De modo que sigues sintiendo algo por el viejo Lex, ¿verdad?

—Claro. Siento lo mismo por él que lo que siento por las ortigas.

—¿Y por qué no lo intentas?

—¿Con las ortigas?

—No, pequeña bruja. Con Alex. Él está libre y tú estás libre. ¿Por qué no lo intentas?

Lo peor que puede pasar es que te rechace y lo borres definitivamente de tu lista de deseos.

<

—Querrás decir lo mejor que podría pasar. Lo peor que podría pasar sería que empezara a reírse como una hiena —dijo, levantándose de la mesa y caminando hacia la pila en el preciso momento en que vacilaban de nuevo las luces de la casa—.

Vaya hermano que eres. Para tu información, Alex está saliendo con una individua llamada Carol. Probablemente la conoces, porque pertenece al club de campo, faltaría más. En cualquier caso, la pobre Sandy está aterrorizada ante la posibilidad de que se case con ella. Dice que Carol no deja de hablarle sobre los internados, sobre lo bien que se está en ellos y sobre lo divertido que es vivir con chicas de la misma edad y citarse con chicos de buenos colegios privados.

—Para ser alguien a quien acabas de conocer, pareces llevarte muy bien con ella.

Ángel se encogió de hombros.

—Supongo que se debe a que Sandy sabe que no constituyo una amenaza para ella.

Dice que el día que Alex se case con Carol se marchará de casa —explicó, empezando la limpiar los cacharros que se habían acumulado en dos días—. Y tampoco creo que tenga intención alguna de irse a vivir a un palacio con Dina. Está enamorada de un chico que conduce un deportivo. Un chaval que encaja en tu club de señoritos.

Gus sonrió y sus dientes brillaron con fuerza bajo su barba negra.

—Vaya vaya. Creo que debería llamar a Alex para ofrecerle apoyo moral.

—Deberías hacerlo. Gus... ¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó al fin.

Su hermano la miró con inseguridad.

—No me preocupa nada, niña. Tengo bastantes problemas, pero puedo resolverlos.

Ángel sabía que su hermano era tan duro como una piedra. Nunca contaba gran cosa sobre él. Era muy reservado.

—No me engañas, Gus. Tienes esa expresión que siempre se te ponía cuando estabas muy preocupado por un examen o por un juego, o cuando papá descubría que habías estado bebiendo.

Sus ojos resplandecieron. Eran del mismo color que los de Ángel, pero bastante más oscuros.

—Recuerda al menos que siempre estaré aquí, por si quieres hablar —continuó.

Gus la tomó entre sus brazos y la levantó del suelo.

—¿Sabes una cosa, brujita? Has salido bastante bien para haber sido una niña que siempre se metía en problemas.

Alex acababa de poner al día a su hija acerca de Gus Wydowski cuando sonó el timbre de la puerta. Uno de sus socios, que tenía dos hijos en la universidad y otro en el instituto, le había sugerido que intentara tratarla como si fuera una persona adulta.

Decía que los resultados siempre eran sorprendentes, así que pensó que merecía la pena intentarlo. Esperaba que fuera Gus, de modo que se dirigió a la puerta. Pero quien estaba allí no era otra que Carol. Llevaba un ramo de rosas y una botella de su vino favorito.

—Sorpresa —dijo, antes de besarlo en la mejilla—. Bueno, ¿no vas a invitarme a entrar, querido?

—Claro, entra. ¿Me he olvidado de algo? —preguntó con curiosidad.

Alex cerró la puerta delantera, intentando pensar en el día que era. Era día ocho y creía recordar que no se habían citado para aquella noche, pero había estado tan ocupado que tal vez lo hubiera olvidado.

—He estado en Raleigh todo el día. ¿Te había dicho que me están haciendo un retrato? De ahí lo de las rosas. Las llevo mientras poso, con un vestido de seda de encaje y la capa de mi madre sobre un hombro. De todas formas, pensé que como pasaba tan cerca de tu casa podía detenerme y ver si querías que fuéramos al club el próximo fin de semana. Ah, hola, Sandy. ¿Has terminado ya con tus deberes? —Yo ya he terminado con los míos, pero según veo tú aún sigues con los tuyos —espetó la joven, con fingida inocencia.

Alex la miró con dureza, pero antes de que pudiera decir nada el timbre de la puerta sonó de nuevo.

Esta vez fue Sandy la que abrió.

—Ah, hola, tú debes ser Gus. Papá dijo que ibas a venir. Ángel, ¿estás segura de que es tu hermano? No es parecéis nada. En fin, entrad. Os estábamos esperando.

Alex sólo esperaba que apareciera Gus. Y haciendo gala de su nueva actitud como padre, había propuesto a Sandy que se quedara con los invitados durante un rato antes de subir a su habitación para

ver la televisión y después acostarse.

Gus no había dicho nada de que pensara llevar consigo a su hermana. Obviamente no le importaba en absoluto, pero en cuanto la vio se excitó de nuevo, tal y como le había ocurrido cuando se encontró con ella en la calle, saliendo de detrás de un magnolio. Y hasta entonces nunca había reaccionado así ante mujer alguna, al menos en los últimos veinte años.

—Gus, Ángel… —murmuró, intentando no mirar a Ángel.

Llevaba un jersey y unos pantalones morados ajustados. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no admirar su figura.

Carol, vestida con diversos tonos de beige, arqueó una ceja.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó.

—En efecto. Te presento a Ángel y a Gus Wydowski. Bueno, Angel Perkins en la actualidad.

Carol sonrió y dijo:

—Ah, claro. Qué encantador. Había olvidado que habías estado estudiando en un colegio público durante varios años —espetó, haciendo caso omiso de Ángel y dirigiéndose a Gus—. Yo soy Carol, por supuesto. Carol English. Estoy segura de que Alex te habrá hablado de mí.

Alex prefirió no darse cuenta de que Sandy y Ángel se habían marchado hacia el estudio, tomadas del brazo. En lugar de eso, se concentró en la reacción que había tenido Gus al ver a Carol, y viceversa. Gus no había perdido su atractivo. Llevaba unos pantalones caqui y una camisa que no servían para disimular su cuerpo musculoso. Las chicas siempre se enamoraban de él. Cuando no se enamoraban de Kurt. O de él mismo.

Se suponía que Alex no sabía nada sobre lo que Gus había sentido en el pasado por Dina. Pero lo sabía. Y pensó que en tal caso haría bien intentándolo con Carol. Tenían el mismo pelo rubio y el mismo estilo impecable vistiendo.

De repente se imaginó a Carol vestida con un mono como el que a menudo llevaba Ángel, con el nombre de su empresa en la espalda. En aquellas circunstancias la hermana de Gus la habría eclipsado totalmente.

Sonrió y los llevó hacia el estudio.

Al principio la conversación derivó hacia temas generales, hasta que Carol la llevó hacia un interrogatorio que recayó sobre Gus, mirando de vez en cuando a Alex por obligación.

Alex sabía cuál era el papel que debía interpretar. Lo había hecho muchas veces con Dina durante su breve matrimonio, pero aquella noche estaba demasiado cansado como para hacer de marido celoso.

De modo que se recostó en su sillón. Uno de los dos sillones de cuero que habían fabricado especialmente para los Hightower. Sin embargo, Ángel se había sentado en el que solía ocupar de pequeña. Se había quitado los zapatos y había puesto los pies arriba.

Llevaba calcetines de lana de color rosa. Y por alguna razón, aquello le encantó.

La conversación continuó animada mientras Sandy apoyaba un pie sobre el sillón de Ángel y Carol se mantenía erguida como una reina en otro de los sillones.

Sintiéndose extrañamente inquieto, Alex se levantó.

—¿Qué quieres tomar, Gus? ¿El mismo whisky de siempre?

—No, gracias. Tengo que conducir. No quiero darle a la brujita una excusa para llevar mi nuevo coche —dijo, sonriendo—. ¿Te conté lo que pasó cuando estuvo a punto de destrozar mi anterior coche?

—No le hagas caso, Sandy —espetó Ángel—. El acelerador se atascó y me salté unos cuantos semáforos antes de conseguir desatascarlo.

Alex sonrió, encantado con Ángel, y sirvió vino a las damas y un refresco a Sandy.

Después se volvió otra vez hacia Gus.

—¿Por qué no te alojas aquí ahora que estás en la ciudad? Así podríamos charlar.

Tenemos un montón de habitaciones libres en la casa, ¿verdad, Sandy?

Sandy lo miró de tal forma que pensó que por una vez había hecho algo correcto en relación a su hija.

—Gracias, pero voy a quedarme en casa de Ángel. El tejado tiene goteras, y por si fuera poco se le han metido unas cuantas ardillas en el ático —explicó entre risas, mientras su hermana le lanzaba un cojín —. Nobleza obliga, al estilo Wydowski. Yo le repararé la casa y ella me alimentará con pizzas polacas. Carol se miró las uñas y Sandy se preguntó en qué consistirían las pizzas polacas, mientras los hombres empezaban a charlar acerca de construcción y mobiliario. La conversación fue derivando hacia el último tema, puesto que Alex era directivo de la empresa de textiles y muebles *Hightower Fine Furniture*. Gradualmente las mujeres fueron quedando en silencio mientras los hombres discutían acerca del GATT, de la NAFTA, y del mercado internacional, uno de cuyos centros más importantes se encontraba allí mismo, en High Point.

Carol se sintió fuera de lugar y empezó a dar golpecitos con los dedos sobre el brazo de su sillón.

Sandy no dejaba de mirar con admiración al amigo de su padre. En

cuando a Ángel, se quedó dormida. Se había levantado a las cinco de la madrugada y había trabajado doce horas antes de que Gus apareciera.

La hija de Alex se levantó y se marchó en silencio, para aparecer veinte minutos después con una bandeja.

—Café —dijo con suavidad, sonriendo a Ángel, que seguía dormida.

Gus se apresuró a ayudarla. Tomó la bandeja justo en el momento en que parecía que iba a caer se.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres incluso más bella que tu madre?

—No, pero si quieres decírmelo eres libre para hacerlo —sonrió la joven.

—Lex, esta hija tuya debe ser una fuente inagotable de problemas —bromeó Gus—.

Por si no lo sabías.

—¿De dónde crees que vienen todas las canas que tengo? Gracias, princesa. Y ahora,

¿no crees que deberías...?

Estuvo a punto de insinuar que debía marcharse a la cama, pero una simple mirada a Angel, que se había despertado al oler el café, le bastó para cambiar de opinión. De modo que corrigió.

—¿No crees que deberías sentarte?

Gus y Ángel se marcharon pasada la medianoche. Para entonces Sandy tenía un nuevo héroe y Alex un nuevo dolor de cabeza. En lugar de preocuparse por el chico del deportivo ahora tendría que preocuparse por su amigo, un hombre de mediana edad con una camioneta.

Pero por otra parte, esta vez Sandy no se había marchado a su habitación dando un portazo. Las cosas estaban mejorando poco a poco.

Medio dormida en la cómoda camioneta de Gus, Ángel pensaba en la rubia que estaba con Alex. Sonrió. No fue una sonrisa precisamente encantadora. Cuando por fin terminó la reunión, la señorita English estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. —¿Te ha gustado? —preguntó a su hermano. En el equipo de música sonaba un tema romántico.

—¿Quién? —No importa.

Ángel se preguntó si a Alex aún le gustarían los guisos caseros para cenar.

Gus arrancó en el semáforo en el preciso momento en que un segundo camión de bomberos pasaba a su lado. Ángel tuvo un

presentimiento fatal. Se quitó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia delante, rogando para que los bomberos no se dirigieran hacia su calle.

Gus tomó la calle que llevaba a su casa y aparcó a la derecha. En cuanto lo hizo, Ángel salió disparada del vehículo.

En seguida pudo ver el humo y las llamas saliendo de su casa. El precioso aparcamiento de la zona verde estaba lleno de coches de bomberos.

Uno de los hombres que se encontraban allí le informó de lo sucedido.

—Me temo que va a necesitar un nuevo tejado, aunque la cosa podría haber sido peor. Un chico que pasaba por la calle vio que había fuego en la parte superior de su casa y nos llamó.

Distraída, Ángel le dio las gracias por haber llega do tan deprisa. Después corrió hacia la entrada de su casa, repitiendo de manera inconsciente:

—Oh, no, no, no.

—Señorita, no creo que sea buena idea que entre.

—¡Es mi casa, maldita sea! Tengo que entrar.

—Lo siento, pero no puedo permitir que lo haga. El humo la asfixiaría. Además, puede que el edificio haya sufrido daños estructurales. Un par de nuestros hombres se quedarán para asegurarse de que el incendio no se reaviva. ¿Tiene algún lugar donde pueda dormir esta noche?

—No tengo intención alguna de dormir en otra parte. Todo lo que tengo está en esa casa. ¡Gus! ¡Dile que me deje entrar!

—Iré a echar un vistazo en el interior mientras tú miras fuera.

—¡Oh, Dios mío, mi invernadero!

Ángel intentó comprobar el estado en que había quedado, pero la intensa luz de las llamas se lo impedía. Todo aquello parecía un mal sueño.

—Respira profundamente —informó Gus con tranquilidad—. El invernadero está bien. Y las furgonetas también. Voy a llamar a Alex para aceptar su invitación, y para pedirle que la haga extensiva. Ahora vuelvo.

Afortunadamente Ángel había aparcado su furgoneta al otro lado de la casa, lejos. La luz de la luna se reflejó en el tejado del invernadero.

—Mis plantas —susurró ella.

Sin embargo, no parecía que les hubiera ocurrido nada.

A pesar de ello Ángel se dirigió hacia el invernadero para comprobar su estado personalmente. Cuando llegó y vio que estaba

bien, al igual que los vehículos, se sintió mucho mejor.

—No pasa nada, cariño —dijo Gus, abrazándola—.

No se trata de nada que no podamos arreglar. Llamaré a mis chicos por la mañana y te arreglaremos la casa en una semana. Te lo prometo.

—Bueno, pero diles a esos bomberos que tengo que entrar en la casa. ¡Tengo que hacerlo! Todo lo que tengo está ahí. ¡Todas las fotografías!

Ángel había sentido una profunda devoción por la fotografía en su juventud. Tenía Álbumes sobre su familia, sobre sus amigos, y uno secreto sobre Alex Hightower. Si alguien lo encontraba se moriría de vergüenza.

—Tranquilízate, brujita. Podría haber sido peor. Ángel se soltó de su abrazo, y sus grandes ojos azules brillaron.

—Lo sé, lo sé. Estoy comportándome como una tonta. Menos mal que estás conmigo.

Mira, podemos ir dentro a tomar unas mantas y unas almohadas para dormir en el invernadero. Hay un cuarto de baño en el despacho, y...

—Ya lo he arreglado todo, querida. Me quedaré aquí hasta mañana por la mañana.

Hasta entonces no podremos hacer mucho al respecto. Después llamaré a dos de mis chicos y veré qué es lo que hace falta. A eso del mediodía ya sabré más o menos lo que necesitamos y podrás volver a casa.

—¿Volver a casa? Si crees que pienso pasar la noche en un motel, estás loco. ¡Pienso dormir en el invernadero!

—Sí, claro que sí. Junto con el ratón que se come el grano y con las serpientes que se comen los ratones, y con...

—¡Basta! Dormiré en la furgoneta.

—¿Pretendes que yo duerma con los ratones y con las serpientes? De todas formas, Alex ya ha llegado.

Sandy te dirá dónde puedes dormir. En cuanto a tu cepillo de dientes, me sorprendería que no tuvieran uno —dijo, dándole un golpecito para animarla tal y como hacía cuando eran pequeños—. No va a pasar nada. Confía en mí. ¿Para qué están los hermanos mayores?

Ángel se apartó unos pasos de él.

—¡Alex no es mi hermano mayor, maldita sea! Tú eres mi hermano mayor.

—Lo sé —dijo Gus, dirigiéndose a Alex, que ya había llegado junto a ellos—. Gracias, Lex, te debo una.

—Dios mío —susurró Alex, mirando las llamas que salían de la

casa.

—¡Y yo también te debo una, Augustus Timothy Wydowski! —exclamó Angel—.

¡No creas que pienso olvidarlo!

Entonces miró a Alex, que iba impecable, con pantalones grises de vestir y un jersey.

—Quiero que quede constancia de que iré a dormir a tu casa sólo porque no me han dejado otra opción —protestó.

Alex sonrió, pero su sonrisa desapareció casi de inmediato. La tomó del brazo y se alejaron de la casa, desapareciendo entre los camiones de los bomberos.

—Muy bien, señorita. Queda constancia.

Capítulo 4

Nadie podría haber imaginado que el olor de bacon, a jabón, a café y a pasta de dientes podía resultar tan excitante como para crear toda una fantasía. Había algo peligrosamente íntimo en aquellos huevos con tostadas que tomaron para desayunar, en la pequeña y soleada habitación. Alex aún estaba un poco adormilado a pesar de que ya se había duchado y afeitado, y aún tenía el pelo mojado. Tenía la mirada perdida, como si le costara fijarla en lo que lo rodeaba.

Medio divertida, medio irritada consigo misma por su debilidad, Ángel se preguntó cuándo habría ido Alex al oculista por última vez. Se preguntó quién le recordaría aquel tipo de cosas. Tal vez su secretaria. Hasta Gus, por responsable y capaz que fuese, se olvidaba de ir al médico si nadie se lo recordaba.

La cena no estuvo mal. Al menos tendría energías para afrontar el día que tenía por delante. Afortunadamente eran cuatro, en lugar de dos, y no había ocasión para situaciones íntimas.

Estaban sentados alrededor de la mesa oval que se encontraba en el comedor. Alex en la cabecera, Sandy en el extremo opuesto y Gus y Ángel en la mitad. Recordó la mesa que su abuela tenía en la cocina, la mesa en la que habían cenado en una ocasión con el joven Alex. Estuvo a punto de ponerse a llorar.

Se preguntó si aquella mesa habría ardido en el incendio. Gus se había negado a permitir que entrara en la casa hasta que supieran si había sido resultado dañada la estructura. Se había tenido que contentar con mirar por las ventanas, aunque casi todas estaban oscurecidas por el humo o rotas.

Estuvieron bastante preocupados por lo del incendio, hasta que poco antes de que llegara Gus para cenar Alex empezó a hablar.

—Ya has dejado perfectamente claro que no quieres aceptar mi hospitalidad —dijo, aunque no conocía las razones que tenía para hacerlo—. Has hecho que las cosas no sean muy cómodas para Gus. Sólo quería asegurarse de que te encuentras bien.

Pobre Gus, ya tiene suficientes motivos para sentirse culpable como para que tener que soportar tus tonterías.

—Yo no hago tonterías. Además, ¿qué motivo puede tener Gus para sentirse culpable? No prendió el fuego.

—Se siente culpable porque la casa estaba vieja y no hizo nada por arreglarla.

—Pero pensaba hacerlo. Además, mi casa es mi responsabilidad. Gus es mi hermano, no mi ama de llaves.

Alex no dijo nada más. No era necesario. Mientras devoraba un helado de vainilla, Ángel pensó que algunas personas habían nacido

con la habilidad de ganar una disputa con solo levantar una ceja, mientras que otras podían pasarse toda la vida dando golpes con la cabeza a un muro de piedra sin conseguir que cediera un solo centímetro.

Sin embargo, no era la cabeza lo que le dolía, sino el corazón. Se levantó y siguió a los otros al estudio. Al menos aquella vez no cometió el error de llevar sus platos a la cocina. Sandy le dijo que no lo hiciera.

—Ya se encargará la señora Gilly.

—Pero no me importa nada llevarlos. Es lo menos que puedo hacer. La señora Gilly parece cansada.

No quería decirlo, pero la anciana señora parecía necesitar la jubilación. Y los Hightower no tenían problemas económicos, de modo que podían asegurarle su futuro.

—Oh, no está cansada. De hecho no hace casi nada, pero papá dice que es muy orgullosa, de modo que dejamos que haga las cosas fáciles. Los demás cocinan y se dedican a limpiar la casa. Ella da las órdenes, y mi padre le paga bastante bien por ello.

Ángel tuvo que aceptar que Alex se portaba bien con ella. Sin embargo, no hacía lo mismo con su hija. Pero comprendía que estando solo no podía hacer las cosas mejor de lo que las hacía.

Ya habían estado charlando con respecto a la ropa de Sandy. No era asunto suyo, pero Angel era incapaz de meterse en sus propios asuntos en lo relativo a sus amigos. Bajo su punto de vista era una manera de ayudar a los demás. Pero en opinión de Gus sólo era un síntoma más de lo metomentodo que era.

En cualquier caso las faldas de Sandy no eran tan cortas como decía su padre.

Parecían tan cortas porque tenía muy largas las piernas. En cuanto a su sombra de ojos, debía reconocer que era horrible, pero ya había conseguido convencerla de que un poco de gris pálido quedaba mucho mejor que un montón de sombra azul.

En cuanto a su hermano, sabía que era muy atractivo. Pero estaba segura de que la atracción que Sandy pudiera sentir no era más que fruto de la novedad.

Ángel y la hija de Alex estaban tomándose el último vaso de leche antes de irse a dormir cuando los dos hombres regresaron de la piscina y fueron directamente a la casa en lugar de cambiarse de ropa en el vestuario. Ángel escuchó el silbido de aprobación de Sandy cuando vio a Gus.

Personalmente, Ángel ni siquiera se fijó en su hermano. Estaba demasiado ocupada admirando el cuerpo de Alex, envuelto en una

toalla, y contemplando el vello negro que tenía en el pecho y en el abdomen. Sin embargo, aunque pensara que la atracción que Sandy sentía era pasajera, prefería que su hermano se marchara pronto de la ciudad.

De todos modos, no pudo dejar de pensar que también ella se había enamorado a su edad de un hombre. Y el hecho de que desapareciera de su vida no había servido para mucho.

Estaba demasiado ocupada con sus otros problemas como para tener que preocuparse por el hecho de estar compartiendo una casa con Alex Hightower. Tenía que tratar con carpinteros, clientes y abogados. Además, no entendía muy bien por qué se sentía tan atraída por él. Tenía una nariz demasiado grande, una mandíbula demasiado cuadrada y unos pómulos demasiado sobresalientes. Era mucho más alto de lo normal y por si fuera poco trabajaba como ejecutivo.

Ninguno de los protagonistas de las novelas que leía trabajaban detrás de un escritorio. Siempre eran vaqueros, o pilotos de pruebas, o agentes secretos. Hombres con un pasado oculto e intrigante.

Pero Alex Carruthers Hightower III sólo era un simple burgués, un millonario del sector del mueble. Y los héroes no se dedicaban a aquellas cosas.

Sin embargo, a pesar de todo ello había pasado los últimos veinte años de su vida soñando con él.

El sábado, Sandy insistió en irse a trabajar con ella en lugar de jugar al tenis.

—El tenis es muy aburrido. Siempre juego al tenis los sábados —se quejó, suspirando.

Desde que Gus se había marchado la noche anterior no hacía otra cosa que suspirar.

Su hermano había prometido regresar a mediados de semana, pero Sandy seguía tan encaprichada con él como antes.

Pensó que un poco de animación le vendría bien.

—Muy bien, pero díselo primero a tu padre.

—¡Papá, me voy a la tienda con Ángel! —exclamó ella, desde la escalera.

Alex apareció con un periódico en la mano, en el piso de abajo. Tenía el pelo revuelto, las mangas de la camisa subidas y unos pantalones de color caqui que se ajustaban muy bien a sus caderas, como si estuvieran hechos a medida.

Mentalmente, Ángel calculó el escaso valor de toda la ropa que tenía en su casa, y llegó a la conclusión de que costaría lo mismo que el atuendo de fin de semana de Alex.

—¿Y qué hay de tus clases de tenis? —preguntó su padre con

suavidad.

—No pasará nada porque pierda un día. Además, Ángel me necesita. ¿No es cierto, Ángel?

—No me vendría mal que me echara una mano.

Alex frunció el ceño y miró hacia Angel, que estaba bajando las escaleras muy despacio.

—Si necesitas ayuda, ¿por qué no lo has dicho? Podría haberte buscado a alguien.

—No necesito a nadie más. Ya tengo un hombre que me ayuda con las plantas y dos trabajadores a tiempo parcial que vienen los fines de semana, cuando no estudian en el instituto. Pero gracias de todas formas.

Era típico de un Hightower. Si alguien tenía un problema, el dinero podía resolverlo.

Pero estaba siendo injusta al pensar en aquellos términos, y lo sabía. En cualquier caso tendría que hacer algo por su jardín antes de regresar a su casa. Suponía que no tardaría mucho, aunque tuviera que dormir en el invernadero hasta que Gus decidiera que su casa no se iba a caer.

Sus jardines necesitaban un poco de atención. Obviamente el anciano señor Gilly no trabajaba demasiado en ellos. Estaba tan viejo y cansado como su esposa. Un simple vistazo a los jardines le bastó para comprobar que había que darles un buen repaso.

Sandy corrió hacia la puerta delantera dejando a Angel con Alex, que no se había afeitado.

—¿Estás segura de que no te molestará? —preguntó él.

—No, nos llevamos muy bien.

Entonces creyó notar algo parecido a una expresión divertida en sus fríos ojos grises, y se preguntó si no estaría pensando en ella, muchos años atrás, en la jovencita que siempre se estaba metiendo en problemas.

—Bueno, si estás segura... tengo que ir a ver a Carol esta mañana para montar a caballo. Sandy tiene el número de teléfono, de modo que si me necesitas para algo puedes llamarme.

—De acuerdo. Que te diviertas.

Intentó adoptar un aire de desdén. No podía soportar, que a pesar del tiempo transcurrido aún sintiera lo mismo hacia aquel hombre. Entonces, Alex se apoyó en el marco de la puerta y sonrió con absoluta sinceridad.

—¿Sabes montar a caballo, Ángel? ¿Por qué no te tomas un respiro y vienes con nosotros? Podríamos echar una carrera.

—Gracias, pero no puedo perder el tiempo. Aunque sé montar —

informó, con ojos brillantes.

De hecho sólo había montado una vaca en su vida. Su tía Zee tenía una amiga que se dedicaba a vender leche. Y de aquella experiencia no habían quedado muy satisfechas ni ella ni la vaca.

—Tal vez en otra ocasión.

—Tal vez —espetó ella—. No te preocupes si llegamos tarde. Es posible que nos detengamos a comer algo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Ángel? Sandy es una buena chica y he de admitir que puede servir de gran ayuda cuando quiere, pero...

—Oh, por Dios, déjalo ya. No voy a raptar a tu hija. Sólo voy a llevármela unas cuantas horas.

Ángel sacó las llaves y se dirigió hacia la puerta, caminando con fuerza sobre la cara alfombra, con sus botas militares.

Pocos minutos después, cuando transitaba en la furgoneta por University Parkway, con Sandy, pensó en la manía que tenían los hombres de intentar proteger en exceso a las que consideraban miembros del sexo débil.

Aunque no se trataba de todos los hombres. También estaban los depredadores, los machistas y los idiotas. Sin embargo, las cosas estaban cambiando rápidamente, y no siempre para bien.

Una de las cosas que le gustaban de Cal era que siempre insistía en que fuera independiente. Viniendo como venía de una familia en la que las mujeres estaban destinadas a quedarse en casa y criar a los hijos, Ángel encontró maravilloso aquel comportamiento. Le aseguró que si se casaba con él seguiría siendo libre. Pero entonces no sospechaba que Cal era un terrible manipulador. Y no lo supo hasta que fue demasiado tarde.

Luego estaban los hombres como Gus, que salía de una relación y entraba en otra con una facilidad pasmosa, aunque no había perdido la costumbre de rescatar a las damiselas en apuros, incluso en el caso de que no quisieran que las rescataran, lo que podía convertirse en algo realmente insidioso.

Y finalmente estaban los hombres como Alex.

Aunque tal vez no hubiera muchos hombres como él. Lo que al mismo tiempo era una virtud y un defecto.

—¿Quién más estará hoy? —preguntó Sandy, interrumpiendo los pensamientos de Ángel.

—Probablemente Mac y Bucky, aunque depende de si Bucky ha tenido que ir a ayudar a su padre con las balas de heno. Te caerán bien. Son muy simpáticos.

—Hmmm. Puede ser. Aunque es posible que piensen que sólo soy

una molestia.

Supongo que los dos son más bajos que yo, ¿verdad?

—Bucky es más alto. Mac sólo tiene quince años, pero dará el estirón dentro de un año, o algo así.

Ángel recordó lo insegura que se sentía a la edad de Sandy cuando se encontraba ante la perspectiva de conocer chicos nuevos. En pocos años su actitud sería muy diferente, pero a los catorce unos pocos años parecían una eternidad.

Mientras tanto, un padre comprensivo podía ser de gran ayuda. Hightower necesitaba que alguien le echara una mano con su hija. Los hombres podían llegar a ser verdaderamente inútiles en ciertas cuestiones. O más bien, y en su opinión, en casi todas las cuestiones.

Pero también lo eran las mujeres. Sobre todo en lo relativo a los hombres. El amor podía llegar a ser algo muy doloroso. A la edad de Sandy, sin perspectiva ni control sobre sus propias hormonas, podía convertirse en un verdadero problema.

—Me gustan los hombres con barba. ¿Y a ti? —preguntó Sandy, divertida—. Les da un aspecto muy viril —añadió, suspirando y mirándose las botas rojas que llevaba.

—No estoy segura de que la barba tenga nada que ver con la virilidad, pero sé a qué te refieres —dijo, pensando en Alex y en el aspecto que tenía la noche anterior, sin afeitarse—. Siempre y cuando no olvides nunca que el pelo no da carácter.

Sandy hizo estallar un globo de chicle.

—Suenas como mi padre. ¿Tiene novia Gus?

—Que yo sepa, no —admitió.

—¿Le gustan las mujeres jóvenes?

Afortunadamente Ángel estaba demasiado ocupada conduciendo como para contestar. Sólo esperaba que su gusto por las barbas y por los hombres mayores desapareciera pronto. Aunque por otra parte, en cuanto volviera a prestar atención al jovencito del deportivo Alex tendría un verdadero problema del que preocuparse.

Alex montaba a Shadow, su caballo preferido, y tuvo que hacer un esfuerzo para no salir al galope y dejar atrás el bosque de robles en dirección a los pastos. Carol iba a su lado, sobre su esbelta yegua.

Necesitaba escapar de allí. Y aquella necesidad se estaba convirtiendo en algo muy molesto.

—¿Tomamos el camino rápido para volver a los establos?

—Como quieras. Se me había olvidado lo estrecho que es este sendero. Ni siquiera podemos hablar sin levantar la voz.

Carol nunca levantaba la voz. Alex tampoco lo hacía de manera habitual, pero últimamente había perdido la costumbre.

Observó a la mujer que cabalgaba delante de él, una de las ventajas que proporcionaba el estrecho sendero que habían tomado. Tenía una postura perfecta sobre la silla, erguida y con las manos relajadas. Carol nunca hacía nada que no fuera perfecto. Supuso que aquello debía ser algo parecido al arte. Ser buena en todo debía resultar muy difícil.

Sin querer, sus pensamientos terminaron en la mesa de la cocina, recordando la primera mañana que Ángel había pasado en su casa. Se había levantado temprano, convencida de que todos los demás seguirían en la cama. Pero Alex ya estaba desayunando. Se levantó en cuanto vio que aparecía, y clavó sus ojos en la motita rosa que tenía en su mejilla izquierda.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó.

—Acné.

—¿Cómo?

—Si no te importa, preferiría no tener que hablar sobre ello.

No pudo creer que a su edad aún tuviera acné. Estuvo a punto de atragantarse con el zumo de naranja que se estaba tomando. Pero entonces vio su sonrisa y se perdió en ella. Cuando Sandy entró en la cocina unos minutos más tarde, ambos estaban riendo a pierna suelta, sin ser capaces de explicar por qué reían tanto a causa de un simple ataque de acné.

Durante unos minutos se había sentido joven de nuevo. Se había sentido bien. De hecho, no podía recordar cuando había sido la última vez que se había reído de aquel modo.

Después de dejar a Carol en su casa y rechazar su invitación a comer, Alex se dirigió a su despacho para trabajar. El trabajo de aquel día incluía la compra de una pequeña empresa. Por una vez, iba a hacer algo en contra de la opinión de sus asesores. Tenía razones personales para ello, aunque poco tuvieran que ver con la línea habitual de las empresas Hightower.

En ocasiones deseaba dejar aquel maldito negocio y dedicarse a algo completamente nuevo. Pero cuatrocientos puestos de trabajo dependían de su buen juicio, por desafortunado que fuera. Y no podía hacer otra cosa que aceptar su responsabilidad.

Llegó a casa más tarde de lo que era costumbre en él. Deseaba tomarse una copa, nadar en la piscina aunque hiciera demasiado frío y descansar un poco antes de cenar. Últimamente le costaba dormir, y cuando lo hacía se despertaba de madrugada, demasiado nervioso para seguir durmiendo. Lo que significaba que al día siguiente no se encontraba en condiciones de trabajar.

Por alguna razón, se sentía incómodo. No encontraba la razón para

ello. El trabajo iba bien y la relación con su hija había mejorado sustancialmente; sabía que mientras pudiera mantener la calma no empeorarían.

Pensó que tal vez se debiera a la crisis de los cuarenta, aunque sólo tenía treinta y ocho años.

La puerta delantera se abrió dando paso al recibidor y a la escalera curvada que llevaba al segundo piso. Aquella habitación no había cambiado mucho desde los días de su padre. Dina no estaba particularmente interesada en la decoración, y tampoco era un asunto que le preocupara demasiado a él. Se había acostumbrado a los tonos grises y dorados de las antiguas alfombras, a los brillantes colores de la barandilla, al mural veneciano de las paredes y a la mesa en la que siempre había un jarrón con flores procedentes del jardín.

A lo que no se había acostumbrado en absoluto era a las botas militares que se encontraban en uno de los escalones. Ni al bolso de cuero que colgaba de una de las sillas que su madre había comprado en Francia durante su luna de miel, ni al sonido de risas y chapuzones que podía oír a través de las ventanas abiertas.

Caminó hacia la piscina y se detuvo en cuando vio a Ángel de rodillas junto al agua, riendo con su hija.

No dejaban de reír. Pensó que si en aquel momento se tiraban al agua se hundirían como un par de rocas. El agua estaba demasiado fría como para nadar. Sandy siempre insistía en que hicieran una piscina cubierta, pero por alguna razón nunca tomaba una decisión al respecto. Era como si toda su vida estuviera pendiente de un hilo. Una sensación bastante extraña que durante los últimos días no había hecho otra cosa que incrementarse.

Sin pensarlo dos veces giró sobre sus talones y se desabrochó la camisa mientras subía por las escaleras. Unos minutos más tarde estaba otra vez abajo, con un bañador, una toalla y unas sandalias.

En aquel preciso momento las dos mujeres entraban en la casa. Alex no quiso mostrar su decepción.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó con una sonrisa forzada.

—Ah, hola, papá. Antes de bañarnos en la piscina nos duchamos en casa, de modo que no te preocupes por el filtro. Además ya hemos cenado. Le dije a Flora que podía marcharse antes de tiempo. Tenía una cita con el traumatólogo, pero Ángel le ha enseñado a hacer rehabilitación con una pelota de tenis y creo que ya no gruñirá durante una temporada.

Nada de lo que decía su hija tenía sentido para él.

Estaba tan decepcionado y preocupado por no mirar a Ángel, con su bañador azul, que no prestó atención.

Dina era delgada. Carol era delgada. Su hija era delgada. Se preguntó qué había de maravilloso en estar tan delgadas. Bajo su punto de vista no tenía sentido que las mujeres se pasaran la vida en un gimnasio sudando y haciendo ejercicio para mantenerse delgadísimas cuando unos senos pequeños, una cintura estrecha, unas buenas caderas y unos muslos redondeados como los de Ángel eran más que suficientes para volver loco a cualquier hombre que estuviera en su sano juicio.

—¿Cómo? Ah, sí, claro. Lo que tú quieras, cariño.

Hizo quince largos, intentando convencerse de que sólo trataba de relajarse por haber pasado varias horas en un despacho. Pero desafortunadamente cuando por fin estaba en la cama, imaginando el aspecto que cierta mujer tenía por debajo de su mono de trabajo, eran otros músculos los que se le ponían en tensión.

Se alegró de tener una piscina y decidió que lo primero que haría al día siguiente sería llamar a un contratista para averiguar cuánto costaría cerrar la piscina y poner un sistema para calentar el agua. Ahora que Ángel había regresado a su vida tenía la impresión de que iba a tener que nadar muy a menudo.

Capítulo 5

Angel se dijo que no iba a funcionar. Cuando Gus se encontraba delante las cosas no iban tan mal, pero ahora que había desaparecido se sentía fuera de lugar. No le salía nada bien.

Ni siquiera le salían bien las comidas. Al menos una vez a la semana, tenía la costumbre de llevar a casa algún plato precocinado para cenar. Era barato, fácil, y normalmente delicioso. De modo que cuando Sandy mencionó la posibilidad de detenerse en *Charlie's* para comprar algo de comer de regreso a casa, ella aceptó y pidió tres platos sin pensárselo dos veces.

En aquel momento le pareció una buena idea, una forma de pagar la hospitalidad de Alex. No pensó que en un salón tan formal como el de su mansión no se podía comer nada en platos de plástico, y mucho menos bajo la seria mirada de los antepasados, inmortalizados en cuadros diversos.

De modo que se tomaron la comida en el pequeño comedor adjunto a la cocina, que usaban para desayunar. Ángel empezó a comer casi de inmediato, porque después de todo un día de trabajo estaba hambrienta.

Ni siquiera se planteó si a Alex le gustaría. Podía recordar una época en la que era capaz de comer repollo y ternera con maíz en la mesa de una cocina, pero habían pasado muchos años. Decepcionada, echó sal a las patatas fritas.

Estaban discutiendo acerca de la manera más adecuada de abonar la tierra cuando Alex se unió a ellas, con el pelo aún mojado después de haber estado en la ducha.

Obviamente no se había quedado mucho tiempo en la piscina.

—Entonces, le añado un poco de abono y... Ah, no te hemos esperado para cenar —

dijo, mirándolo con cierta culpabilidad—. Pensé que tardarías más en volver.

—No importa.

—Tal vez debí habértelo preguntado antes. Me refiero a lo de la comida. Pasamos por Charlie's Pig Pit y olía tan bien que compramos algo. No sabía qué podías querer para beber. Sandy dijo que cerveza. Probablemente debería haberla metido en el frigorífico mientras terminabas de nadar.

—No importa, gracias de todas formas.

Ángel observó sus manos. Eran unas manos preciosas, largas, cuadradas, cubiertas de vello rubio. Manos que había imaginado muchas veces en sus fantasías. Ella tenía muchos más callos que él, y sus uñas estaban en peor estado, pero sospechaba que a pesar de todo

aquellas manos escondían más fuerza de la que en principio podía parecer.

Alex se estaba tomando la cerveza en una jarra. En las raras ocasiones en las que Ángel tomaba cerveza para comer, la bebía directamente de la lata para no manchar un vaso. Pero estando en su casa no se atrevía. Y aquélla era otra de las diferencias que había entre ellos. Probablemente nunca había dejado de comportarse adecuadamente estando sentado a una mesa.

De todas formas, no estaba acostumbrada a charlar sobre nada mientras cenaba.

Habitualmente cenaba en la cocina mientras veía las noticias en el televisor, y no comentaba nada que no. fuera algún exabrupto sobre cuestiones políticas o sobre el tiempo.

Entonces recordó que en el frigorífico tenía el salmón de Flora, con espárragos y patatas gratinadas. Casi sintió haber comprado comida por el camino, porque seguramente le habría encantado a Alex. Flora no era tan buena cocinera, pero cualquier cosa sería mejor que comida preparada, en platos de plástico y servilletas de papel.

Sin embargo, pensaba que era un deber cívico apoyar la economía local, y *Charlie's* era un local de la zona, mientras que en lo relativo al salmón estaba segura de que no había sido pescado en el río Eno.

Con tal pensamiento en mente, siguió comiendo con su tenedor de plástico, saboreando la comida. Había estado trabajando todo el día plantando y replantando arbustos y árboles, y por si fuera poco después se había visto obligada a meterse en una piscina helada con una quinceañera que nadaba a toda velocidad.

Al día siguiente se marcharía a su casa, tuviera o no un tejado nuevo. Alex no le debía nada, y ahora que Gus se había marchado nadie podía obligarla a quedarse. En cuanto terminara de cenar se lo diría, antes de que desapareciera. Probablemente tendría alguna cita con su pequeña muñeca.

Mientras pensaba en la forma de decirle que pensaba marcharse, llevó los restos de la comida a la cocina. Pensó que a la señora Gilly no le importaría. Podía ser una persona algo inútil y mayor, pero era encantadora.

Veinte minutos más tarde encontró a Alex en su estudio. Entró en la habitación con los brazos en jarras y anunció:

—Me voy mañana por la mañana. Quiero decir que me voy a casa. Gracias por tu hospitalidad.

Alex la observó durante unos segundos, haciendo que se sintiera como si tuviera que pedirle disculpas.

—¿No estás cómoda aquí?

—Claro que estoy cómoda. Ésa no es la cuestión —espetó irritada.

Le molestaba que su actitud fuera tan serena. Le molestaba que en cualquier situación estuviera tan absolutamente atractivo.

—¿Han terminado el trabajo los carpinteros?

Ella se encogió de hombros.

—Eso creo. Los electricistas llegarán mañana por la mañana, pero no creo que tarden demasiado en arreglarlo, porque sólo tienen que cambiar un cableado.

—¿Por qué no te quedas hasta que regrese Gus?

Podría haberle dado una razón. Cuanto más tiempo pasaba con él, más difícil le resultaba resistirse a su encanto. Aquella sensación, ya fuera amor o deseo, era mucho más compleja siendo adultos que siendo jóvenes. Y cualquier mujer con dos dedos de frente habría evitado exponerse al peligro.

A cualquier hora del día, Alex se sorprendía a sí mismo pensando en Ángel Wydowski. Pensaba en su manera de reír. Su risa no había cambiado en todos aquellos años, aunque al haberse transformado en una mujer el efecto que causaba era diferente. Cada músculo de su cuerpo reaccionaba al estímulo.

No recordaba cuándo había memorizado el brillo de sus ojos, el movimiento de su cadera y su risa contagiosa. Bien podía haber sido la noche anterior, o veinte años atrás.

No sabía cuándo había empezado a preguntarse acerca de las delicias que podía esconder su boca, ni acerca de su sabor, ni de su olor. Muy a menudo se preguntaba a qué olería. Tal vez a flores o a hierba recién cortada.

Dejó el bolígrafo que tenía en la mano y se dijo que todo aquello era una locura.

Intentó repetirse que no sentía nada por ella. Era la hermana de un viejo amigo, nada más. Y ya no era ninguna niña. Debía tener treinta y pocos años, aunque no parecía mucho mayor que aquella ocasión en la que robó un paquete de cigarrillos, se puso enferma y vomitó en el asiento trasero de su Mustang.

Tuvo que limpiarla él mismo y convencerla después para que no se arrojara al lago Jordan.

Angeline Perkins. Se preguntó cómo habría sido su marido, y qué habría ocurrido con él. Se preguntó cómo sería ella en la cama. Entonces, llamó por el intercomunicador a su secretaria y le dijo que no iba a estar en toda la tarde.

—Toma todos los mensajes. Ya me los darás cuando regrese. No estaré localizable en unas cuantas horas.

Tenía una cuadra con un par de caballos a unos pocos kilómetros

de la ciudad. Se trataba de su caballo y de la yegua de Dina, que montaban Sandy y Carol, ocasionalmente. Podría haberlos tenido en sus tierras, puesto que tenía espacio de sobra, pero nunca había considerado que mereciera la pena.

Y precisamente ahí radicaba el problema. Con cierta ironía, pensó que hasta entonces nada había merecido la pena.

Más tarde, se encontraba galopando por los pastos secos, con la camisa, los pantalones y las botas de montar que guardaba para ocasiones similares. Su pensamiento voló una vez más hacia la mujer que pensaba marcharse de su casa.

Ángel. El pequeño diablo Wydowski. Tal vez lo que más le fascinara fuera la novedad que suponía. El hecho de que se trataba de una mujer absolutamente distinta de todas las mujeres que había conocido. En lugar de dedicarse a una profesión respetable, de oficina, o de dedicar su tiempo libre a hacer obras de caridad, jugar al golf o ir al club de campo, trabajaba con las manos. Literalmente, en la tierra.

El segundo día de su estancia en su mansión la había descubierto trabajando codo con codo con el viejo Gilly. Para Phil Gilly el paraíso debía ser un lugar lleno de instrumentos de jardinería.

Ángel. Invariablemente se quitaba los zapatos en cuanto entraba en la casa. Más tarde, él los encontraba en la escalera, bajo la mesita del salón o junto a un sofá, con los cordones en posición de abandono absoluto. Tomaba refrescos bajos en calorías, directamente de la lata, comía patatas fritas con los dedos y leía novelas rosa sin importarle en absoluto que los demás vieran las portadas. Y reía como una colegiala, dejándose llevar por impulsos absolutamente ajenos a un hombre de mediana edad como él, con una hija crecida.

Hasta Sandy había caído bajo su hechizo, y aquello era lo más raro de todo. Sandy no hacía amigos con facilidad, y mucho menos si se trataba de adultos. Siempre había sido tímida y poco segura, y en los días que había pasado con Ángel había reído más y se había divertido más que en todo un año.

Sintió la cálida brisa de septiembre en el rostro, mientras cabalgaba. Ya se había rendido. No podía quitarse a aquella mujer de la cabeza. Era como si se hubiera caído en un zarzal. Pero desafortunadamente, en ciertos casos no servía de mucho rascarse.

Casi empeoraba las cosas.

Ángel. Se preguntó si aún gritaría en los partidos de béisbol. A su hermano le gustaba más el fútbol, pero ella prefería el béisbol.

Intentó pensar en otra cosa.

En menos de un mes, su empresa debía enfrentarse a la exposición del salón internacional del mueble. Aún no lo había arreglado todo, y

no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera aquella pelirroja, ni desear otra cosa que no fuera abrazarla y consumirse con ella entre las llamas de la pasión.

Su montura avanzaba a toda velocidad por el camino. Alex consiguió controlar al animal tirando de las riendas, pero una simple mirada al reloj le bastó para comprobar que ya había perdido demasiado tiempo. Soltó un taco y se dijo que su vocabulario estaba empeorando bastante. En cualquier caso, no le había servido de mucho salir de la oficina.

Ángel se había marchado. En cuanto entró por la puerta lo supo, y lo habría sabido aunque ella no se lo hubiera advertido. La casa había recuperado aquel aspecto de abandono, de vacío, que no había notado nunca hasta su aparición. No había latas de refrescos sobre la mesita del salón, ni botas en la escalera, ni bolsas colgadas sobre las sillas.

Ni risas.

Aunque sólo hubiera sido por Gus, habría insistido en llevarla personalmente para asegurarse de que las reparaciones del tejado de su casa ya habían terminado. Pero él no sabía mucho sobre aquellas cuestiones. Si hubiera insistido en que se quedara allí se habría reído en su cara. Era pequeña de tamaño, pero tenía el carácter explosivo de una locomotora.

Sandy había regresado a su comportamiento habitual. Lo culpaba por todo lo malo que ocurría en su vida.

—Al menos podrías haberle rogado que se quedara —espetó mientras cenaban.

—Le dije que era libre de quedarse todo el tiempo que quisiera. La elección fue suya, Sandy.

—¡Pues ha sido una elección equivocada! Y es culpa tuya. No me importa lo que digas, porque yo y Ángel nos llevamos muy bien. Yo le caigo bien, no como a otras personas que no quiero mencionar, otras personas a las que les gustaría encerrarme en un internado hasta que tenga cien años.

—Ángel y yo.

Ella lo miró. El labio inferior le temblaba ligeramente, lo que le recordó a su madre.

Dina siempre había sido muy buena dramatizándolo todo.

—¿Qué pasa con Ángel y contigo?

—Nada. Sólo corregía tus expresiones.

—¡Oh, maldita sea, eso es todo lo que te importa!

—No seas así, Alexandra. Es importante hablar bien. Y tú me importas. Aunque no parezcas darte cuenta. ¿Es culpa mía o es que intentas deliberadamente dificultar las cosas?

Sandy respondió tal y como esperaba. Se levantó de la mesa de muy mal humor, arrojó la servilleta a un lado y se marchó entre lágrimas.

Alex miró el salmón que aún no había tocado, al igual que los espárragos y las patatas que parecían haber sido recalentadas. Se preguntó qué pasaría si dejara que su hija hiciera y dijera lo que quisiera. Y aún se lo estaba preguntando cuando Gus apareció unas cuantas horas más tarde.

—¡Me alegro de verte! Venga, entra y deja tu bolsa en las escaleras. Por primera vez en mucho tiempo me apetece emborracharme con alguien.

Gus dejó la bolsa en la escalera. Los Wydowski nunca habían dado mucha importancia a las formalidades.

—Creo que prefiero mirarte. Si no recuerdo mal, la primera vez que te emborrachaste te estuve cuidando yo. ¿Quieres hablar de algo antes de que se te trabe la lengua?

Alex sonrió con ironía mientras caminaban hacia el estudio.

—No se trata de nada personal. ¿Has comido algo? ¿Has tenido algún problema?

Pensé que no volverías hasta mediados de semana.

—Sí y no. Por cierto, ¿estás seguro de que no quieres tomar algo? Siempre fuiste un buen bebedor. Mejor que el viejo Kurt, aunque ninguno de vosotros resultaba muy divertidos cuando bebía.

—¿Qué tal ha ido tu viaje?

Gus se sentó en uno de los sillones de cuero que habían ayudado a cimentar la buena reputación de la empresa familiar. Después se estiró y suspiró. A Alex siempre le había gustado la intimidad. Suponía que se debía a que había sido hijo único. O tal vez no.

—El viaje ha ido bien. El trabajo es bastante parecido al que hice en Kinnakeet Shores el año pasado. Encontré un sitio donde quedarme, lo alquilé hasta diciembre, me puse en contacto con los proveedores y con los bancos y regresé. Tengo la impresión de que Ángel habrá empezado a ponerse nerviosa, ¿verdad?

—Tanto que se ha marchado. Se ha marchado esta mañana. ¿Es un problema?

Gus se frotó la barba, algo más crecida que la semana anterior.

—No, imaginaba que no se quedaría mucho tiempo. Supongo que la estructura de su casa está bien. Podría haberse marchado el segundo día, pero quería que el equipo limpiara la casa. Sin embargo, la brujita nunca ha aceptado fácilmente la ayuda de los demás. Y cuanto más vieja se hace, peor se comporta a ese respecto.

Aquello no le sorprendió demasiado. Siempre había sido muy

orgullosa.

—¿Y su instalación eléctrica? ¿Está bien?

—Bastante bien. Pero hasta que terminen los trabajos su casa estará llena de cosas. En fin, si sigues pensando en tomarte una copa, creo que voy a decidirme a acompañarte.

Alex sirvió dos copas y después dijo:

—Creo que podría conseguir que regresara.

—¿Tú y cuántos más?

—Es cierto.

A medida que fue bajando el nivel de la botella, los dos hombres empezaron a charlar con más sinceridad. Estuvieron hablando de negocios.

—Acabo de comprar una pequeña empresa familiar. Los anteriores dueños no querían que se perdieran los puestos de trabajo —explicó Alex—. Y creo que puedo ayudarlos. Pero no lo hago sólo por altruismo. Es un buen negocio.

—Ya. Seguro que tendrás que reorganizarlo todo para que vuelva a funcionar.

Reconoce que se trata de una misión imposible. Una misión de rescate.

—No me confundas con Kurt. ¿Sigue trabajando para la guardia costera?

—Eso creo. Pero afronta la realidad, Alex. Recuerdo perfectamente que cuando eras más joven querías arreglar el mundo. Entonces tu padre te obligó a hacerte cargo de la empresa y ahora intentas salvar a todo el mundo. Por ejemplo, comprando la empresa de Albert Schwitzer.

—Tonterías.

Ciertamente siempre había sido un soñador. Todos los jóvenes lo eran. Pero nunca había podido olvidarse de sus responsabilidades. Las responsabilidades que todo hijo único tenía para con su familia.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Alex—. Tengo entendido que el dinero extra que ganas lo dedicas a organizaciones de solidaridad.

Gus se encogió de hombros.

—Es cierto.

—Bueno, en ese caso no aceptaré más comentarios al respecto. Ya tengo bastante con mi junta directiva.

—Eso puedo creerlo. ¿Qué plan tienes?

—Reorganizar la empresa por completo. El desembolso inicial probablemente no afectará mucho nuestros activos. Tendremos que invertir bastante, pero no tanto como puedas pensar. Pero será un trabajo difícil. Sin embargo, a largo plazo podremos abarcar nuevos

mercados.

—Y mientras tanto podrá sobrevivir una pequeña localidad que vive de esa empresa, y habrás salvado varios cientos de puestos de trabajo. Por no mencionar los beneficios que sacarás de la operación. ¿No es cierto, doctor Schwitzer?

Alex se encogió de hombros.

—Tal y como he dicho, es una inversión.

Permanecieron en silencio un buen rato, pensando, hasta que Gus dijo:

—A veces me pregunto si no estaré cometiendo un error al aceptar contratos por todo el estado en lugar de establecerme en un lugar. Paso demasiado tiempo de viaje.

He considerado la posibilidad de comprar un avión y aprender a volar. Tal vez podría convencer a Kurt para que regresara y se hiciera cargo del trabajo.

Inevitablemente la conversación empezó a moverse hacia un campo más personal.

Alex expresó las dudas que tenía acerca de la posibilidad de involucrarse sentimentalmente con Carol.

—Me recuerda demasiado a Dina, y la verdad es que ya tuve bastante con ella. Me refiero a Dina, claro, no a Carol.

—¿Y quién no? —comentó Gus con ironía. Aquel comentario casi era una confesión pública de que se había marchado de la ciudad cuando Carol y Alex se casaron porque estaba ciegamente enamorado de ella. Y a Kurt le sucedía lo mismo. Pero nunca habían hablado al respecto.

En todo caso, Gus sabía desde el principio que Carol nunca se fijaría en él. Las mujeres como ella sólo creían en el dinero y en el estatus social. Y Gus no era ni atractivo como Kurt ni rico como Alex. Los Wydowski carecían de pedigrí.

Durante cierto tiempo odió a Alex por ser quien era, por haber conseguido casarse con ella. Gus se había enamorado dos veces en toda su vida, y en ambos casos de mujeres equivocadas, que jugaban en una liga distinta. Pensó con ironía que aquello demostraba su buen gusto.

—Ninguna ley dice que sea obligatorio casarse —comentó Gus.

—Sandy necesita una madre. Ha dejado caer unas cuantas indirectas en los últimos días.

—Por alguna razón, no creo que Carol sea la adecuada.

—Ni Sandy, desafortunadamente. Estuvieron bebiendo en silencio durante unos minutos, perdidos en sus pensamientos.

—Supongo que no es ningún secreto que Dina y yo nunca nos

llevamos bien —

comentó Alex al fin.

Gus soltó una carcajada y dijo: —Teniendo en cuenta lo estirada que era, me lo imaginaba.

Por fin lo había dicho. Aunque Gus pensó que de haber sido él nunca habría dejado que se marchara.

Lo que demostraba una vez más que un individuo podía ser muy inteligente en ciertos aspectos y estúpido en otros.

—Fue culpa mía, en buena medida. Me refiero a nuestra separación. ¿Sabes una cosa?

Nunca hablábamos. Dina decía que yo era muy aburrido, y lo decía muy a menudo.

Resulta curioso, porque antes de casarnos teníamos muchas cosas sobre las que hablar.

—Sí —dijo Gus con ironía—. Si recuerdo bien, siempre estabas diciendo lo bonitos que te parecían sus ojos, lo magnífica que estaba con la ropa que llevara y lo afortunado que eras por estar con ella.

Esta vez fue Alex quien rió.

—Nunca fui tan pesado.

—Créeme, eras peor. No dijiste una sola cosa inteligente en todo el tiempo en el que estuvisteis juntos. No te culpo por ello. Dina era toda una mujer.

Alex estuvo a punto de tirar su copa, pero no se derramó porque casi estaba vacía.

—¡Eh, Wydowski, cuidado con lo que dices de mi ex esposa!

—Al menos tienes a Sandy. Un hombre necesita tener hijos, familia, algo por lo que trabajar.

—¿Quieres saber algo triste? Tampoco puedo hablar con Sandy. La quiero, pero no soy capaz de conseguir comunicarme con ella. Antes estábamos muy unidos, hasta hacía sus deberes mientras yo leía el periódico, y hablábamos sobre muchas cosas.

Aunque nunca habláramos de Dina.

Gus asintió.

—Imagínatelo. Su madre se marcha abandonándola. Eso debe doler mucho. Ángel tampoco comentaba nada cuando se separó de ese cerdo de Perkins. Sonreía, pero no decía nada. Nada en absoluto —dijo, casi cantando la frase.

Alex levantó la botella, pero cambió de idea y volvió a dejarla a un lado.

—¿Cómo era?

—¿Quién?

—Perkins.

—Ah, ése. Un verdadero cretino, aunque supongo que atractivo. A las mujeres les gustan los hombres de ese tipo. Ángel estaba fascinada por él. Tan fascinada que no se dio cuenta de cómo era. Ni siquiera esperó a averiguar si realmente deseaba casarse con él. Se casaron aunque se conocían desde hacía pocos meses.

Alex no quería escuchar nada más. No era asunto suyo, pero la lengua de Gus ya se había soltado; en cualquier caso, la conversación la había sacado él, y ya no tenía otra opción que continuar escuchando.

—El primer chico que le hizo daño fue... en fin, supongo que ya lo sabes, así que no mencionaré nombres. Sea como fuere, empezó a salir con él en cuanto te casaste con Dina. Aún era una niña. Yo ya me había marchado de la ciudad. De otro modo, habría intentado hacer algo. Pero ya sabes cómo es Ángel, directa y clara. No se le ocurrió pensar que él sólo estaba jugando.

—No creo que quiera escuchar nada más.

—Me da igual. Es posible que yo necesite hablar sobre ello, de modo que cierra la boca y escucha, ¿de acuerdo? Me lo debes, aunque sólo sea por haber tenido que soportar todos tus bellos comentarios acerca de Dina. El pobre Kurt decía que tendría que meterte un calcetín en la boca para que no siguieras hablando —dijo Gus, sirviéndose otra copa con inseguridad—. Ángel pensó que aquella rata quería casarse con ella. Como ya he dicho, era un tipo con encanto. Cuando la dejó, Ángel se encontraba muy mal. Yo volví una semana más tarde, y su aspecto no era muy bueno. No dijo mucho, pero supe de inmediato que algo había ocurrido. Finalmente me lo contó uno de sus amigos, y estaba dispuesto a obligarlo a seguir con ella aunque fuera a punta de pistola.

Los ojos de Alex brillaron con rabia, por borracho que estuviera.

—¿Quién es? Mataré a ese cerdo.

—Llegas demasiado tarde. En todo caso, en cuanto lo vi supe que no merecía la pena.

Era un manipulador típico. Ya sabes. Y también conoces a Ángel. Si la atacas, se revuelve. De modo que reaccionó con mucho carácter y él hizo lo mismo. En ese sentido estaban cortados por el mismo patrón. Después, él se mató en accidente de circulación, estrellándose contra un Árbol cuando regresaba de una fiesta en compañía de una mujer.

Alex soltó una expresión relativamente dura, que no había dicho en mucho tiempo.

A pesar de haber bebido mucho, estaba bastante sobrio.

—En la comisaría me dijeron que Perkins llevaba bajados los pantalones cuando ocurrió. No se supo en su momento porque tenía

un par de amigos en el departamento. Supongo que Ángel se lo tomó relativamente bien. Mi hermanita es fuerte, pero no tan fuerte como pretende aparentar —dijo, levantándose del sillón de cuero—. En fin, creo que será mejor que la llame mientras recuerde su número de teléfono, para averiguar si ya le han arreglado la casa.

Capítulo 6

Ángel pensó que Sandy no había heredado nada de su padre, excepto el color de su pelo y de sus ojos. Si las fotografías y comentarios que había visto en la revista Uptown eran fiables, se parecía mucho más a Dina, desgraciadamente. Razón por la cual no comprendía que le gustara tanto la joven.

—Los enebros tienen todo tipo de formas y tamaños. Aquellos que hay en ese lado se llaman enebros azules. Son perfectos para crear macizos decorativos. En cuanto ésos, son más arbóreos, y se conocen como sabinas. También tienen un nombre en latín, pero resulta impronunciable.

Sandy tenía que montar a caballo con uno de sus profesores, pero aseguró a Angel que tenía el permiso de su padre y se marchó con ella a su empresa, donde los chicos estaban esperando la llegada de nuevos cargamentos. En cuanto llegó a la casa caminó hacia el porche y empezó a quejarse diciendo que era demasiado alta, demasiado delgada, y que tenía los pies demasiado grandes.

—Tienes que recordar que para hacer un bonito jardín se necesitan todo tipo de formas y tamaños. Una cantidad excesiva de una cosa u otra haría que fueran un lugar aburrido —declaró Ángel.

—Intentas hacer que me sienta mejor, ¿verdad?

Sandy se inclinó sobre las plantas que había estado etiquetando Ángel, las tocó, hizo un gesto de asco y se limpió las manos en los vaqueros.

—Eh, la jardinería es mi negocio. Nunca bromeo con cuestiones de negocios.

—La señora Gilly dice que tenemos que darnos por contentos con lo que tenemos y agradecer que no sea peor. Pero digo yo que podría haber nacido con un poco más de forma.

—Bueno, es posible que obtengas una figura nueva como regalo cuando cumplas los dieciséis.

—Ya, pero entonces seré demasiado vieja. Soy la única chica del colegio que no puede llenar el sujetador. Oh, vaya, ahí llega mi padre. ¿Por qué ha tenido que venir a buscarme? —preguntó, mirando hacia la casa, donde se encontraba Gus hablando con un electricista—. Pensé que ibais a llevarme Gus y tú.

Gus había llegado a la ciudad la noche anterior, pero no apareció en casa de su hermana hasta unas cuantas horas atrás. Ángel sabía que había pasado la noche en casa de Alex, pero no hizo preguntas.

Se incorporó y se limpió las rodillas mientras Alex se acercaba con gesto impaciente.

Llevaba un traje gris claro, corbata ligeramente suelta y una

sombra en el rostro que denotaba que no se había afeitado. Estaba tan atractivo como siempre, y al igual que su hermano, parecía tener resaca.

Al llegar saludó a su hija, pero su mirada fue directamente hacia Ángel.

—Ya veo que habéis pasado la noche sin que ocurra ningún desastre.

No era justo. La primera cosa que decía era agresiva.

—Podrías llevarte una sorpresa.

Se abrazó a sí misma al notar los síntomas que tan familiares le resultaban. Sintió una punzada en el pecho, cierta inseguridad entre las piernas y una excitación más que evidente. Sin embargo, Alex no sonrió. No sabía que podía ocurrir si algún día se atrevía a tocarla.

En el pasado, reía muy a menudo, enseñando aquellos preciosos dientes blancos.

Pero ahora casi nunca sonreía. Había cambiado mucho con el paso de los años, pero suponía que el Alex de siempre se encontraba en algún lugar debajo de aquellos trajes perfectos; de aquellas camisas blancas, todas iguales; y de sus inmaculados zapatos. Incluso en el instituto y en la primera época de la universidad, aún siendo un tipo bastante duro, había descubierto algo especial en él. Algo fuerte, modesto, honorable y noble virtudes todas ellas de príncipes azules. Pero desafortunadamente habían derribado Camelot para levantar un centro comercial.

Ángel se dijo que aquel príncipe seguía allí, escondido en alguna parte. Su espada podía estar algo mellada y su armadura desgastada por el tiempo, pero aún existían dragones contra los que tendría que luchar.

—Te esperamos para cenar esta noche —dijo él—. ¿Te lo ha dicho Gus?

Ángel asintió en silencio. No tenía intención de exponerse a tal tentación. Gus podía ir a cenar, pero en el último momento ella se excusaría aduciendo un dolor de cabeza.

Gus parecía un poco más pálido de lo habitual.

—No era necesario que vinieras a buscar a Sandy —dijo—. Podríamos haberla llevado nosotros.

—Pasaba por aquí.

Gus arqueó una ceja. Ángel continuó trabajando, mientras Sandy suspiraba y se dirigía hacia el despacho donde había dejado los libros del colegio.

Pocos minutos después Gus y Ángel observaron cómo se marchaban Alex y Sandy en su coche.

—Tiene un buen problema con esa chica —dijo él.

—Está en una edad muy mala, pero cambiará. Sandy es una jovencita muy especial.

Por cierto, no pienso ir a cenar con vosotros esta noche.

—Me lo temía.

—No es por nada importante. Me está empezando a doler la cabeza.

—Qué lástima. Ya ves, yo suelo tomarme una aspirina en esos casos. Aunque tengo la impresión de que el dolor de cabeza que te molesta empezó hace veinte años,

¿verdad?

Ella lo miró y cambió de conversación.

—¿Han arreglado ya el sistema eléctrico?

—Lo han cambiado por completo. Esta casa fue construida en la década de los cuarenta, cuando todo lo que se necesitaba era una radio, un ventilador, una nevera y unas cuantas bombillas. Al menos ahora podrás tener un calentador decente.

—Magnífico. Teniendo en cuenta que tienes que salir esta noche, puedes ser él primero en probar la ducha. En cuanto termine aquí iré a ducharme también, a ver si consigo que deje de dolerme todo el cuerpo.

—Pensé que era la cabeza lo que te dolía.

—¿Estás diciendo que tengo que lavarme la cabeza?

Él sonrió. Cuando sonreía parecía mucho más joven. No aparentaba los treinta y nueve años que tenía a pesar de las canas de su pelo.

—Cambia de opinión y ven conmigo esta noche, Ángel. Ya no eres una niña. Alex no puede hacerte daño.

Gus observó que el brillo de sus ojos desaparecía, y sintió haber dicho algo así. Sabía lo que se sentía en aquellos casos. Por fortuna, su propio dolor se había suavizado con el paso del tiempo hasta convertirse en una herida cicatrizada. El problema de Angel era distinto. Su herida se reabría siempre. Había pasado toda su vida buscando hombres parecidos a Alex, primero con un cretino que jugaba al tenis y más tarde con Perkins, que al menos había tenido la decencia de casarse con ella, aunque no hubiera servido de mucho.

No sabía si había salido con otros hombres. Pero creía que no, porque a pesar de los años transcurridos sospechaba que su hermana no había dejado de querer a Alex.

Y obviamente seguía queriéndolo.

Ángel no fue a cenar. Alex tuvo que admitir que se sentía decepcionado, pero era la profundidad de su decepción lo que más le

preocupaba. Durante la cena tuvo la sensibilidad de incluir a Sandy en la conversación, y se sorprendió en ocasiones por sus ingeniosos comentarios. Gus parecía divertirse con ella, y Alex pensó que su hija estaba creciendo, aunque fuera poco a poco y con sobresaltos.

Gus les contó que había estado montando recientemente a caballo, y que acabó derribado por el animal encima de unas zarzas, mientras una anciana lo apuntaba con una escopeta pensando que era un agente federal que había ido a su casa para quemar su plantación de marihuana.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó Sandy con alegría—. Mi padre tiene uno llamado Tansy que mi madre solía utilizar. Yo monto en ocasiones. Podríamos ir un día, si quieres. Yo podría montar a Tansy y tú a Shadow, ¿verdad, papá? ¿Qué te parece si vamos el sábado?

Alex no vacilaba entre la diversión y la irritación.

—Puede que Gus tenga otros planes para el fin de semana, princesa.

—No, me parece bien —dijo Gus—. Podríamos salir los cuatro, incluyendo a Ángel.

Si no hacemos algo para alejarla de su trabajo, terminará agotada.

Resultó evidente que Sandy no había tenido intención de convertir aquello en una reunión multitudinaria.

—Pero, ¿no tiene que trabajar?

—Los chicos pueden encargarse de la empresa durante unas horas.

—Oh. Muy bien, en ese caso papá podría alquilar otros dos caballos. Hasta podríamos tomar el camino trasero. Es más salvaje. Así te enseñaré el lugar donde Tansy estuvo a punto de derribarme el último otoño.

Alex se preguntó si Gus sabía en lo que se estaba metiendo. Sandy podía llegar a ser muy pesada cuando le interesaba algo, y él le interesaba.

—Llamaré por la mañana para encargarme de todo —dijo Alex—. Gus, tú te encargarás de hablar con Ángel.

El sábado amaneció fresco y claro, con un cielo azul profundo, típico de octubre aunque aún se encontraran en septiembre. A Alex siempre le había gustado el otoño.

Por razones sobre las que nunca se había tomado la molestia de preguntarse, le parecía más un comienzo que un final. Pero esta vez su excitación desapareció, cuando Ángel declinó la oferta de acompañarlos.

—¿Estás segura de que no cambiarás de opinión? Sólo serán unas pocas horas.

—Lo siento. Tengo que replantar unos macizos, y el hombre del tiempo ha dicho que se esperan lluvias para el lunes. Alex colgó el teléfono, muy irritado. Terriblemente enfadado. Después, sin detenerse a pensar, llamó a Carol para proponérselo a ella.

—¿Montar a caballo? Oh, muy bien. Estaba a punto de salir de compras, pero puedo ir más tarde. Dame media hora para que pueda cambiarme.

En cierta forma actuó como si intentara demostrarse algo a sí mismo. Pero no tenía sentido, porque Carol no era sustituta posible de Ángel, ni en un millón de años.

—Estaremos en los establos dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿Estaremos? ¿Quiénes?

Sin embargo, Alex colgó antes de oír la pregunta.

No le habría importado salir a cabalgar en compañía de Gus y Sandy, pero habría preferido hacerlo a solas con Ángel. Su hermano tenía razón. Trabajaba demasiado.

No podía creer que le gustara tanto la horticultura. De joven no habría sido capaz de distinguir una rosa de un clavel. Ni le habría importado.

Cuando llegó a los establos ya estaba Carol, vestida como una amazona salida de una revista de modas. Sandy llevaba vaqueros y un jersey. Después de unas cuantas protestas aceptó ponerse un casco.

—¿Por qué no empezamos por el sendero de atrás? Vamos, Gus, te enseñaré el camino —dijo, mirando después a Alex—. No os importa ir detrás, ¿verdad?

La nariz de Sandy estaba sospechosamente colorada, síntoma inequívoco de que estaba a punto de estallar. Alex decidió que debía decir algo para tranquilizarla.

—¿Qué ha ocurrido con tu amigo, el del deportivo?

Sandy se tomó aquello como un insulto.

—¿Arvid? Hace un mes que no lo veo —contestó con desdén—. Es un idiota, de todas formas. No como otros chicos que conozco, que trabajan los fines de semana.

Alex tuvo la impresión de que las cosas empezaban a cambiar positivamente.

—¡Mírala! ¿Sabes lo que me gustaría? Me gustaría que Tansy la tirara al suelo y que se arañara su preciosa cara con una rama.

Alex se sobresaltó tanto que estuvo a punto de perder el control de su montura.

—Si no te estás divirtiendo, puedo llevarte de vuelta a casa.

—No entiendo por qué no ha venido Ángel, eso es todo.

—La invité, pero dijo que tenía otras cosas que hacer.

Tranquilízate, estás poniendo nerviosa a la yegua.

—Ya, bueno, a mí me pone nerviosa ella —dijo, refiriéndose a Carol.

Alex pensó que tal vez debía dejar las cosas claras. Comprendía perfectamente la decepción de Sandy y hasta entendía lo que sentía hacia Carol, pero aquello no justificaba sus malos modales.

De repente el cielo se cubrió. El servicio meteorológico había anunciado lluvias para el lunes, pero Gus tuvo que convencerse de que aquel súbito cambio de clima no se debía al mal humor de una adolescente que cabalgaba a su lado.

Llegaron a un claro. Pocos meses atrás un rayo había partido un viejo roble que bloqueaba el camino. Antes de que pudiera decir nada, Sandy espoleó su caballo y saltó el obstáculo a toda velocidad, pasando junto a Gus.

—Gus, ¡te echo una carrera hasta la valla!

Alex salió en busca de su hija mientras Gus los seguía a duras penas. En cuanto a Carol, bastante tenía con controlar su montura.

—Maldita niña...

Apenas tuvo tiempo de decir nada más antes de que alcanzara la valla, que en circunstancias norma les no resultaba difícil de saltar.

Pero las circunstancias no eran normales. La yegua que montaba Sandy estaba nerviosa, igual que ella. Cuando la joven se dio cuenta de que no podría pasarlo, ya era demasiado tarde. Salió disparada de su montura en el preciso momento en que Alex desmontaba y corría hacia ella a toda velocidad. Su hija estaba tendida en el suelo,

Gus se acercó a ellos corriendo y se arrodilló a su lado. La joven estaba tendida sobre lo que parecía un montón de zarzas.

—Tranquila, princesa. Tu padre está aquí. Estoy contigo, no llores.

Carol se detuvo a cierta distancia. No desmontó.

—Oh, por Dios, no se ha hecho nada —comentó—. Cualquier idiota se daría cuenta.

Gus hizo caso omiso de su comentario y empezó a examinarla en busca de algún hueso roto.

—No parece que le haya sucedido nada, pero le sangra mucho la pierna izquierda.

—Sí, ya lo veo. Tranquila, cariño, no intentes moverte. Papá está contigo.

Los dos hombres discutieron acerca de la conveniencia de llamar a una ambulancia.

Se encontraban en el sendero más inaccesible del lugar. En cuanto a Carol, seguía en su montura, murmurando algo en contra de los adolescentes. No podían improvisar un torniquete para su pierna

porque no tenían un cuchillo para cortar una rama y podrían hacerle daño. De modo que decidieron que Alex iría a buscar una ambulancia mientras su amigo la llevaba a los establos. Gus levantó a Sandy con sumo cuidado y ninguno de ellos hizo demasiado caso a Carol.

Eran casi las dos cuando Ángel terminó de trabajar, ajustó la iluminación del invernadero y se dirigió hacia la casa para tomar un baño caliente y ver si encontraba algo en el frigorífico. Pero teniendo en cuenta que no había comprado nada, no esperaba que ocurriera un milagro.

Gus aún no había regresado. A lo largo del día se había dicho varias veces que tal vez debía haber ido a montar con ellos, aunque hubiera vendido un par de plantas. Sin embargo, se había ahorrado la posibilidad de caerse de nuevo del caballo y había podido encargarse de los nuevos suministros.

Pensó que seguramente se habrían divertido mucho. Habrían montado, habrían comido juntos y tal vez se habrían bañado por la tarde en la piscina, bajo el cálido sol, hablando de los viejos tiempos.

De no haber sido por su negativa a olvidar un viejo sueño, habría podido ir con ellos.

Hightower y ella se conocían desde hacía muchos años, y era más que natural que se reunieran para charlar. Aunque en realidad lo que le apetecía era pasar el tiempo con él en una enorme cama. O en una piscina, bajo la luz de la luna, con una valla enorme que los protegiera de posibles indiscreciones.

Caminó hacia el frigorífico y sacó un refresco. Pero no tenía fuerzas para abrir la lata, de modo que la dejó sobre la mesa y puso la cafetera. Después se dirigió al cuarto de baño, una habitación que habían añadido a la casa después de su construcción. Tal vez no fuera muy ortodoxo, pero cumplía su finalidad.

Media hora más tarde salió del cuarto de baño vestida con un voluminoso albornoz.

Cuando el sol se ponía, empezaba a hacer frío. Se acercó al porche y observó la luna, que se reflejaba en el tejado del invernadero. Aún estaba allí cuando Alex aparcó en un lado de la casa y caminó rápidamente hacia la entrada.

Consciente de su desnudez, se estremeció.

—Hola. ¿Dónde está Gus? —preguntó con suavidad, intentando no sentir los olores del otoño ni la presencia física de Alex.

Era como un sueño. Como si no se hubiera despertado. Y no debía despertarse.

—Se ha quedado en casa con mi hija —contestó, explicándole después lo sucedido—.

Siento tener que pedírtelo, Ángel, pero la señora Gilly no puede subir las escaleras y el hospital no puede enviar a nadie hasta mañana. Cayó sobre un zarzal y le hemos quitado bastantes pinchos, pero debe ser una mujer quien termine el trabajo.

Ángel no quería ir, entre otras cosas porque lo deseaba demasiado.

—No sé. No soy muy buena enfermera.

—No está enferma, sólo algo dolida. Sólo ha sido un golpe. No se ha roto nada, pero el problema es que no puede levantarse de la cama, y ya sabes cómo son las chicas de su edad. La televisión le aburre. Estoy seguro de que podrías ayudarla. Si no lo haces, Carol insistirá en quedarse.

—¿Y qué?

Alex se enderezó un poco. Bajo la tenue luz que procedía de la ventana de la cocina, parecía cansado y preocupado. Tenía ojeras y no se había afeitado. Ángel tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarlo.

—Tal vez sea la mejor solución —espetó.

O al menos, la mejor solución para ella. No le gustaba hacer de mártir.

—Lo siento, no quería ponerte en un compromiso.

—Pero no crees que la presencia de Carol ayude mucho a tu hija, ¿verdad? —

preguntó ella, sacando el tema de forma deliberada.

—Supongo que ya te habrá dicho algo Sandy...

—¿Algo sobre Carol? Mencionó que no se llevan muy bien.

—Ya, bueno, es comprensible.

Ángel se preguntó qué sentiría por Carol y por ella. Se preguntó si sería algo más que una ayuda para Alex. Si sería algo más que una simple amiga que podía ser de utilidad y a la que después se podía arrojar al cuarto de los trastos viejos.

Alex aún llevaba la ropa de montar a caballo. Ángel supuso que no se la había quitado en varias horas.

—Mira, entra en casa y tómate una taza de café mientras me visto. Puedo hacerte unas... Oh, qué lástima, no puedo ofrecerte ningún dulce. Aún no he tenido tiempo para ir de compras.

Capítulo 7

Alex se preguntó cuándo se había adueñado Angel de su vida, entre divertido e irritado. Y algo excitado. La excitación se había convertido en un estado permanente en él desde que Ángel Wydowski había aparecido de nuevo en su vida.

Sólo llevaba veinticuatro horas bajo su techo en aquella ocasión y ya estaba organizándolo todo, planeando compras con su hija y hablando con Phil Gilly acerca de la posibilidad de convertir un trozo del terreno de la piscina en jardín.

Mientras él ardía en deseos por ella, mientras se volvía loco, ella no pensaba en otra cosa que no fueran jardines.

Gus insistió en quedarse a pasar la noche en casa de su hermana para vigilar las cosas. Dijo a Alex que antes de marcharse de la ciudad pensaba llevar a unos cuantos hombres para limpiarlo y arreglarlo del todo.

Aunque no serviría de mucho. Su casa era un desastre. Alex había tenido ocasión de ver la imitación de cuarto de baño que había añadido a la casa y estaba decidido a conseguir que se marchara de allí y se quedara a vivir en su mansión de manera permanente. Pero no quería pensar en ello.

Desde el estudio llegaba el sonido de sus risas. Había estado trabajando en él, retocando los últimos detalles para el salón internacional del mueble. De repente pensó que el sonido de la risa de Sandy le resultaba extraño. Angel había devuelto la alegría a aquella casa.

Se preguntó cómo había dejado que la situación llegara a aquel punto. No sabía si las cosas se habían estropeado porque tenía mucho trabajo o si se concentraba tanto en el trabajo porque las cosas estaban mal en casa.

El domingo por la tarde Carol se acercó para llevar a la ex inválida un montón de globos y un video de una película de Walt Disney. Alex recordó haber llevado a su hija a ver aquella película cuando tenía siete años. En aquella época le encantó. Pero esta vez no estuvo tan encantada, aunque tuvo la suficiente sensibilidad como para no decir nada.

—Gracias, siempre me ha encantado esa película.

—Sí, bueno, pensé que estarías aburrida.

—Oh, no me aburro. Me duele la pierna, pero Angel dice que es síntoma de que se me está curando.

—¿Ángel?

—Angel Perkins. Supongo que la recuerdas. Os conocisteis la otra noche.

—¿Ha estado viéndote?

—Se ha quedado conmigo. ¿No te lo ha dicho mi padre?

Obviamente, no se lo había dicho.

—Bueno, supongo que podrás volver al colegio mañana —dijo Carol—. De modo que no veo qué necesidad tienes de seguir con una niñera.

Alex llegó a tiempo para observar cómo abría los ojos su hija, del mismo modo que solía hacer Dina, y en ocasiones la propia Carol. Cierto día descubrió que Dina estaba ensayando el gesto delante del espejo, y le confesó que era un truco que había aprendido.

Pero no tenía idea de dónde lo había sacado Sandy.

—Ángel no es mi niñera —dijo airada—, sino mi amiga. Está haciendo un montón de cosas aquí. ¿Conoces los horribles desayunos de Flora? Pues Ángel piensa hacer algo al respecto. ¿Te has fijado en los Árboles que hay junto a la piscina? En este preciso instante está hablando con el señor Gilly para resolver el problema.

Alex no sabía si reír o esconderse bajo tierra durante diez años. Lo estaba haciendo a propósito. Carol era una mujer con un fuerte instinto territorial, que había ido creciendo con los años. Precisamente había sido ella quien había recomendado a Flora, una cocinera del montón, pero a la que no preocupaba mucho la incompetencia de la señora Gilly.

—Sandy, ¿no crees que es hora de que duermas un poco? —preguntó él desde el umbral.

—Papá, llevo años en cama. No necesito descansar. Lo que necesito es que tú o Gus me saquéis de aquí y me llevéis a la piscina para observar a Ángel y al señor Gilly.

¿Cómo voy a aprender algo sobre árboles si me quedo aquí todo el día?

—Gus está supervisando el equipo de limpieza, y hace demasiado frío para que salgas. El cielo está cubierto y sopla un fuerte viento. ¿Quieres algo de beber antes de marcharte, Carol? —preguntó.

—¿Me voy a marchar? Pensé que podría auto-invitarme a cenar. Estoy segura de que a Flora no le importará tener un comensal más en la mesa.

Alex debió saber que no iba a resultarle tan fácil.

Gus regresó justo antes de la cena y les informó del estado en que se encontraba la empresa de Angel. A tenor de la camisa y de los vaqueros sucios que llevaba había estado ayudando en las tareas de limpieza personalmente. Llevaba subidas las mangas, dejando ver sus musculosos brazos.

Carol se echó hacia atrás en la silla, se levantó levemente la falda

para que pudiera contemplar unos centímetros más de sus piernas, con medias, y lo miró de forma seductora.

Alex no podía creerlo.

Nunca había descubierto a Ángel utilizando ninguno de aquellos trucos de mujer. Si se sentía atraída por un hombre hacía algo para demostrárselo claramente. Incluso cuando era pequeña se interponía en el camino de cualquier chica que demostrara interés hacia él sin vergüenza alguna, reclamándolo para sí como si fuera un trofeo.

—¿Te parece bien, Alex?

—¿Cómo?

—Gus estaba diciendo que la casita de Ángel está en buenas condiciones, y supongo que estará deseando volver.

—Oh, sí, tal vez.

Carol se quedó a cenar. Gus se duchó, se cambió de ropa, se puso unos pantalones color caqui y una camisa negra y después se divirtió charlando con Carol, algo que a Alex le vino muy bien, porque no era capaz de concentrarse más de unos minutos en la conversación.

Ángel estaba arriba, cenando con Sandy. De vez en cuando se escuchaban sus risas.

—Por Dios, ¿qué están haciendo ahí arriba? ¿No debería estar descansando tu hija?

Ciertas personas deberían tener un poco más de sentido común —dijo, mirando después a Gus y dándose cuenta de que había cometido un error—. Oh, lo siento.

Alex se levantó y sugirió que se dirigieran al estudio. Tenía la ventaja de encontrarse más alejado de la habitación de Sandy.

Poco después de las diez Gus se ofreció a llevar a Carol a casa. Carol dudó, y Alex casi pudo leer su proceso mental.

Seguramente estaba pensando que Gus era un hombre muy atractivo, pero que no era más que un simple carpintero sin demasiado futuro. Por otra parte, estaba considerando la posibilidad de ponerlo celoso utilizando a su amigo, pero no sabría qué hacer si al llevarla a casa le pedía que le invitara a una copa. No sabía lo que ocurriría si deseaba algo más que una copa. Y sobre todo, no sabía si le merecía la pena.

Alex sabía cuál era la contestación a todas las preguntas que se estaba haciendo.

Conocía a Carol desde el preescolar, y había estado en contacto con ella durante toda su vida. Carol tenía algo en común con Dina; a ninguna de las dos les importaba mucho el físico de un hombre. Eran perfectamente capaces de casarse con un hombre por su situación económica o social. Siendo mujeres conservadoras, pensaban que estar

solteras no estaba bien visto, pero las obligaciones conyugales carecían de importancia para ellas.

Casi sonrió cuando dijo:

—No, gracias, querido. Llamaré en cuanto llegue a casa para que no estéis preocupados.

Los dos hombres la acompañaron al coche.

—Una mujer atractiva —observó Gus cuando se marchó.

—Mmm...

—Parece que le gustas mucho.

—No, es mi posición social lo que le gusta, sea la que sea —observó, encogiéndose de hombros.

Regresaron a la casa. La puerta no estaba cerrada, y pudieron ver a Ángel, vestida con un pijama que no encajaba en absoluto con su pelo. Estaba bajando por la barandilla de las escaleras. Antes de llegar abajo saltó a un lado, con los pies descalzos, y en cuanto los vio, se ruborizó avergonzada.

—Oh, no —gimió, mirando a Gus—. Oí la puerta y pensé que te habías marchado a casa de Carol.

—¿Quieres decir que no te habría importado si hubiera estado sólo Gus?

—Oh, bueno, ya me ha visto antes. Tu barandilla está muy pulida —comentó con culpabilidad—. Pero no volveré a bajar por ella si te parece mal. Yo nunca... bueno, casi nunca hago cosas así. Pero hasta ahora no había tenido la oportunidad de bajar por una tan larga y curvada. Casi todas son demasiado cortas o tienen pequeños postes cada dos metros. Puedes pegarte un buen golpe, y son peligrosas —añadió, mirándolos—. ¿Gus? ¿Alex? ¡Decid algo!

—¿Siempre es así? —preguntó con seriedad Alex, aunque en el fondo la situación le parecía encantadoramente divertida.

—Sí —contestó Gus—. Pero será mejor que no te metas con ella. La he visto pegarse hasta con niños.

—¡Eso es mentira! —protestó Ángel, enfrentándose a ellos con las manos en la cintura.

Alex no recordaba haberse divertido tanto en mucho tiempo. Ni recordaba haber visto a nadie que estuviera tan fuera de lugar en el recibidor de la mansión, con su alfombra oriental, su mural veneciano y sus preciosas sillas.

Ángel daba vida a aquella casa. Le daba vida a él. No podía desear que su hija tardara en recuperarse, pero tenía que encontrar un modo de evitar que aquella mujer se alejara otra vez de su lado.

Al menos, hasta que consiguiera averiguar qué deseaba de ella.

—¿Necesitabas algo del piso de abajo o sólo estabas jugando?

La cara de Ángel se puso aún más colorada.

—Sandy tiene hambre —contestó al fin—. El pollo estaba duro y el pastel algo seco.

Era cierto, pero Alex se lo había comido de todas formas. Nunca le había interesado demasiado la comida, siempre y cuando se la sirvieran a su hora.

—Muy bien, toma lo que quieras —indicó Alex, haciendo un gracioso gesto hacia la cocina.

Pero un simple vistazo a la parte superior de las escaleras cambió su humor.

—¿Qué diablos estás haciendo ahí, Alexandra? Se supone que no puedes caminar aún con esa pierna.

—Pero papá, no estoy caminando con la pierna, sino con el pie.

—¡No seas impertinente!

—Lo siento. Os oí charlar y pensé que podía unirme a vosotros.

Alex se dirigió hacia las escaleras, pero Gus lo adelantó y dijo:

—Tú te encargaste de Carol, de modo que ahora me toca a mí.

La tomó en brazos y la llevó al piso de abajo.

—De acuerdo, jovencita, ya te has invitado a la fiesta. Pero nada de arrojarnos comida, ¿de acuerdo? Y nada de ponerse a bailar sobre la mesa de la cocina.

De repente, la reunión se convirtió realmente en una fiesta. A Alex le recordó los viejos días del instituto, cuando celebraban guateques en casa de Wydowski.

Recordó vagamente que en ocasiones se sentía culpable porque no los invitaba a su mansión. Los Wydowski eran una familia muy animada, cariñosa y ruidosa, incluyendo a la tía Zee, que leía las cartas, jugaba con la Güija y siempre estaba adivinando a alguien el porvenir.

En cuanto a su casa, era muy distinta, tan encantadora, moderada, tranquila y ordenada como su madre.

Tan aburrida.

Tomaron helado del refrigerador, que les sirvió para quitarse de la boca el horrible sabor del pastel de la cena. Ángel tomó lo que quedaba de un pollo frío y le añadió unos cuantos ingredientes hasta convertirlo en un pollo al curry. Después, hicieron una ensalada y probaron el fuerte café que hacía Gus.

—Si sigues tomando tanto café no volverás a dormir en tu vida, jovencita —bromeó Gus—. Puedo verte sentada en tu mecedora cuando tengas cincuenta años más, con muchas canas, los ojos como si fueran un par de conejitos pochos...

—¿Qué es un conejito pocho? —preguntó Sandy, mientras se

rascaba las ronchas que le habían salido a causa de las ortigas.

—¡No se lo digas! —exclamó Ángel.

Alex rió.

—Dios mío, ¿otra vez la vieja broma? No la había oído en veinte años.

—¡Dímelo, dímelo! —insistió la joven.

—Me temo que no es posible, princesa.

—¡Papá! ¡Ya soy mayor! Soy capaz de escuchar bromas que harían que te ruborizaras.

—No lo dudo, pero no quiero oírlas.

—¡Ángel! ¡Convéncelo para que me lo diga! ¡No es justo!

Ángel se encogió de hombros mientras comía su helado.

—Lo siento, cariño. Yo no hago las normas, sólo las sigo. Y las normas dicen que debes tener dieciséis años antes de que puedas compartir bromas escatológicas con tu padre. Es una de esas horribles leyes derivadas de la autoridad.

—¿Qué significa escatológico?

—Olvídalo —contestó Alex.

—¿Desde cuando sigues las normas, brujita? —preguntó Gus a su hermana.

Ángel lo miró ofendida, pero enseguida empezó a reír y Sandy la acompañó.

—Oh, vaya, esto es divertido —dijo Sandy, tocando la vieja mesa —. ¿Por qué no comemos siempre aquí?

—No creo que le gustara mucho a la señora Gilly. Por no mencionar que estaríamos molestando a Flora.

Desde algún lugar de la casa llegó el sonido de un reloj. Eran las once de la noche, y Ángel hizo un esfuerzo para no bostezar.

—¿Te estamos obligando a estar despierta? —preguntó Alex.

Sandy se apresuró a buscarle una excusa.

—Anoche no podía dormir, y Ángel se sentó conmigo y empezó a contarme historias sobre la época de tu juventud, papá. No sabía que fueras tan…

—¿Tan qué? ¿Tan humano, tan joven? —preguntó—. Pensé que el médico te había recetado algo para poder dormir.

—Ángel no cree que deba tomar esas píldoras.

Se hizo un tenso silencio.

—No sabía que Ángel fuera licenciada en medicina —espetó Alex al fin, intentando controlarse.

—Lo siento. Sandy me aseguró que no le dolía tanto, y quedarse despierta no hará ningún mal a su pierna mientras descanse. Pero no puedo aprobar que un médico recete somníferos a una chica tan joven

por una cuestión tan poco importante —
explicó, echando hacia atrás la silla.
—Gus, Sandy... ¿nos perdonáis un momento?
Alex la tomó del brazo para que se levantara. Sólo intentaba ayudar, pero el efecto fue relativamente cariñoso.
Sandy protestó. Cuando se quedó a solas con Gus, preguntó:
—¿Por qué se ha enfadado tanto con Ángel? Sólo intentaba ayudar.
—No te preocupes, Ángel lo arreglará.
Sólo esperaba que fuera cierto. Gus no estaba seguro de que Alex supiera que en lo relativo a Ángel siempre jugaría con ventaja.
En cuanto a Ángel, se sentía intimidada por Alex. La llevaba del brazo y no podía dejar de admirarlo por lo alto que era. Cuando llegaron al estudio, espetó:
—Hightower, si no me sueltas del brazo tendré que obligarte como se me ocurra.
Alex la soltó. Ángel se frotó varias veces el brazo como si le hubiera hecho daño y mirándolo, intentando explicarse por qué se habría enfadado tanto. Estaban riendo y pasÁndoselo bien y de repente su humor había cambiado por completo.
—¿Y bien? —preguntó, cruzándose de brazos.
Intentó adoptar una actitud fría y amenazadora, pero desafortunadamente no le salió muy bien, teniendo en cuenta que estaba descalza y en una situación algo extraña.
Alex empezó a caminar con nerviosismo de un lado a otro. Cuanto más caminaba, menos enfadada estaba Ángel.
—Alex, no pasa nada. Estoy segura de que no le ha pasado nada a Sandy por no haber tomado esas pastillas. Pero si quieres que la vea otra vez el médico, yo misma pagaré...
—Te debo una disculpa —dijo él con toda tranquilidad.
Aquello la sorprendió, aunque era bien cierto que se la debía.
—¿Y bien? —preguntó de nuevo.
Empezaba a pensar que la única disculpa que iba a escuchar era la sentencia que acababa de oír.
—Lo siento —dijo él, con una sonrisa insegura—. Nunca llegaste a conocer a Dina,
¿verdad?
—¿A tu esposa? —preguntó confusa.
Pensaba que estaban hablando sobre Sandy y sobre las pastillas que le había recetado el médico. No comprendía que quisiera disculparse por haberse casado con aquella cretina de pelo rubio platino.
—Para algunas mujeres, los hijos son su *raison d'être*.

—¿De verdad? Mira, ¿te importaría hablar en un idioma comprensible? Las únicas palabras extranjeras que conozco son unos cuantos tacos en polaco y los nombres de varias, plantas en latín —dijo ella.

—Lo siento. Dina no era una mujer maternal, en modo alguno. Sandy nació de forma prematura y de pequeña era muy enfermiza. A Dina le costó encontrar una buena niñera, de modo que Sandy se pasaba casi todo el día en la guardería, donde contraía todo tipo de enfermedades.

Ángel asintió, preguntándose a dónde querría llegar con aquel monólogo.

—Tuvo una infección en los oídos. Una infección difícil de curar. Le dábamos unas gotas, pero cuando no servían tenía que tomar antibióticos.

Alex se apoyó en la estantería de los libros, y Ángel contempló su espalda, sus estrechas caderas, sus largas piernas y sus anchos hombros. Daba la impresión de estar pasándolo mal. Y no lo comprendía muy bien. Era Sandy la que se había herido en una pierna.

Deseaba acercarse a él para consolarlo, pero no lo hizo. Los Hightower siempre habían estado muy por encima de todo. Y Alex siempre había estado fuera de su alcance.

—Yo trabajaba todo el día y viajaba mucho. En cuanto a Dina, no siempre se acordaba de que tenía que ponerle las gotas o darle los antibióticos. Me aseguró que aquella enfermedad no se curaba nunca porque era muy común entre los chicos de su edad, y yo la creí como un idiota.

Alex se pasó una mano por el pelo, sonriendo con amargura. Ángel estaba tan anonadada que no se dio cuenta de que se había acercado a ella hasta que notó sus manos sobre los hombros.

No fue exactamente un abrazo, sino algo parecido. Ángel cerró los ojos y respiró la esencia de su ropa de lana, de su colonia, y de su masculinidad.

—Dina siempre fue una mujer muy popular —continuó él—. Tenía muchos amigos y le gustaba su compañía. Prefería pasar las noches divirtiéndose a estar cuidando a una niña enferma o quedarse con su marido. Y en ocasiones se olvidaba de pedir a la niñera que le diera las medicinas a Sandy. Yo no estaba siempre en casa. Siempre me he sentido culpable por no haberme encargado personalmente de ella.

—Pero estabas trabajando, de viaje...

—Es cierto, pero no es excusa. Sandy debió ser mi prioridad absoluta.

—¿Dina trabajaba? —preguntó.

De repente pensó que las mujeres como Dina Hightower no trabajaban. Dejaban que trabajaran los hombres. A ellas sólo les importaba la posición social.

Alex negó con la cabeza, confirmando sus sospechas. Aún tenía los brazos sobre sus hombros. Pesaban, pero a Ángel no le importó en absoluto.

—Estaba muy ocupada con sus obras de caridad, sus fiestas y ese tipo de cosas. Ya sabes.

Ángel no lo sabía. En la familia Wydowski, y en la Reilly, cuando una mujer no trabajaba se hacía cargo de la casa y del cuidado de los niños. Algo ciertamente conservador para la época en la que vivían. Pero era la costumbre.

—¿Y por eso te has enfadado por lo de las píldoras de Sandy?

Él asintió y apoyó la frente sobre su cabeza, como si estuviera demasiado cansado para continuar.

—Supongo que sí. He reaccionado como un cretino. Al fin y al cabo si Sandy piensa que no las necesita, yo no soy quién para obligarla.

Alex empezó a acariciarle el pelo de manera inconsciente.

—Cal tomaba pastillas —explicó ella, sintiendo la necesidad de explicarse—. Las tomaba para sentirse mejor, para tranquilizarse, para todo. Y cuando no tenía pastillas a mano las cosas se ponían muy difíciles. A veces...

Ángel apretó los labios. Lo último que necesitaba Alex era que le contase las desgracias de su matrimonio. Ni siquiera Gus conocía toda la verdad. Se preguntó si alguien podría comprender lo que significaba vivir con alguien que existía en otro plano de la realidad la mayor parte del tiempo.

—Sandy oye bien por un oído, pero en el otro perdió el cincuenta por ciento de la capacidad auditiva.

—¡Oh, no! No me había dado cuenta...

—Ocurrió cuando tenía tres años. Yo estaba en Nueva York, por un asunto de negocios, pasando una semana. Dina dejó que la niñera la llevara todos los días a la piscina, pero se olvidó de decirle que le pusiera las gotas. Y antes de que la pobre niñera se diera cuenta de lo que ocurría, pilló una infección.

—Pobre niña. Debió dolerle mucho.

—Me temo que Dina tampoco era muy diligente con los antibióticos. Cuando regresé a casa, las cosas estaban bastante mal.

Alex no había podido perdonarle aquello a Dina, hasta el punto de que su matrimonio empezó a ir desde entonces de mal en peor.

Ángel lo abrazó. Quería consolar su dolor y el de su hija. Quería abarcarlo todo entre sus brazos.

—Pobre Sandy —susurró—. Tan joven y sin poder oír bien.

—Lo disimula, pero es consciente de ello. En ocasiones pienso que tal vez se pone esos enormes pendientes como una forma de llamar la atención sobre su problema.

Como si quisiera que el mundo la aceptara tal y como es.

—No lo sé. No he estudiado psicología.

La atmósfera se hizo algo menos pesada.

—¿Qué estudiaste, Angeline Wydowski? ¿Brujería o jardinería?

—Te reirías si lo supieras.

—Cuéntamelo.

Ángel quería algo más que contárselo. Quería probarlo, sentirlo, pero suponía que su deseo no era recíproco.

—Pensaba estudiar ciencias políticas y empezar después a trabajar en algún departamento del ayuntamiento. Quién sabe a dónde podría haber llegado.

—Ya veo —dijo en tono admirado.

Aún estaba abrazándola. Ángel se preguntó si habría olvidado dónde tenía los brazos.

—En cualquier caso no terminé la carrera. Lo dejé en segundo. Resulta muy difícil estudiar cuando se tienen dos trabajos al mismo tiempo.

Alex suspiró. Pasaron varios segundos antes de que nadie hablara de nuevo.

—¿Ángel? —preguntó él en un susurro.

Ángel sintió un escalofrío.

Levantó la cabeza y lo miró, abrazada a su cintura, intentando no sentir sus brazos.

—¿Qué? —murmuró.

Entonces, Alex se inclinó sobre ella y la besó.

Capítulo 8

Cualquier sismógrafo habría anotado aquel beso con una intensidad de ocho en la escala de Richter. Ángel lo tuvo claro desde el principio. Estaba enamorada de él, y ya no era una adolescente impresionable. Esta vez era una mujer madura y con experiencia que no debería haber permitido que las cosas llegaran a ese punto.

Se había pasado media vida intentando imaginar qué se sentiría al besar a un hombre como Alex Hightower. Y acababa de hacerlo. Algo que jamás habría creído que pudiera suceder.

Su olor, su sabor, su intimidad, eran increíblemente firmes y dulces al tiempo.

Cuando sintió la punta de su lengua, gimió. Y fue como si aquel gemido lo volviera loco de pasión, porque la abrazó con mucha más fuerza y siguió besándola de forma apasionada, como si nunca pudiera cansarse de besarla.

La urgencia de su beso fue tan contagiosa que se extendió como un fuego entre ambos. Ella lo ayudó a meter las manos bajo su ropa, para que pudiera notar su piel desnuda.

Cuando dejaron de besarse, la respiración de Alex se había acelerado.

—Esto no debía suceder —dijo.

—Te equivocas.

Ángel empezó a acariciarle la espalda y lo atrajo hacia sí con fuerza. Notó que se le doblaban las piernas. De hecho, se habría caído al suelo de no haber estado tan fuertemente aferrada a él.

Era mucho más alto que ella. Estaba de puntillas y notaba su sexo en el vientre.

Aunque en realidad quería notarlo algo más abajo. Lo deseaba locamente. Deseaba que la acariciara por todas partes.

El sutil olor de su masculina colonia estaba a punto de conseguir que perdiera la consciencia. Era algo cálido, sensual, y muy personal. Era como un aroma de fondo a café, muebles y cuero. Y el resultante era un afrodisíaco embriagador e intenso.

En todo caso, no necesitaba afrodisíacos.

Alex empezó a besarla de nuevo, pero Ángel casi no notaba el contacto de sus labios.

Estaba demasiado concentrada en la sensación que le producía el contacto entre sus cuerpos.

La besó una docena de veces. Fueron besos apasionados, devastadores, que llegaban a lo más profundo de su alma y de su cuerpo. Pequeños besos en su cuello, detrás de sus orejas, que despertaban en ella el deseo de quitarse la ropa y llegar más lejos.

Quería tumbarse con él en el suelo y hacer el amor allí mismo.

—¡Papá! ¡Dile a Gus que no tengo que irme ya a la cama!

Alex la soltó y miró a Ángel con asombro.

—Dios mío, Ángel, soy un...

—No lo hagas —dijo ella, a punto de llorar.

—¿Hacer qué?

—Disculparte.

—¡Papá! Sé que estás ahí. ¿Por qué no me contestas?

De algún modo, consiguieron sobrevivir a los siguientes segundos. Evitaron mirarse el uno al otro mientras Ángel se abrochaba la camisa y se arreglaba un poco el pelo con dedos temblorosos. El rostro de Alex no denotaba emoción alguna. Se metió la camisa por debajo de los pantalones y movió la cabeza en gesto negativo, como si acabara de regresar a la realidad.

Gus llevó a Sandy a su habitación cuando salieron. En cuanto a Ángel, la acompañó un rato, evitando sus preguntas, pero sin poder hacer nada con respecto a sus miradas de curiosidad.

Hacia medianoche Sandy bostezó y Ángel dijo:

—Estaré en el salón si me necesitas. Buenas noches, cariño.

Cerró la puerta de la habitación de Sandy en el preciso momento que Alex subía por las escaleras.

Se miraron, pero ninguno de los dos dijo nada. Sin embargo, la tensión que había entre ambos era tan fuerte que podía cortarse. Era puro deseo, en grandes y mayúsculas letras de neón.

Ángel no había deseado tanto a ningún otro hombre, en toda su vida. Y tenía la suficiente experiencia como para saber que el deseo era recíproco.

Sólo había sentido un deseo así en otra ocasión, y también con Alex. Se cortó con un cristal y tuvo que llevarla en brazos a la camioneta de Gus. Pero esta vez ya no era ninguna adolescente. Esta vez los dos eran adultos, y los dos estaban libres. Al menos, ella. No podía comprender qué obstáculo impedía su unión.

Por un lado, se decía que no podían hacer el amor estando tan cerca de Sandy y de Gus. Pero por otro lado, pensaba que estaban en la década de los noventa y que ya era una mujer madura.

—¿Has dicho algo? —preguntó Alex.

—No. ¿Y tú?

—No.

—Oh.

—Bueno... Buenas noches entonces, Ángel.

Ángel se preguntó si había alguna forma de entender aquella frase como una invitación. Le habría gustado llamarse de otra forma. Lina,

o Angie, o simplemente Ann. Cualquier cosa menos algo tan religioso como Ángel. Aunque al menos no la habían llamado Diablo, tal y como la llamaba Alex cuando quería tomarle el pelo.

—Buenas noches, Alex.

—Hasta mañana.

Ella asintió y cruzó los dedos mentalmente. Aquello había ido demasiado lejos.

Había estado esperando mucho tiempo a que Alex despertara y se diera cuenta de que habían estado enamorados durante los últimos veinte años. De haber sido inteligente se habría marchado al otro extremo de la ciudad, a su casa. Allí al menos habría tenido una oportunidad. Habría estado en su terreno y tal vez hasta habría podido quitárselo de la cabeza.

Sandy no la necesitaba. Alex podía llamar a Carol, o a una enfermera.

En cualquier caso, Ángel ya tenía demasiadas cosas por las que preocuparse. Pero su salvación tendría que esperar un día más.

A las siete de la mañana del lunes Gus llamó a la puerta del dormitorio de Sandy, antes de bajar.

—¿Sandy? ¿Estás despierta?

—¿Gus? ¡Entra! No he podido pegar ojo en toda la noche.

Gus asomó la cabeza por la puerta.

—Sólo quería despedirme de ti antes de marcharme.

—¿Te marchas? Dijiste que no te irías aún.

—Lo siento, cariño. Anoche recibí una llamada que ha cambiado mis planes. Se trata de un trabajo en Banner Elk que tengo que terminar antes de irme al este otra vez.

Cuídate, ¿quieres? Tal vez me deje caer por aquí dentro de un par de semanas.

Ángel escuchó la conversación desde su dormitorio. No era una buena forma de comenzar el día. Salió al pasillo y se despidió de su hermano. Después se despidió también de Sandy.

Sabía que no iba a resultar fácil. Sandy no se encontraba de humor para ser razonable. Se quejó insistentemente, y se puso tan pesada que Ángel estuvo a punto de decirle que no se comportara como una niña. Pero desafortunadamente crecer no era algo que se pudiera ordenar.

—¡No puedes marcharte tú también! ¿Qué hay de mí? Me pica todo el cuerpo, y la pierna me duele demasiado como para ir al colegio. ¡Gus me prometió que se quedaría una temporada!

—Creo que lo que dijo fue que intentaría quedarse unos cuantos días. En todo caso, no era ninguna promesa.

—Yo quería llevarlo hoy al colegio para que todo el mundo

pudiera conocerlo. Reba y Debbie no me creyeron cuando les dije lo atractivo que era. No creyeron que tuviera barba, ni una camioneta.

—Lo siento, pero...

—¡Papá, diles que se queden! Gus se marcha y Ángel dice que también va a irse, así que me quedaré sola. ¿Qué pasará si tengo que levantarme para ir al servicio? Podría caerme y romperme algún hueso, y a nadie le importaría.

Alex se había acercado tan silenciosamente que Ángel no lo había oído. Después de una noche en vela, apenas tenía fuerzas para discutir.

—De acuerdo. Me quedaré un rato, pero después tendré que marcharme a trabajar durante unas cuantas horas.

—Pero volverás, ¿verdad?

Alex estaba tan cerca de ella que podía notar el calor de su cuerpo. Una simple mirada bastó para despertar todos sus sentidos. Aún llevaba puesto el pijama, como ella. Bajo la suave luz matinal que entraba a través de las cortinas, estaba muy guapo, cálido y tentador como un pecado cubierto de chocolate.

Se sorprendió a sí misma diciendo que volvería para comer y que pasaría otra noche más en aquella casa, en la casa del enemigo.

—Una sola noche más, Sandy, eso es todo. En cuanto puedas ponerte en pie de nuevo, Flora y la señora Gilly se encargarán de todo.

Cuando unos minutos después se quedaron solos, Ángel susurró a Alex:

—Sólo me quedo por tu hija.

El pijama de Alex era de seda, de color gris, con rayas oscuras. Ángel se había preguntado varias veces si dormiría desnudo, o en ropa interior. Ya se lo había imaginado de todas las formas posibles.

Pero aquello era peor. El pijama le permitía contemplar perfectamente sus anchos hombros, su poderoso tórax, su estrecha cintura y sus piernas. La boca se le quedó seca, puesto que la imaginación era un afrodisíaco mucho más poderoso que la desnudez.

—Sólo quería asegurarme de que supieras que el hecho de que me quede no tiene nada que ver con lo sucedido anoche, porque ambos sabemos que no significó nada.

Pasó, y eso es todo.

Alex continuó mirándola con cierta frialdad. Cuanto más tranquilo estaba, más nerviosa se ponía. Algunas cosas no habían cambiado en absoluto con el paso de los años.

—Sandy está muy decepcionada con la marcha de Gus —continuo —, de modo que he decidido quedarme un día más. Pero me marcharé mañana por la mañana. Sólo se ha hecho una herida en una pierna,

por Dios, no es como si estuviera inválida para el resto de su vida.

Sin embargo, y pese a todas sus excusas, deseaba que le pidiera que se quedara para siempre.

—Gracias, Ángel. Sé perfectamente que sólo te quedas por el bien de Sandy. Y te prometo que no me aprovecharé de ello.

—Sí, bueno, pasaré la noche aquí, pero me marcharé mañana temprano. Quiero que lo sepas para que puedas hacer tus planes.

Alex bajó por las escaleras veinte minutos más tarde, con su traje nuevo y su corbata preferida. Se había duchado y afeitado en un tiempo récord, mirando por la ventana hacia la furgoneta de Ángel, que estaba aparcada en un lado de la casa. Aún no se había marchado.

La encontró en la habitación del desayuno. Ángel llevaba su mono, que le quedaba tan bien como los malditos pijamas rojos de franela con los que dormía. Aunque en realidad no importaba lo que se pusiera. En cualquier caso, lo volvía loco.

Nadie sabía lo que podría suceder si algún día la veía con algo más provocativo.

Seguramente estallaría. A las ocho menos cuarto de la mañana, cuando aún no había tomado su café, había estado a punto de quitarse la ropa, tumbarla sobre la mesa y sumergirse en su pequeño cuerpo para no volver a salir de él hasta que empezara a nevar.

Sabía que no debía haberla llevado a su casa. Pensó que lo más correcto habría sido llevarla de vuelta a su hogar después de lo sucedido la noche anterior, y contratar a una enfermera para que ayudara a Sandy.

—Buenos días otra vez —dijo él, con su aspecto de ejecutivo de mediana edad—. ¿Ya habéis...?

En cuanto vio lo que había en su plato, preguntó:

—¿Pero qué demonios es esto?

—Un desayuno. Un simple desayuno. Hablé con Flora ayer, y ¿sabes una cosa? Creo que esa mujer necesita relajarse un poco. Nunca he visto a nadie más reticente. Le expliqué cómo debía ser la dieta de un hombre sedentario, de modo que a partir de ahora no tendrás que preocuparte por el colesterol. No creo que tengas problemas de peso, pero un hombre de tu edad no puede...

Aquello fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Miró a la mujer que había tenido la audacia de meterse donde no la llamaban, contempló de nuevo el contenido de su plato, y gritó:

—¿Qué diablos ha pasado con mis huevos fritos con bacon y salchichas?

—Acabo de decírtelo.

—¿Y desde cuándo es asunto tuyo lo que yo coma? ¿No te ha dicho

nadie que eres la mujer más entrometida que hay al este de las montañas rocosas?

—De hecho, ya me lo han dicho antes. Pero sólo intentaba ayudarte. Por si no lo recuerdas, tú me trajiste a tu casa. Yo no pedí venir. Tengo mi propia vida, pero Sandy me dijo la semana pasada que te comportabas como si no te encontraras muy bien, de modo que le prometí que cuidaría de ti.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Su calma parecía augurar tormenta.

—Sí, bueno, todo el mundo sabe que ciertos hábitos alimenticios no son buenos. El único ejercicio que haces es sentarte en tu escritorio o montar a caballo.

—También nado. No lo olvides —dijo, con idéntico tono de voz, peligroso.

—Pero no es una piscina muy grande. Por otra parte, tienes tan mal genio que entras dentro de los grupos de riesgo, y tu dieta lo empeora. No he visto una ensalada desde que he llegado a esta casa. Tienes que cuidarte más, Alex, aunque sólo sea por Sandy. Debes aprender a relajarte, a tranquilizarte. Así vivirás más.

No sabía si estrangularla o empezar una vida en común con ella. La culpaba por lo que sentía, por haberse introducido en su vida de nuevo, por recordarle la culpabilidad que había sentido de joven al desear a la hermana de su mejor amigo, siendo mucho mayor que ella.

En cierto modo, todo le molestaba en Ángel Wydowski. Y sin embargo debía admitir que había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se había interesado por su salud. Tener a alguien a quien importaba era una sensación extraña. Una sensación a la que no quería acostumbrarse, porque sabía que no tenía sentido esperar nada.

—Bueno, ¿y qué se supone que es esto?

—Una tortilla. Está hecha sólo con la clara del huevo, en vez del huevo entero, y está rellena de verduras frescas.

Alex cerró los ojos.

—Por favor, dime que estás bromeando.

—Te acostumbrarás en poco tiempo.

Alex suspiró, resignado, y levantó su tenedor. Al menos aquel incidente había servido para desviar la atención de otro problema que habría resultado evidente de haberse encontrado de pie. Un intenso deseo. En lugar de comerse sus huevos con bacon y su croissant con mantequilla y mermelada, tendría que enfrentarse a una tortilla de verduras, a una tostada y a una manzana.

—Al menos no me has quitado el café —murmuró, tomando su

café—. Doy gracias a Dios por estos pequeños placeres.

Pero en cuanto lo probó estuvo a punto de escupirlo.

—¿Qué diablos es esta repugnancia? Sabe a agua sucia.

—No es cierto. Lo único que pasa es que no tiene cafeína. Te acostumbrarás en poco tiempo.

Dicho lo cual, Ángel siguió comiéndose sus huevos fritos con queso y bacon y bebiéndose su delicioso café. Ella no tenía problemas de salud. Su colesterol nunca había estado por encima de los límites permisibles, su peso era el adecuado y su tensión también. Al margen de un par de enfermedades de niña, siempre había sido una mujer muy saludable.

Aunque si tenía que ser sincera debía admitir que su tensión había subido bastante la noche anterior, cuando Alex la besó.

Estaba dispuesta a pasar otra noche más en aquella casa. Pero acompañaría a Sandy en todo momento y después de acostarla se iría a la cama. Se aseguraría de que no volviera a ocurrir nada parecido.

Tenía una vida y un negocio que dirigir.

Aquélla era la mejor época del año para el negocio de la jardinería. Además, cuanto más tiempo estuviera expuesta a Alex, más difícil le resultaría regresar a su anterior existencia.

Alex intentó convencerse de que era mejor así. Aquella mujer había empezado a destrozar una vida que hasta entonces había resultado de lo más apacible y ordenada.

O de lo más aburrida. La vida de un hombre de mediana edad con una hija adolescente, una ama de llaves que no podía subir las escaleras ni recordar ninguna orden y una cocinera con hábitos culinarios algo sádicos.

No tenía sentido que se acostumbrara a una situación que no podía durar. Además, no necesitaba que alguien le dijera lo que tenía que comer ni lo que tenía que hacer.

Pensó que debía olvidarse de Ángel Wydowski. Durante los días siguientes podría concentrarse en el trabajo, lo que le permitiría no pensar demasiado en ella.

Recordó que Gus la llamaba brujita. Y no le extrañó. Había embrujado a todas las personas de la casa, con la posible excepción de Flora. Entre otras cosas, porque también era una bruja.

La señora Gilly le había preguntado que si la señorita Perkins estaría en la casa hasta el día de la limpieza general. Quería saberlo porque de no ser así necesitaba a otra persona para que la ayudase.

La tradición había comenzado con su madre. Cada dos años hacía una limpieza general y absoluta de toda la casa, cambiando cortinas, alfombras, objetos y todo tipo de elementos decorativos y

aprovechando de paso para pulir, abrillantar, limpiar y fregar toda la mansión a fondo.

En cuanto al señor Gilly, se había quejado porque Ángel le había prometido que lo ayudaría con los macizos de flores, con la remodelación del jardín delantero y con el abono.

Incapaz de enfrentarse a tantos problemas, se retiró a su estudio, donde encontró a Sandy. Estaba sentada, leyendo lo que parecía ser una novela rosa.

—¿Estudiando? —preguntó.

—He terminado mis deberes, de modo que pensé que podía leer este libro que Ángel me ha dejado. Angel dice que en las novelas del corazón hay un montón de problemas a los que debe enfrentarse la mujer moderna, y te aseguro que con esta novela me identifico. Trata de una chica que...

Alex no quería escuchar el argumento. Y en particular, no quería saber nada sobre el concepto que Ángel tenía del romanticismo. Tenía sus propias ideas al respecto, y no incluían caer dos veces en la misma trampa.

Cada vez que su hija empezaba a hablar citando a Ángel, se irritaba.

No quería saber qué opinaba Ángel o qué decía Ángel al respecto de tal o cuál cosa.

Sobre todo, porque estaba haciendo lo posible para sacársela de la cabeza.

Sin embargo, debía admitir que la influencia de Wydowski había sido positiva en lo relativo a su hija. Había empezado a tratarlo como a un ser humano, no como a un bicho extraño. Se divertían razonablemente, y mantenían conversaciones más o menos maduras que nada tenían que ver con Arvir Moncrief, ni con los deberes del colegio ni con la ropa.

Una de aquellas conversaciones adultas fue la culpable de que una semana más tarde se dirigiera a la ciudad. Había estado hablando por teléfono con Carol, intentando explicarle la razón por la que no podía dejar su despacho para llevarla a Southern Pines a pasar el fin de semana.

Sandy estaba esperando para usar el teléfono, porque sólo tenían una línea en la casa.

Cuando Alex colgó, estaba muy irritado porque no quería pasar todo un fin de semana jugando al golf y charlando con Carol English. Sandy llamó a una amiga suya, pero se dio cuenta de la irritación de su padre. Aunque confundió sus razones.

—Janet, ¿puedes esperar un momento? Tengo algo que hablar con

mi padre.

Se llevó el auricular al pecho para que su amiga no escuchara la conversación.

—papá, has sido poco educado con Carol. Últimamente estás muy extraño, como si estuvieras molesto con todo el mundo. De modo que he decidido hacer algo al respecto. Creo saber cuál es tu problema.

—Es posible que haya comido demasiada comida sana. Tienes razón, princesa.

—No, no me refería a eso. Me refiero al sexo. En fin, aunque eres bastante mayor no estás muerto ni nada por el estilo.

Alex no sabía qué decir. Ángel continuó hablando.

—Ya sé que no te encuentras en el punto más alto de tu capacidad sexual, pero mi profesora de biología dice que hasta los ancianos necesitan llevar una vida sexual sana, aunque sólo sea para sentirse queridos. De modo que si no quieres hacerlo con Carol tal vez podrías irte de crucero. Hasta podrías encontrar a una buena mujer que te gustara.

Alex notó que su cara adoptaba un color rojizo. Hizo un esfuerzo para marcharse de allí antes de estallar, y se dirigió hacia la salida a toda velocidad llamando a la señora Gilly a gritos para pedirle que se hiciera cargo de todo hasta que regresara.

Capítulo 9

Estaba tan sobresaltado que por el camino estuvo a punto de tener un accidente con una furgoneta aparcada en doble fila cuando se saltó un semáforo.

No había soportado que lo llamara anciano. Deseaba estrangular a su hija. La idea del crucero le parecía sencillamente ridícula. Tan ridícula como la de encontrar a una buena mujer. Parecía insinuar que a su edad ya no podía mantener una vida sexual activa.

Los jardines que rodeaban la casa de Angel, que habían sido devastados por miles de litros de agua y el peso de los camiones de los bomberos, ya habían sido replantados.

Alex aparcó y se dirigió hacia la casa a toda velocidad.

—¡Ángel! —exclamó—. ¡Ven aquí! ¡Esto es una emergencia!

Ángel estaba en la bañera. Al oír la voz, miró hacia la pequeña ventana del cuarto de baño. Podría haber jurado que se trataba de la voz de Alex.

Pero no lo creyó. No en vano, había estado escuchando su voz todo el tiempo desde que se marchó de aquella casa. Intentaba no pensar en él, pero no lo conseguía.

Escuchó que alguien llamaba al timbre de la puerta e intentó recordar si la había cerrado.

No lo había hecho. Hacía mucho tiempo que se comportaba con algo más que ligereza a causa de su estado sentimental.

—¿Ángel? ¿Dónde demonios estás? —preguntó él.

Pudo escuchar sus pasos en el salón y en la cocina.

—Sé que estás en alguna parte, porque he visto la furgoneta aparcada fuera, y el invernadero está cerrado.

Había cerrado el invernadero, pero se había olvidado de cerrar la puerta de su casa.

Cada vez estaba más despistada.

Al oír que se abría la puerta intentó tomar el albornoz. Pero no lo consiguió. La toalla estaba en la pared opuesta. No había cortina en el baño, entre otras cosas porque la ventana daba a la bañera y no habría tenido sentido poner una cortina que tapara la luz. En cualquier caso, nunca se duchaba. Prefería los baños, cálidos y largos.

Alex la miró. Abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. La miró de arriba abajo, atónito. Contempló sus anchas caderas, sus hermosos senos, sus manos, y hasta una tirita que llevaba en el pulgar, porque se había hecho una herida al trabajar con unos guantes que tenían un agujero.

—Lo siento —susurró él.

—¿Que lo sientes?

Ángel también lo sentía. Sentía que no la hubiera descubierto tumbada en el sofá, comiéndose unas uvas y vistiendo algo provocativo.

—¿Te importaría darme el albornoz y salir de inmediato de mi cuarto de baño? —

preguntó.

Alex se apresuró a obedecer y le dio el albornoz.

—Tengo que hablar contigo —dijo él.

—Pues espérame en el salón.

—¿Dónde...?

—Cruza el porche, pasa por la cocina y lo encontrarás. ¡Sólo tengo cinco habitaciones, por Dios! Y ahora, ¡sal de aquí!

Alex salió del cuarto de baño, llevando consigo la indeleble imagen de una pequeña figura femenina y de sus pequeños senos, unos senos que lo habían excitado mucho más que ningunos otros desde que cumplió trece años.

En cuanto a las maravillas que escondían sus piernas, prefería no pensarlo. Intentó recordar por qué razón se encontraba allí. Y de repente no lo supo. Tal vez hubiera ido para seducirla, o para convencerla de que regresara de nuevo a su casa.

Se sentía demasiado viejo para enfrentarse a aquellos problemas. Obviamente de joven no le sucedía lo mismo. Entre los dieciocho y los veinticinco años la sangre impulsaba a los jóvenes a arrojarse de cabeza a cualquier relación. Suponía que tenía algo que ver con el instinto natural de multiplicar la especie.

Pero aquello era distinto. Según decían los expertos, su momento de mayor empuje sexual ya había pasado, pero en cualquier caso no le importaba mucho lo que dijeran.

Lo importante era que no quería multiplicar especie alguna. Sólo quería sexo, pura y llanamente.

Sólo quería a Ángel.

—Y bien, ¿qué es tan importante como para irrumpir así en mi casa?

Al escuchar el sonido de su voz dio la vuelta, con una expresión culpable en sus patricios rasgos. Angel estaba en el umbral, con los brazos cruzados.

—Es algo referente a Sandy.

—¿Qué ha hecho ahora? ¿Está bien? Por Dios, dímelo de una vez.

—Está bien —acertó a decir.

Alex decidió que estaba perdido. No podía hacer nada cuando la veía con uno de sus pijamas rojos, y lo mismo sucedía cuando se ponía aquel mono verde con el nombre de Perkins *Landscaping and Nursery*

en la espalda.

Pero con el albornoz blanco y marrón que llevaba, que le quedaba demasiado grande, resultaba letal. Por su escote, casi podía ver cierta parte de su anatomía.

Y aquello eliminaba cualquier posibilidad de sentirse cómodo. Estaba excitado y no podía hacer nada, salvo intentar no mirarla demasiado mientras intentaba recobrar el control.

—Tranquilo, chico —murmuró.

—¿Qué?

—Decía que... Sandy me preocupa mucho esta vez, Ángel. Me gustaría que hablaras con ella, si no te importa —explicó, ruborizado.

Ángel se sentó en una mecedora bastante desvencijada. El albornoz se abrió ligeramente entre sus piernas y pudo ver que también llevaba una venda en la rodilla.

—¿De qué se trata esta vez, de Arvid?

—¿De quién?

—Del chico del deportivo.

—Oh, no. Es sobre mí.

Ángel empezó a mecerse. La ayudaba a tranquilizarse cuando tenía un problema, y aquél lo era.

Alex se acomodó a cierta distancia de ella, pero no le sirvió de mucho. Ángel sabía cómo se sentía. En su interior hervía el mismo deseo que la devoraba, pero podía jugar con cierta ventaja que siempre tenían las mujeres. Podía comportarse con frialdad, de tal forma que él no lo sospechara.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Alex se echó hacia atrás en su asiento.

—Como he dicho, se trata de Sandy.

—Dijiste que era algo relacionado contigo.

—Sí, bueno, es una manera de hablar.

—Mira, ¿vas a decirme qué sucede o no? Tengo otras cosas que hacer.

—¿Tienes una cita?

Estuvo a punto de mentir y decir que sí, pero nunca había sido una buena mentirosa.

Era demasiado transparente. Cuando mentía se ponía colorada, y según Gus sus ojos adoptaban un brillo cristalino como el de un pez. De modo que había aprendido a decir la verdad y enfrentarse a las consecuencias.

—Tenía intención de cambiar el papel pintado de mi habitación. Huele a humo, y está bastante más oscuro desde el incendio.

—Sandy me ha dicho que lo que necesito es sexo, y que no me

vendría mal un crucero, en el que podría encontrar a una buena mujer. ¿Podría decirme alguien qué demonios les ocurre a los chicos de hoy en día?

Ángel tardó unos segundos en hablar. Y cuando lo hizo, se expresó con total tranquilidad.

—Los chicos de hoy son como los de siempre. Aunque en algunos sentidos son más listos.

—¡Pues no quiero que se meta en mi vida!

—Bueno, no creo que lo haya hecho.

—¿Quieres decir que no hablaba en serio?

—No estoy segura. De todas formas, ¿por qué salió el tema de conversación?

—Por mi humor —contestó.

—Bueno, a mí no me culpes. He hecho todo lo posible para que te encontraras mejor.

—¿Que has hecho qué? —preguntó, sin comprender que no fuera consciente del efecto que causaba en él.

—Te dije que además de la nueva dieta tenías que hacer ejercicio. Estar sentado todo el día detrás de un escritorio...

—¿Quieres dejar en paz ese aspecto de mi vida?

Durante un instante había creído que Ángel se refería a otra cosa. A un ámbito de su vida que se había exacerbado por completo con su presencia.

—Si insistes... Pero hasta tú deberías saber que si te cuidaras más físicamente no estallarías tan a menudo.

—¿Hasta yo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho. Mírate. Parece que va a darte algo de un momento a otro, y eso que sólo estamos charlando. ¿Nunca has leído nada sobre geología? Ya sabes, placas tectónicas, acumulaciones de gas, volcanes y cosas así. Todo tiene que ver con la presión. Las altas presiones buscan los puntos débiles para poder salir.

—Ya veo.

Ángel se levantó y se ajustó un poco el albornoz.

—Bien, me alegro de haberte podido ayudar.

Entonces lo miró y dio un paso atrás, insegura.

—¿Alex?

Alex avanzó hacia ella, comportándose como si fuera un león hambriento en busca de una víctima.

—¡Alex!

Alex pensó que Sandy tenía razón. Necesitaba sexo. Habían pasado años desde la última vez. Pero el problema estribaba en que sólo quería hacerlo con Ángel Wydowski. La misma Ángel Wydowski que

había despertado su deseo veinte años atrás.

—Deja de huir de mí, maldita sea, no voy a hacerte daño —dijo él —. No pienso hacer nada que no quieras que haga. Pero tienes que decírmelo, Ángel.

—¿Decirte qué? —preguntó en un susurro.

—Decirme que no me deseas. Que quieres que me marche. Que...

—¿Alex?

—¿Qué?

—Cállate.

Entonces dio un paso al frente y él la abrazó.

De algún modo se las arreglaron para llegar a su dormitorio, con su papel pintado ennegrecido y la cama de hierro de color marfil que había pertenecido a la tía Zee.

Angel se había librado de la mayor parte de los muebles cuando murió Cal, vendiéndolo todo salvo unas cuantas cosas de su propia familia.

Y ahora se alegraba de haberlo hecho. Toda su vida había deseado a Alex Hightower, pero no habría podido hacer el amor con él en la misma cama en la que dormía con Cal.

—¿Estás segura? —preguntó él, mientras se quitaba la camisa.

—Estoy segura.

Ángel pensó que tal vez se arrepentiría, pero se habría arrepentido más si no lo hubiera intentado.

Estaba segura de no poder amar a otro hombre, y precisamente aquél era el problema. Alex la toleraba, hasta le gustaba cuando no estaba furioso con ella, y sin duda la deseaba. Pero intentó convencerse de que en ocasiones las cenicientas con botas militares conseguían el amor del príncipe azul.

Se quitó el cinturón del albornoz, con gesto de triunfo. Por fin iba a saber lo que se sentía haciendo el amor con Alex Hightower.

—Angel, no he traído nada. ¿Utilizas algún anticonceptivo?

Ella apagó la luz, de tal forma que la habitación sólo estaba iluminada por la tenue luz que entraba desde el exterior.

—No te preocupes, todo está bajo control —mintió.

Casi estaba segura de no poder quedarse embarazada. Durante su relación con Cal no lo había conseguido, aunque en cualquier caso él no deseaba tener hijos. Desde su separación, no se había acostado con nadie. De hecho, unos cuantos meses antes se había hecho varias pruebas, en cuanto averiguó que Cal se acostaba con otras personas.

Una de las cosas que más le gustaban en Alex era su personalidad, diametralmente opuesta a la de Cal.

Cuando Alex se quitó los pantalones y los calzoncillos, quedando

desnudo en todo su esplendor, Angel no fue capaz de contener una expresión de sorpresa.

—Oh, Dios mío.

Era maravilloso. Lo había visto muchas veces en pantalones cortos y camiseta. Estaba preparada para enfrentarse a unos hombros anchos, a un fuerte pecho cubierto de vello oscuro, a sus estrechas caderas y a sus musculosas piernas. Pero a pesar de todo se sorprendió.

Los dos se miraron.

—Oh, Dios mío —repitió ella, dejando caer su albornoz.

Avergonzada, señaló la cama y preguntó:

—¿Vamos a la cama? ¿Debemos...?

—Claro, ¿por qué no?

Alex apenas reconoció su propia voz. Estaba temblando. Si perdía el control en aquel instante nunca seria capaz de volver a mirarla a la cara. De modo que apartó las sábanas con manos inseguras e intentó recordar lo que había dicho sobre la presión.

Había comentado que estaba viviendo bajo una presión constante, y sólo había un deporte que pudiera curarlo.

El sexo.

Ángel se metió en la cama y se tapó hasta el cuello. Alex pensó que en algunas cuestiones Ángel seguía siendo tan inocente como él mismo de joven.

Pero él también lo era en lo relativo a ella. Por razones que no podía comprender, era muy importante que aquello saliera bien, que se convirtiera en algo memorable para ambos. Tal vez entonces podría alejarse sin aquella sensación de vacío. De hecho, no había querido intentarlo hasta aquel día por miedo a la sensación de pérdida que con toda probabilidad tendría después.

Se acostó junto a ella y dijo:

—No me digas que estás nerviosa.

—Claro que no —negó con rapidez—. Sí, lo estoy, he de admitirlo.

—Yo también. ¿Qué tontería, verdad? A nuestra edad.

Ninguno de los dos tenía ganas de reír. Alex sólo deseaba tomarla, acariciar todo su cuerpo, probar la textura de su piel con las manos; deseaba probar sus labios, el sabor de su lengua. Y sólo entonces, cuando ya no pudieran esperar un instante más, entrar en su cuerpo y deshacerse en él, escuchando su nombre en boca de Ángel y notando sus temblores.

—Puedes besarme otra vez. Es una buena manera de empezar —sugirió ella.

Alex rió.

—¿Estás diciéndome que eres una experta en estas cuestiones?

—Estoy en el negocio de la jardinería, ¿recuerdas? Algo tendrá que ver, digo yo. El instinto de continuación de la especie.

—Ni lo pienses.

Pero mientras se inclinaba sobre su cuello imaginó un pequeño Hightower pelirrojo, con el carácter que siempre habían tenido los Wydowski.

La besó en las orejas y en el cuello, bajando después hacia sus senos. Ella se estremeció y empezó a acariciarlo, aferrándose a él apasionadamente.

—Ten cuidado... —dijo él, casi sin respiración.

Pero Ángel no quería ser cuidadosa. Lo quería todo y al mismo tiempo, sin fin. Lo quería en aquel instante. Se arqueó y le ofreció sus senos, sin avergonzarse. Alex la hacía sentirse deseada. Le hacía sentir que podía volar.

—Mi dulce Ángel. No sabes cuánto tiempo he esperado a que llegara este momento.

Ángel no tomó en consideración sus palabras. Pensaba que sólo lo decía porque era lo típico en una situación así.

—Oh, Alex, ¡por favor...!

Alex la miró con ojos llenos de pasión. Una fina capa de sudor cubría su cuerpo, que brillaba bajo la luz. Entonces entró en ella, lentamente, como si temiera hacerle daño.

Fue un instante maravilloso. Un instante en el que sintió que lo poseía por completo, en cuerpo y alma.

Poco a poco empezaron a moverse. La tensión fue creciendo y sus movimientos se hicieron más rápidos y rítmicos. Y cuando pensaba que iba a morir de deseo ambos llegaron al éxtasis conjuntamente, estremecidos.

Despertó entre sus brazos bajo la suave luz que entraba por la ventana, y no le extrañó la sensación de no encontrarse sola en la cama. Había deseado mucho aquel momento, y era algo más real que la propia realidad.

Probablemente se trataba de algo más que peligroso, pero pensó que podía dejarse llevar un rato más.

Al menos, hasta que el teléfono empezó a sonar.

—Probablemente es para ti —murmuró ella—. Nunca recibo llamadas a estas horas de la noche.

—Ni yo. Puede que se hayan equivocado.

—Puede ser.

Ángel se movió un poco y empezó a acariciarlo en el pecho, causando una interesante cadena de reacciones.

El teléfono dejó de sonar. En el largo silencio que siguió, empezó a

trazar una línea sobre su piel, dirigiéndose hacia su cuello y bajando después por su estómago hasta la zona más peligrosa de todas. Hacia la región volcánica.

—Estás a punto de meterte en problemas —susurró él, con voz profunda.

Sin embargo, siguió tumbado con los brazos detrás de la cabeza, dejando que explorara su cuerpo.

—¿Vas a causarme alguno? —preguntó ella.

—¿Algún problema?

—Lo que sea.

Alex se dio la vuelta y la tomó de la mano.

—Puede que esté considerando la posibilidad. Dijiste que eras una amazona experimentada, ¿no es cierto?

—No mucho, la verdad —admitió, recordando su mentira—. Pero aprendo deprisa.

Los ojos de Alex se oscurecieron. La tomó y la llevó encima de su cuerpo. Pero el teléfono empezó a sonar otra vez.

—Maldita sea... Es posible que debas contestar, cariño. Pero después déjalo descolgado. No quiero que nos interrumpan.

Ángel se levantó de la cama a regañadientes y se puso el albornoz por el camino.

Alex ya había visto todo lo que había que ver. Ya sabía que tenía los senos demasiado pequeños, la cadera demasiado grande y el pelo enmarañado como si hubiera sufrido un huracán.

Llegó al teléfono en el preciso momento en que colgaban.

—Maldita sea...

Alex se unió a ella, desnudo.

—¿Quién era? ¿Alguna broma?

—Probablemente. Parece tratarse de alguien que se divierte levantando a la gente de la cama para colgar después. Y mi contestador no funciona.

—Pues descuelga el auricular.

—¿Y si era una llamada importante? Puede que se trate de Gus, intentando llamar desde el coche. Si está en las montañas puede que se encuentre fuera del alcance del teléfono, lo que podría explicar que...

—Descuélgalo de todas formas. Cinco minutos más o menos no importarán.

—Pero, ¿por qué cinco minutos? ¿Crees que dejarán de llamar?

Alex inclinó la cabeza sobre su cuello, inhalando el aroma del jabón que utilizaba, y el olor de su propia e intransferible feminidad.

La tomó en brazos y ella levantó la cabeza. Ambos estaban

preparados de nuevo.

—Creo que voy a derretirme —susurró ella.

Le quitó el albornoz y ella descolgó el teléfono.

—Si es importante...

—Si es importante volverán a llamar —dijo Alex, acariciando sus senos con delicadeza y despertando de nuevo su deseo.

—Pásame los brazos alrededor del cuello, Ángel —continuó—. Y agárrate con fuerza.

—¿Así?

Angel lo miró mientras la levantaba, atrayéndola hacia sí para penetrarla.

Esta vez fue Alex quien gimió.

Capítulo 10

Sandy estaba esperando a Alex cuando regresó a casa. Se sentía culpable. Creía que lo que había estado haciendo resultaba evidente, pero esperaba que su hija fuera demasiado inocente como para adivinarlo.

—¿Y bien? ¿Quién ha sido? —preguntó.

Estaba sentada en las escaleras, desde donde podía ver la puerta de la casa. A su lado había un montón de cómics, una tableta de chocolate y un tazón de cereales vacío.

—¿De quién estás hablando? ¿Y qué estás haciendo despierta a estas horas? ¿Has hecho ya tus...?

—¿Cómo podría concentrarme en mis deberes cuando te pasas la noche fuera? Papá, me preocupo por ti. No pareces darte cuenta de que estás en una edad peligrosa. Mi profesora de gimnasia dice que muchos hombres no se dan cuenta de que van haciéndose viejos y se meten en problemas.

—Maldita sea, yo no estoy naciéndome viejo. De todas formas, ¿qué tiene eso que ver con tus deberes?

—¿Dónde está Ángel, por cierto? Pensaba que habías ido a su casa para hablar con ella sobre mí. ¿Has hecho el amor con Ángel? ¿Vais a casaros? Porque si es así y queréis un poco de intimidad puedo cambiarme a la habitación de la abuela. Ya no la usa nadie.

Alex dejó de escuchar. No creía demasiado en la sinceridad absoluta entre padres e hijos, aunque había estado a punto de intentarlo un par de veces. En general sólo necesitaba una palabra para calmar su curiosidad. Pero su hija estaba creciendo y ya casi era una adulta.

De modo que intentó el truco de mirarla con su famosa mirada de frialdad. Una mirada que funcionaba sobre todo porque tenía el pelo claro, los ojos grises y unas anchas y oscuras cejas. Pero el truco no funcionaba últimamente.

—¿Qué te hace pensar que he estado con Angel? —preguntó, tenso.

—Que estuviste en su casa, ¿no es así? No es que importe mucho. Sé que habláis de mí entre vosotros, por una cosa que dijo Ángel cuando estaba en casa, de modo que pensé que...

Dejó la frase sin terminar y su cara adoptó un rictus horrorizado.

—¡Papá! No habrás ido a ver a Carol, ¿verdad?

Alex suspiró con cansancio y se frotó la nuca subiendo el primer escalón. No quería mantener aquella conversación, pero si estaba decidida a hablar tal vez fuera bueno que confiara en ella. A fin de cuentas los padres debían confiar en sus hijos.

—He hablado con Ángel. Le dije que estabas preocupada por mí y me recordó que una dieta decente y un programa regular de ejercicio pueden hacer verdaderas maravillas.

—Cierto, ¿pero qué hay del sexo?

—Maldita sea, Sandy, deja de hablar así. Comprendo que te interese mi salud; es tu derecho. Pero mi vida privada no es asunto tuyo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Sin embargo, si crees que tu vida sexual no es asunto mío, tampoco es asunto tuyo mi vida sexual.

Alex se sorprendió tanto que por una vez se olvidó de adoptar su mirada fría.

—Sandy, no me estarás diciendo que... No, no quiero oírlo.

Empezó a pasear con nerviosismo por la habitación, hasta que al final se detuvo junto a la escalera. Miró a su joven hija preguntándose cuándo se había convertido en una perfecta desconocida la niña a la que había enseñado a nadar, a montar a caballo y a pedir por favor que le contara otro cuento antes de dormir.

—Bueno, quiero decir que si hiciera...

—Por favor, no empieces las frases de un modo tan poco claro —espetó él.

—Lo que quería decir era que aunque lo hiciera no tendrías motivos para preocuparte, papá, porque ya sé todo lo que hay que saber al respecto. Mi profesora de educación sexual es una gran mujer. Nos ha contado todas las cosas que hay que hacer para no quedarnos embarazadas.

Alex no quería escuchar aquello por nada del mundo. Quería despertar y descubrir que sólo era un sueño.

—Y bien, ¿lo has hecho con Ángel? —preguntó Sandy de golpe.

—¡Alexandra!

—Bueno, ¿vais a casaros o qué? ¿Por qué no la has traído a casa? Desde aquí no le queda demasiado lejos el trabajo. Además, es posible que quiera dejar de trabajar cuando os caséis. Algunas mujeres hacen ese tipo de cosas. Como mamá, ¿no es cierto?

—Tu madre no ha trabajado en toda su vida.

—¿No? Bueno, es posible que dejara de hacer lo que hacía antes de casarse contigo.

Decididamente, Sandy no sabía mucho sobre su madre. En parte habían roto su relación precisamente por aquel motivo. Dina no quería tener ninguna familia que afectara su forma de vida. No quería preocuparse por un marido, ni por una hija.

Si Sandy no hubiera tenido la fuerza de los Hightower no sabía lo que habría podido suceder. Pero la tenía. La primera vez que la tomó

en brazos se enamoró de aquellos ojos azules que se convirtieron en grises al cabo de unas semanas.

No había cumplido aún tres años cuando Dina se marchó en un avión a Nueva York para hacer las compras de Navidad. Y la siguiente vez que oyó algo de ella fue para escuchar la voz de su abogado.

Sandy estuvo muy triste durante las semanas que siguieron a su marcha, pero al fin y al cabo Dina nunca había sido una madre para ella. Dejaba aquellas cuestiones en manos de las sucesivas niñeras y del propio Alex, de modo que la niña se recobró con cierta rapidez.

Al final tuvo que contarle la verdad, por mal que se sintiera. Y lo hizo precisamente el día de la fiesta de su tercer cumpleaños, porque observó que no dejaba de mirar hacia la puerta, como si estuviera esperando a alguien. Cuando terminó la fiesta se puso muy triste, al ver que su madre no había aparecido.

Lloró hasta enfermar. Alex la tranquilizó, la bañó y la metió en la cama. Le contó un cuento sobre una madre maravillosa que se había marchado para convertirse en una princesa. Era su cuento preferido. Le dijo que el reino al que había ido estaba muy lejos y que no podía llevarse a su niñita con ella, aunque siempre la había amado con toda su alma y siempre la amaría.

Mintió.

—¿Qué te parece si lo dejamos, cariño? —preguntó él—. Estoy muy cansado.

Podemos hablar mañana si quieres.

—No lo haremos. Mañana tendrás que ir a trabajar, como siempre.

—Y tú tienes que ir al colegio, pero encontraremos un momento para hablar. Te lo prometo.

Pero en realidad no hablaban. Del mismo modo que no había hablado con Ángel. Las cosas empezaban a estar fuera de su control. Necesitaba ayuda de forma desesperada, pero en cuanto se acercaba a la única mujer que parecía saber en qué consistía el problema perdía los estribos por completo.

Estaba en el trabajo cuando la señora Gilly lo llamó al día siguiente. Justo en mitad de una importante reunión al más alto nivel, su secretaria entró y le hizo un gesto con los dedos. Un gesto que significaba que algo urgente había sucedido, algo que requería su atención personal e inmediata.

—Lo siento, señor Hightower —dijo ella cuando salió—. Es su ama de llaves. Ha llamado y parece muy preocupada. Dice que será mejor que vaya a su casa en cuanto pueda.

Flores. Alguien había recortado las flores que había en su colcha y las había colocado en grupos, encima de la alfombra y frente a todos y

cada uno de los muebles de la habitación. Sólo podía haber sido Alexandra.

—¿Qué diablos es esto? ¿Es que se ha vuelto loca? —preguntó Alex.

—Estaba así cuando lo encontré —contestó la señora Gilly, que había insistido en subir por las escaleras a pesar del estado de sus rodillas—. Recibió una llamada de ese chico, Moncrief. La llamé pero no contestó a pesar de que sabía que estaba arriba.

O por lo menos estaba aquí la última vez que la vi. Volvió directamente del colegio, y cuando fui a recordarle a Phil que tenía que tomarse su medicina para la tensión creí oír la puerta de la calle. En aquel momento no pensé nada raro, pero cuando la llamé para que se pusiera al teléfono y vi que no contestaba pensé que ocurría algo extraño, de modo que subí y me encontré el suelo así. Quise llamar a la señorita Ángel, pero después pensé que sería mejor llamarlo a usted primero. Le aseguro que no había visto algo así en toda mi vida, señor Hightower. ¿Cree que...?

Alex no creía nada. No podía pensar. Estaba realmente enfadado, y muy asustado. —

¿Por qué quería llamar a Ángel? La anciana chasqueó los dedos, demostrándole que no aceptaba aquel tono de voz. De inmediato se arrepintió de haber hablado así. Los Gilly habían formado parte de la familia de los Hightower desde mucho antes de que murieran sus padres.

—Lo siento, señora Gilly. Estoy nervioso. Es que estoy muy preocupado con mi hija.

Supongo que sólo pretende llamar mi atención. La prometí que hablaríamos, pero tuve que quedarme en el despacho.

Ella le dio un golpecito en la mano. —Sólo es eso, una manera de llamar la atención.

En cuanto a Ángel, pensé que podría saber algo teniendo en cuenta que son muy amigas. La niña necesita otra madre, aunque la señorita Ángel no es realmente...

—No empiece otra vez, señora Gilly. No necesito otra esposa. Sandy se las arreglado muy bien hasta ahora sin una madre.

—Sin embargo, necesita alguien con quien poder hablar.

—Ya la tiene a usted, si quiere hablar con una mujer.

—No, usted sabe muy bien que yo no puedo ser de utilidad a una jovencita. La quiero con toda mi alma, pero pertenecemos a épocas muy diferentes. En mis días...

Tenía razón. No podían comunicarse entre ellas por la tremenda diferencia generacional, e incluso de vocabulario, que existía. Pasó un

brazo por encima de los hombros de la anciana y la llevó hacia las escaleras.

—Baje y dígale a Phil que todo está bajo control —dijo con suavidad—. Después, podríamos tomarnos un té y tal vez otro café, si no le importa.

En cuanto el ama de llaves bajó por la escalera, se volvió para llamar por teléfono.

—Jardinería. Ha puesto las flores en la misma posición en que...

Ángel empezó a pasear por la habitación, contemplando la escena. Había salido de su casa en cuanto recibió la llamada. Ni siquiera se había cambiado de ropa. Llevaba el mono de siempre y el pelo igual de revuelto, pero se había olvidado del bolígrafo que llevaba en el bolsillo aquella misma mañana.

Estudió las flores que había en el suelo.

—No sé cómo lo habrá hecho.

—¿Pero de qué estás hablando? ¡Ha destrozado su colcha! En mi opinión, debe haberse vuelto loca.

—No necesariamente.

Ángel apoyó la barbilla sobre una mano. Recordó que Sandy le había echado una mano con los macizos de flores, y que había llamado a Gus para que contemplara el resultado de sus esfuerzos.

—Voy a llamar a la policía. Iba a llamarlos antes, pero pensé que podría estar en tu casa.

—Espera, tranquilízate y déjame pensar, ¿quieres?

—Es culpa mía —dijo preocupado y dolido—. Si no hubiera reaccionado de ese modo, si no me hubiera pasado la noche contigo y...

—¿Si no hubieras perdido el tiempo en mi cama?

—Yo no he dicho eso.

—No es necesario. En cualquier caso no es culpa tuya. Sandy es una chica lista y no se marcharía así sin previo aviso, a no ser que haya una buena razón.

—Pero son las cuatro menos cuarto de la tarde.

—Sabes a qué me refiero. Probablemente sólo está intentando decirte algo. Seguro que llama más tarde para ver si has captado el mensaje.

—¿El mensaje? Si esto es un mensaje, se trata de un mensaje enfermizo. Tú puedes quedarte mirando las flores durante todo el tiempo que quieras. Voy a buscar a ese cretino de Moncrief y si no está con él le romperé unos cuantos dientes. ¡Hasta que me diga dónde se ha metido!

Ángel sabía que no merecía la pena discutir. Sandy no estaría con

Arvid, porque la chica sabía que la atracción que hubiera podido sentir por ella había desaparecido.

En cuanto a lo de llamar a la policía, sabía también que le dirían lo que solían decir a los padres cuando alguna adolescente se escapaba de día y desaparecía durante unas cuantas horas.

Y era normal que no dijeran otra cosa. Probablemente estaría de compras, o con una amiga, o simplemente dando una vuelta para preocupar a su padre y conseguir lo que quisiera conseguir.

Aunque lo de las flores era bastante extraño. Se preguntó qué a dónde diablos querría llegar.

Escuchó el sonido del coche de Alex y dio gracias porque la casa de Arvid se encontraba en el vecindario. En su estado, no conduciría muy bien. Volvió su atención hacia el armario de Sandy e intentó recordar las cosas de las que habían estado hablando la noche que se quedó con ella, cuando se pusieron a sacar todo tipo de objetos y ropa del armario. Sin embargo, no podía recordar si faltaba algo en el interior.

Diez minutos más tarde oyó que Alex había regresado. Cerró la puerta del coche de golpe, y lo mismo hizo con la puerta de la casa. Después todo quedó en silencio.

Obviamente su visita a la casa de Moncrief no había servido de mucho.

Ángel continuó su búsqueda, intentando encontrar alguna pista. Pensó en sus pendientes nuevos, que probablemente llevaría puestos. En su cepillo, su maquillaje o su cepillo de dientes.

Empezó a rebuscar entre las cosas que tenía sobre el vestidor, entre botellitas, fotografías y objetos variados. Y entonces vio un sobre, que miró un buen rato antes de tomarlo.

Estaba cerrado y dirigido a su padre. Ángel tuvo miedo de abrirlo. Sintió un frío repentino. Empezó a abrirlo, pero se arrepintió.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia el estudio. Mientras caminaba, no dejaba de pensar en todo tipo de posibilidades, a cual más terrible.

Una carta significaba que probablemente no se había ido de compras. Se lo habría dicho a la señora Gilly en tal caso, o habría dejado una simple nota en el frigorífico.

Una carta dirigida a su padre, y cerrada, significaba que se había escapado. Pero se preguntó por qué habría destrozado la colcha de su habitación antes de marcharse.

—Alex —dijo desde el umbral, intentando mantener la calma—. He encontrado una carta.

Alex estaba sentado en su sillón de cuero, con el teléfono al lado, mirando una copa que se había servido pero que aún no había tocado. Resultaba evidente que no la había encontrado en casa de Arvid y que

estaba pensando en llamar a la policía.

Levantó la mirada al oírla, y al ver el súbito brillo de esperanza que apareció en sus ojos, quiso acercarse a él, abrazarlo, y asegurarle que no ocurriría nada malo.

Pero no podía hacerlo. La vida estaba llena de sorpresas.

—¿Una carta? ¿Qué dice?

—No la he abierto. Va dirigida a ti —contestó.

Se preguntó si Dina también lo habría abandonado de aquel modo, dejando una simple carta en su vestidor.

Le dio el sobre decorado con flores y unicornios y él lo miró con preocupación.

—Ábrelo —dijo ella.

Él se lo devolvió.

—¿Te importaría hacerlo tú?

Habría hecho cualquier cosa para tranquilizarlo, pero sabía que en aquel instante no podía hacer nada para aliviar su dolor. De modo que intentó calmarse, tomó el sobre, lo abrió y sacó un papel escrito. La letra era la de una chica joven. Después, se sentó en la butaca, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Alex palideció de repente y tomó la carta. Ángel quiso romperla en cien pedazos, quemarla o tragársela. Cualquier cosa con tal de impedir que la leyera.

—Querido papá —leyó él en alto—. Cuando leas esta carta yo estaré con una amiga, de modo que no te preocupes por mí. Estoy bien. Tú y Ángel podréis tener cierta intimidad para arreglar vuestras cosas. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ángel—. ¿Qué tenemos que arreglar? Alex, no le dirías que...

—¡Oh, no, claro que no! ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Entonces, ¿a qué viene eso de la intimidad? ¿Para qué queremos intimidad? ¿Y por qué está tan segura de que sabrás a qué se refiere?

Alex sintió que la temperatura de su rostro se elevaba a pesar del intenso frío interior que sentía.

—En cualquier caso, esto no explica que destrozara su colcha.

—Tal vez lo haya hecho para llamar tu atención. Hasta una mula se daría cuenta.

La señora Gilly entró en el salón con una bandeja en la que llevaba café y uno de los pasteles de Flora, cortado en rebanadas. Alex hizo un gesto a Ángel, que se sirvió su café recordando una ocasión en la que había servido el café en aquella misma casa.

Pero esta vez Alex se puso el suyo.

En cuanto la señora Gilly supo lo de la carta rompió a llorar y corrió a decírselo a su marido, que acababa de sacar una botella de licor para ayudar a Alex a tranquilizarse un poco.

—¿Qué has averiguado en casa de los Moncrief?

—Que Arvid es un idiota.

—¿Cómo?

—Llamó para prevenirla, según dijo. Y no he querido preguntarle por qué la quería prevenir.

—¿Has llamado a la policía?

Él asintió.

—¿Y bien? ¿Qué han dicho?

—Lo que siempre dicen. Que me asegure de que no está con una amiga, que espere veinticuatro horas al menos y que seguramente sabremos algo de ella en poco tiempo.

Ángel leyó de nuevo la carta, porque no sabía qué hacer. Cualquier cosa era mejor que esperar sin hacer nada y sin saber por dónde empezar a buscar ni qué estaban esperando.

Tenía la impresión de que todo aquello tenía algo que ver con ella.

—Y bien, ¿empezamos a llamar a sus amigos?

Aquello pareció despertarlo de su letargo. No había probado su café, y ninguno de los dos había probado el pastel de Flora.

—¿Sabes si tiene alguna agenda? —preguntó Ángel de nuevo.

—No. Sí. ¿Has mirado en el cajón de su escritorio?

Ángel no lo había hecho. Había mirado en el armario y en el vestidor, pero en cuanto encontró la nota había bajado de inmediato.

—Iré a buscar.

Cuando por fin encontró la agenda empezaron a llamar de forma sistemática, diciendo siempre lo mismo e intentando aparentar calma.

—¿Puedo hablar con Sandy Hightower? ¿No está ahí? Lo siento, debo haberla entendido mal. Dijo que iba a estudiar con una amiga y pensé que... gracias, disculpen la molestia.

Alex hizo las primeras seis llamadas y Ángel continuó cuando vio que le temblaban las manos.

—Estará bien, Alex. Está con una amiga, aunque no sepamos con cuál.

—Ya —gruñó él—. ¿Cuántos amigos tiene que se parezcan al cretino de Moncrief? En cuanto llegue a casa pienso encerrarla durante diez años. Te lo prometo.

El tiempo fue pasando poco a poco, mientras escuchaban el lento tic tac del reloj de la chimenea. Afuera el sol ya se había puesto y el cielo se había cubierto. Estaba lloviendo ligeramente.

La señora Gilly abrió las puertas del estudio para anunciarles que

Flora había preparado algo de comer antes de marcharse. La anciana parecía haber envejecido diez años.

El reloj de plata sonó indicando la hora. Era bastante tarde. Habían llamado a todo el mundo sin averiguar nada. Alex había querido salir a buscarla con el coche, diciendo que hacer algo era mejor que no hacer nada.

Pero Ángel lo convenció de lo contrario. Alex tenía mal aspecto. Necesitaba comer algo, aunque ella misma se sentía incapaz de probar bocado. Necesitaba dormir, pero era consciente de que ninguno de los dos seria capaz de conciliar el sueño en mucho tiempo. Alex estaba acostumbrado a controlarlo todo, y de repente se había encontrado con algo que no podía controlar. Algo que lo estaba matando.

—¿Por qué? —preguntó con desesperación—. ¿Por qué? ¿Puedes decirme por qué ha tenido que escaparse? Le dije que hablaríamos, maldita sea.

—¿Y lo hicisteis?

Parecía estar a punto de llorar, y sintió un profundo dolor al verlo así. Su corazón, sin embargo, estaba con él. Había estado con él durante veinte años, aunque no lo supiera.

—¿Quieres que me quede contigo, Alex?

Él la miró como si no la reconociera. Aquello le dolió más que la propia desaparición de Sandy.

—Sí, claro, quédate si quieres. Sabes dónde están todas las cosas.

Con amargura, Ángel le dio las gracias mentalmente. Por la invitación y por el uso temporal de su cuerpo. Y por la breve ilusión de que la amaba un poco.

Nadie durmió. Tal vez lo consiguió la señora Gilly, y seguramente el señor Gilly, que se enfrentó a la emergencia con su estilo habitual. Pero Alex no subió al dormitorio.

Ángel lo habría oído. Estuvo despierta en la cama, mirando al techo, intentando recordar. Pero por más que lo intentaba, no lo conseguía.

Macizos de flores. Había estado trabajando en el asunto McDermont cuando Sandy fue a verla aquel día. Sandy y los chicos estuvieron en el despacho, tomando unos refrescos mientras ella trabajaba, y después Sandy le pidió que le dejara hacer un macizo de flores. Ella y los chicos salieron afuera y poco tiempo después se les unió Gus. Los chicos se marcharon a descargar la camioneta y Sandy se quedó con Gus.

Pero no recordaba nada más.

Probablemente no lo conseguía porque la noche anterior había estado en su cama con el hombre con el que había soñado desde que

tuvo edad para tener fantasías.

Fantasías nada infantiles, por otra parte.

Casi estaba amaneciendo cuando se levantó y bajó de puntillas al estudio.

Alex se había quedado dormido en el sillón. Tenía un aspecto horrible. La botella de whisky aún estaba casi llena y la copa continuaba sobre el escritorio, sin que la hubiera tocado.

—Mi dulce niño —susurró ella.

Se suponía que Kurt era el responsable del viejo trío del alto, el fuerte y el guapo.

Alex, Gus, y el siempre serio y responsable Kurt.

Pero Kurt no era el único. Ángel siempre había notado en Alex una fuerza de carácter y un sentido de la responsabilidad que le daban aspecto de ser mayor de lo que era en realidad, en cualquier circunstancia, ya hubiera estado jugando, o bebiendo demasiada cerveza o cantando canciones verdes en la parte trasera de la camioneta de Kurt.

—Despierta, Alex —murmuró, tocÁndolo en el hombro—. Vas a hacerte daño en el cuello.

—Oh, mmm...

De repente abrió los ojos y la miró.

—¿Ha llamado? ¿Has sabido algo de ella?

—Aún no, pero no esperaba que llamara en mitad de la noche. Seguro que sabremos algo por la mañana. Ven a la cama ahora, Alex. Cuando llame tendrás que estar en mejor estado para ir a buscarla, esté donde esté.

—No puedo dormir. Necesito algo más de beber —dijo, aunque apenas había tocado su copa.

—Pues termínate eso y sube después a la cama. Pondré el despertador a las siete, y podrás ducharte y desayunar para estar preparado cuando llame.

Ángel sospechaba dónde podía encontrarse. Y pretendía llamar en cuanto Alex se durmiera. Si estaba en lo cierto, iba a matarlos a los dos.

Pero aquello sería más tarde. De momento, Alex la necesitaba.

Capítulo 11

El día había amanecido gris y lluvioso. Se miraron. Ángel había conseguido dormir un rato y esperaba que Alex pudiera hacer lo mismo. Lo necesitarían para enfrentarse a todo aquello.

Pero cuando lo dejó en su habitación y quiso marcharse él se lo impidió.

—No te vayas, por favor. Dudo que podamos dormir ninguno de los dos. Tal vez si hablamos podremos pensar en algo que hayamos pasado por alto.

Ya habían hablado hasta quedarse sin nada más que decir, pero Angel no era capaz de negarle nada.

—Deja antes que busque ropa de Sandy para cambiarme —dijo ella.

Necesitaba cambiarse de ropa interior. Se había puesto la ropa del día anterior cuando bajó a buscarlo al estudio, pero quería cambiarse.

Como el resto de la casa, el dormitorio de Alex era elegante, con paredes cubiertas de paneles de madera y alfombras orientales algo viejas. Los muebles eran demasiado oscuros, con aspecto de haber pertenecido a varias generaciones de Hightower. Se asomó a la ventana para mirar hacia la calle. La cortina era de color verde, y muy pesada. Se preguntó si habría alguna ley que dijera que las mansiones de aquel tipo de personas debían parecer mausoleos.

Su casa apenas era una casucha edificada en los años cuarenta, con muebles baratos comprados en rebajas. Pero al menos era cálida.

En cualquier caso el problema no consistía en la mansión. Normalmente, a aquella hora de la mañana habría estado dirigiéndose hacia la ducha, medio dormida, o haciendo el desayuno y preparándose para enfrentarse a un nuevo día. Sin embargo, una chica de catorce años había desaparecido de forma deliberada y ahora los tenía a todos en un puño.

Alex estaba en la cama, con el pecho desnudo y los brazos cruzados detrás de la cabeza. Había algo maravilloso en aquellos brazos, algo muy sensual en aquel vello oscuro.

Pero no era el momento adecuado para aquellos pensamientos.

Mientras Alex la observaba, sus ojos grises parecieron volverse más oscuros. De repente, Ángel se sintió insegura y tímida.

Iba a dormir de nuevo a su lado. O a acostarse con él, lo que podía convertirse en un eufemismo de algo que no tenía nada que ver con el sueño.

Bajo tales circunstancias, sabía que debía sentirse avergonzada por desearlo. La hija de Alex se había escapado de casa. Alex le había pedido que lo ayudara, y ella sólo podía pensar en acostarse con él en

aquella cama enorme y hacerle apasionadamente el amor hasta que ninguno de los dos pudiera pensar en nada más.

Era una persona terrible.

Hizo un esfuerzo para hablar sin que se notara lo preocupada que estaba.

—Alex, Sandy se encuentra bien. Estoy segura. Tiene más sentido común del que piensas, y además ya te ha dicho que está con una amiga.

Se quedó un instante junto a la silla de cuero verde, a juego con una que había en el estudio, y después se abrazó a sí misma para dirigirse a la cama, como si no fuese nada importante. Las sábanas estaban frías y eran suaves; el cuerpo de Alex, duro como un mueble más. Ángel se tumbó e intentó no pensar en el hombre que estaba con ella.

—Lo sé, lo sé. No es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro. Evidentemente se ha marchado por propia iniciativa. ¡Pero sólo es una niña, Ángel! Hay peligros en el mundo que ni siquiera puede comprender.

Ambos permanecieron en silencio, imaginando cosas terribles. Ángel se prometió que en cuanto estuviera de nuevo con la señorita Alexandra Hightower iba a tener una seria charla con ella acerca de lo que significaba el sentido de la responsabilidad y de lo injusto que era hacer daño a la gente que la quería.

Alex se acercó a ella. Ángel no pudo hacer nada para resistirse. Se atraían como un imán. Físicamente encajaban tan bien como una mano y un guante. Y

emocionalmente sabía que sucedía lo mismo, aunque su cabeza le dijera lo contrario.

Le dio un golpecito en el hombro y murmuró unas cuantas palabras incongruentes para animarlo. Él le acarició la espalda. Ángel no sabía quién estaba reconfortando a quién.

—Estará bien —dijo él—. El problema es que no sé por dónde empezar a buscarla.

Podía notar la rabia que hervía en su interior. Era como un guerrero sin batalla que luchar, un príncipe sin dragón.

—Ojalá hubiera escogido otra manera de llamar la atención —continuó.

—Precisamente quería hablarte sobre ello. ¿Tienes idea de qué quería decir en la nota?

—¿Te refieres a ti y a mí? —preguntó con voz más profunda que de costumbre, a causa de la tensión acumulada.

El sonido de aquella voz fue suficiente para que se estremeciera.

Pero era consciente de que aquel momento era el peor de todos para intentar hacer el amor con un hombre. Se dijo que debía pensar en el trabajo, o en cualquier cosa excepto en el sexo.

En un esfuerzo por evitar aquellos pensamientos, dijo:

—En la nota mencionaba que quería darnos un poco de intimidad. Dijo que sabías lo que quería decir. ¿Es cierto?

Mientras esperaba una respuesta lo acarició con nerviosismo. El vello de sus piernas era sorprendentemente oscuro. Todo el vello de su cuerpo era oscuro.

—Sabe que fui a verte anoche. Bueno, la noche anterior.

Ángel lo recordaba perfectamente. Nunca podría olvidar un recuerdo grabado en fuego sobre su alma.

—Cuando llegué a casa me pregunto que si...

—¿Qué?

—Nada —contestó él.

Sin embargo, Ángel tuvo la impresión de que era algo más que nada. Empezaba a sospechar que tenía que ver bastante con la fuga de Sandy.

—Pensé que yo le caía bien —susurró ella.

Alex la abrazó al notar su tristeza. Entonces se dio cuenta de que lo único que los separaba era la fina camiseta que llevaba puesta y lo que llevara el para dormir.

Fuera lo que fuera, no era ningún pijama. Pero no bajó las manos más allá de su cintura para comprobarlo.

Ángel nunca lloraba, pero Alex debió pensar que lo estaba haciendo, porque se inclinó sobre ella y le levantó la barbilla con suavidad.

—¿Ángel? ¿Qué ocurre? ¿Es algo que haya dicho yo?

Parecía tan preocupado que se enfadó con él. Estaba furiosa con Sandy por haberlos puesto en aquella situación, con Alex por haberse introducido en su vida, y consigo mismo por dejarse llevar.

—No, maldita sea, no es algo que hayas dicho. Es que estoy cansada y muy preocupada, como tú, y si esa niña no ha regresado a la hora del desayuno, no sé que...

Ángel se rindió. Empezó a llorar. Ángel no había llorado desde la muerte de su madre. Ni siquiera lloró cuando su marido murió, ni cuando descubrió que no le era fiel, ni cuando se le quemó la casa. Pero como ocurría a todo el mundo, su resistencia tenía un límite. Entre sollozos consiguió explicarle lo que le sucedía y él la acarició en la espalda mientras murmuraba palabras que probablemente intentaban tranquilizarla, pero que tuvieron el efecto opuesto, puesto que su contacto la excitaba.

—Se supone que debería ser yo la que tendría que estar reconfortándote.

—Claro. ¿Para qué si no te iba a invitar a mi cama?

Al recordar dónde se encontraba se quedó paralizada por completo.

—¿Ángel?

Era terriblemente consciente de su voz, de la textura y de cada centímetro de su cuerpo. Un segundo antes su voz sonaba ronca por el cansancio y la preocupación.

Pero ahora sonaba ronca por algo más. La tensión que afloraba era de otro tipo.

—Sí —dijo ella simplemente, sin querer decir nada.

Lo deseaba. Y lo deseaba aún más porque estaba tan aterrorizado como ella misma.

Lo amaba. Él nunca le había pedido su amor, ni se lo había ofrecido. Pero en aquel momento estaba dispuesta a darle todo lo que pudiera sin esperar nada a cambio.

—Sí —susurró de nuevo.

Lo besó en el pecho y después fue bajando poco a poco hacia el estómago. En cuanto notó su reacción, igualmente excitada, sintió una profunda alegría.

—Ah, corazón, sí... continúa, por favor —gimió él, tumbándose de espaldas y colocándola sobre él.

Si se hubiera detenido a pensar en lo que estaban haciendo, tal vez habría llegado a la conclusión de que no era correcto. De modo que no lo pensó, se limitó a sentir. La tensión magnificaba la urgencia del deseo que ambos sentían.

—Quítate la camiseta —dijo él.

Respiraba aceleradamente, como si hubiera estado corriendo.

Ella se sentó y se quitó la camiseta por encima la cabeza. Después la arrojó al suelo y lo miró con timidez. Alex continuaba tumbado, tapado hasta la cintura con la sábana.

La estaba observando. No la había tocado aún, y sin embargo ya estaba excitada. Sus sensibilizados sentidos podían notar el olor del deseo a su alrededor, intoxicándolos entre otros aromas, como el de la madera y el de las sábanas limpias.

Esperó a que fuera él el que hiciera el primer movimiento, pero al ver que seguía inmóvil se preguntó si no estaría esperando que tomara la iniciativa. No sabía cómo hacerlo. A Cal no le gustaba que se adelantara, de modo que había aprendido a dejar que empezara él.

Casi como si pudiera leer sus pensamientos, Alex dijo:

—Ven aquí y bésame.

Tuvo la impresión de que su tono era humorístico.

Alex necesitaba besarla y tocar su cuerpo, pero casi se mostró reticente a hacerlo al principiar, sabiendo que terminaría demasiado pronto, de forma inevitable. El deseo venía de muy lejos. La había deseado desde que la vio de nuevo detrás de aquel magnolio. Y desde mucho antes, si era sincero consigo mismo.

Por extraño que hubiera parecido, no se había acostado con ninguna otra mujer desde entonces, ni había sentido vacío alguno al hacer el amor con Ángel. Pero en cualquier caso no había tenido tiempo suficiente para examinar sus sentimientos en las últimas veinticuatro horas.

Lentamente Ángel acercó su boca a la de Alex y lo besó. Él le devolvió el beso con apasionamiento, tumbándola de espaldas y colocándose sobre ella con cuidado para no romper el contacto. Estaba terriblemente excitado y temblaba por la necesidad de hacerle el amor y sentir su cuerpo cálido antes de perder el poco control que le quedaba. Ella estaba al borde del abismo, pero quería que estuviera más allá. Era vital para él, por razones que aún no sabía. Ninguna mujer merecía quedarse en tierra teniendo la posibilidad de volar, y Ángel volaba. Volaba como nadie.

Sin apartar la boca de la suya, empezó a acariciarla entre las piernas hasta que ella gimió, continuando después con suavidad y rapidez, hasta que la llevó a un punto en el que ya no podía más. Angel era generosa haciendo el amor. Generosa y tempestuosa en su respuesta.

—Alex, te necesito —dijo ella—. ¡Te necesito ahora!

Con la mano que tenía libre apartó sus muslos lo suficiente como para hacerse sitio entre ellos. Después entró en su interior con un movimiento poderoso y esperó mientras ella se movía contra él, agitada, descontrolada, pero Alex la agarró levemente para que no fuera tan deprisa, para no perder también él el control.

—Espera —dijo.

Pero fue demasiado tarde. Ella lo estaba llevando a propósito al éxtasis, mientras le acariciaba el pecho.

—Bruja... No sabes lo peligrosas que son ciertas cosas que estás haciendo.

Pensó que tal vez hubiera llegado ya al punto culminante. La experiencia le decía que las mujeres tardaban mucho más tiempo que los hombres, cuando lo conseguían. Y

por razones que no había estudiado aún, para él resultaba de vital importancia llevar a aquella mujer a las cumbres del placer físico.

Entonces ella empezó a moverse más deprisa contra él, impidiendo

cualquier resistencia por su parte. Fue moviéndose más y más deprisa hasta llevarlo hasta donde quería.

—¡Ángel!

Apretó los dientes al notar que se deshacía en ella. Su cuerpo tembló un par de veces antes de estremecerse.

Poco tiempo después se puso de lado, pero la atrajo hacia sí, sin soltarla, aferrándose a ella como si no quisiera que se marchara nunca.

Cuando Ángel escuchó aquellos ruidos en la cocina estaba lloviendo a cántaros. Al descubrirse sola sintió una profunda decepción, pero no se sorprendió en absoluto.

Alguien, ya fuera Alex o la señora Gilly, estaba haciendo el desayuno.

Habría dado una fortuna por poder regresar a su pequeña crisálida, pero el mundo se lo impedía. Sandy aún estaba perdida. Y Alex también, en cierto modo.

Esta vez sabía que se había excedido.

Se incorporó, sentándose sobre la cama, y se apartó el pelo de la cara. Después miró hacia el reloj que había en el vestidor, al otro lado de la habitación. La mitad de la mañana ya se había ido para siempre.

Se preguntó dónde estaría el café que podía oler. Una fragancia densa, oscura y fuerte, que de repente le pareció lo más deseable del mundo. Pero primero tenía que despertarse un poco.

Entonces cambió de opinión. Lo primero de todo era hacer cierta llamada telefónica.

Aún estaba pensando qué debía hacer en primer lugar cuando Alex apareció en el dormitorio. Llevaba una bandeja en las manos que temblaba peligrosamente mientras se acercaba a la cama que había pertenecido a sus padres y a sus abuelos.

Dina la odiaba, pero odiaba todo lo que había en la casa. Alex la animó a cambiar el mobiliario si quería hacerlo, pero nunca lo hizo. Sabía que para ella no era importante nada de lo que allí había.

De haber estado en el lugar de Dina, Ángel habría remodelado toda la casa en menos de seis meses.

Habría acabado con la oscuridad de la mansión, le habría dado un poco de sol y de alegría, tanto a ella como a Alex.

Angel era así. Siempre había existido algo extrañamente luminoso en ella. Incluso de niña siempre conseguía que Alex se sintiera mejor, con su sinceridad y su cariño. Le había gustado desde siempre, pero en cuanto descubrió que la deseaba intentó mantener las distancias.

Entonces conoció a Dina. El viejo trío empezaba a deshacerse y Ángel desapareció de su vida de repente. Se dedicó a edificar su propia existencia, como Gus.

Y ahora estaba allí, sentada en su cama con las sábanas hasta el cuello, los codos sobe las rodillas y la barbilla apoyada en una mano. Tan luminosa y energética como siempre. Tan atractiva que a punto estuvo de tumbarse a su lado y abrazarla de nuevo.

—Pensé que te gustaría empezar el día con café y tostadas. Después tomaremos algo más apetitoso.

—Alex, ¿has hablado con alguno de los profesores de tu hija? Esa señora Toad...

—Todd —corrigió.

—Como se llame. Es posible que sepa algo que nos sirva de ayuda.

—Ángel, no quiero que te marches.

Ella lo miró, asombrada.

—Pensé que podría llamar a Gus y ver si...

—Nunca.

—Alex, estamos hablando de cosas distintas. Mira, creo que es posible que...

—¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Qué es lo que has dicho?

Alex dejó la bandeja sobre la mesita de noche, apartando el teléfono y la lámpara, y se sentó a su lado.

—Escucha. Sé que es un momento poco adecuado para estas cosas, pero si —

esperamos puede que ocurra algo más, y no quiero arriesgarme a perderte durante otros diez o veinte años.

Ángel se sorprendió al ver que le temblaban las manos. Tenía ojeras, se había cortado al afeitarse, y a pesar de todo lo amaba con todo su corazón.

Tenía razón. No tenían tiempo que perder.

—Alex, escúchame con atención. El otro día, cuando Sandy me estaba ayudando en la granja y Gus se dedicaba a arreglar mis enchufes, me preguntó si mi hermano vivía con alguien y si yo lo visitaba a menudo. También me preguntó dónde se encontraba su casa.

Evidentemente, había captado su atención. Se sirvió un café y le puso a Alex otro, tal y como le gustaba.

—De modo que pensé —continuó, echando azúcar en la taza— que podríamos tener una oportunidad si...

—En ese caso, Gus ya nos habría llamado. ¿No te parece?

—Depende de cuánto tiempo haya tardado Sandy en llegar. Si la ha llevado alguien en coche habrá tardado sólo unas horas. Pero si ha tomado un autobús habrá tardado bastante más, teniendo en cuenta que el autobús la dejaría lejos de su casa. Y

después, si ha conseguido convencerlo de que...

—¿De que estamos hechos el uno para el otro?

Ángel notó que se ruborizaba. Y aquello era justo lo último que necesitaba. Su pelo estaba revuelto, seguramente tenía marcas por todo el cuello y por si fuera poco se ruborizaba. Cuando sentía vergüenza se ponía roja como un tomate.

Alex le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y después acarició su cabello con un dedo. Sus ojos tenían un brillo plateado, una vez más.

—¿No te he dicho que cuando volví de tu casa estaba esperándome? —preguntó él

—. Quería saber si habíamos dormido juntos, si iba a casarme contigo y por qué no te había traído a casa. Y seguramente con su desaparición ha pretendido que nos uniéramos.

Ángel se llevó las manos a las mejillas.

—De modo que era eso...

—¿A qué te refieres? ¿A qué está con Gus? Creo que voy por delante de ti. Intenté llamarlo esta mañana a primera hora, pero no contestó.

—¿Intentaste llamarlo al teléfono portátil?

Alex no lo había intentado. Había recibido una llamada de Gus mientras estaba en la ducha. Y le había dicho que estaba en las montañas, acompañado por alguien, y que los dos estarían en la ciudad en una hora más o menos.

—Llámalo. El número está en mi bolso.

Sin embargo, no era lo que quería decirle. De repente creía entender lo que Alex había hecho aquella proposición, si se podía llamar así. Sólo esperaba que no pretendiera que se quedara con él con la única intención de que cuidara de su hija adolescente.

El distante sonido de la puerta de un coche llegó desde el exterior, entre el ruido provocado por la lluvia.

—Debe ser Flora —dijo Ángel.

—No lo creo —sonrió Alex.

Aquel sonido procedía de un vehículo más grande que el utilitario de la cocinera.

Sonaba como la puerta de una camioneta. Y sólo podía pensar en una camioneta que pudiera aparcar delante de su mansión a aquellas horas de la mañana. Desde luego no se trataba de ningún asunto de su empresa.

Se dio la vuelta para mirar a la mujer que estaba en su cama, se inclinó sobre ella y le acarició los muslos, por encima de las sábanas.

—Tenemos poco tiempo. No más de dos minutos antes de que

empiecen a buscarnos.

Y ahora, ¿llegamos a un acuerdo antes de que tu hermano y mi hija me pidan explicaciones, o vas a dejar que esos dos limpien el suelo con mi cuerpo ensangrentado?

Ángel lo miró con desconfianza.

—No habrás estado bebiendo esta mañana ¿verdad?

Entonces, Alex no tuvo más remedio que contarle toda la historia. Cuando terminó ya se oía el sonido de las botas de Gus en las escaleras enmoquetadas, y la nerviosa voz de Sandy.

—Rápido, dímelo —dijo él.

Sus ojos brillaban de alegría. Ángel no podía recordar cuándo había sido la última vez que lo había visto de aquella forma.

—¿Quieres que cierre la puerta e intente convencerte de otro modo? —continuó Alex.

—Esto es absurdo —observó ella, pretendiendo parecer indignada y fallando en el intento.

—Papá, ¿estás ahí?

—Te doy una última oportunidad —dijo él—. No estoy seguro de lo convincente que puedo llegar a ser con dos bárbaros golpeando la puerta, pero estoy dispuesto a intentarlo de nuevo.

—No tengo ni la menor idea de qué estás hablando. Alex, ¡no te había visto así nunca, hasta ahora!

—Nunca me había sentido así hasta ahora.

—Maldita sea, Hightower, ¡si tienes a mi hermana ahí adentro te has metido en un buen problema! —exclamó Gus desde el otro lado de la puerta.

—¡Lárgate, Wydowski! —gritó Alex por encima del hombro.

Después, se inclinó sobre Ángel y preguntó en un susurro:

—¿Lo harás?

—¿Hacer qué?

La voz de Ángel sonaba rota. Tenía bien plantados los pies en el suelo, y no estaba dispuesta a arriesgarse sin sentido.

—¿Me alegrarás el día? ¿Me arreglarás la vida? ¿Serás mi Ángel?

Ángel se dijo que, por otra parte, no ganaría nada si no se arriesgaba, de modo que se dejó llevar por su abrazo en el preciso momento en que cuatro puños empezaban a golpear la puerta del dormitorio.

Fin